

Jenaro Prieto

El socio



se

«Con su humor tan impecable como implacable, Jenaro Prieto no sólo da vida a un personaje que a su vez crea a un inversionista fantasma que terminará fagocitándolo y convirtiendo las vicisitudes del capitalismo en un delirante cuento de hadas: también nos sumerge sin escapatoria en un mundo donde nada es lo que parece o, más bien, donde lo único real, más allá de cualquier lógica y probabilidad, son las apariencias». RAFAEL GUMUCIO.

«Jenaro Prieto poseía un humorismo vivo, certero, que se coloreaba de gracia y se vestía de imágenes, sobriamente, con facilidad, sin derroche. Era un pintor colorista y un filósofo burlón». ALONE.



Jenaro Prieto

El socio

ePub r1.0

Titivillus 30.04.2023

Título original: *El socio*

Jenaro Prieto, 1928

Retoque de cubierta: Caricatura de sí mismo, Jenaro Prieto

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

El socio

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Sobre el autor

I

«¡Imposible! Necesito consultarlo con mi socio...»

«Sabes bien con cuánto gusto te descontaría esa letra; pero...hemos convenido con mi socio...». «Hombre, si no estuviera en sociedad, si yo solo dispusiera de los fondos, te arreglaba este asunto sobre tabla... desgraciadamente el socio...»

¡El socio, el socio, siempre el socio!

Era la octava vez en la mañana que Julián Pardo, en su triste vía crucis de descuento, oía frases parecidas.

Al escuchar la palabra «socio» inclinaba la cabeza y, con sonrisa de conejo, se limitaba a contestar:

—Sí, sí; me explico tu situación y te agradezco.

Luego, al salir refunfuñaba mordiéndose los labios:

—¡Canalla! ¡Miserable! Yo que le he ayudado tantas veces... Y ahora me sale con el socio... ¡Como si no supiera que es un mito!

¿Quién iba a ser capaz de asociarse con este badulaque?

Una llovizna helada le azotaba el rostro. Parecía que el sutil polvo de cristal se empeñara en lijarle las facciones, enflaquecidas por el insomnio, acentuando en ellas esa especie de ascetismo que el pulimento da a los tallados en marfil.

El fondo de la calle se veía como a través de un vidrio esmerilado. Los rascacielos, inmenso hacinamiento de cajones vacíos, se oprimían unos contra otros, tiritando como si el viento los estremeciera.

—El socio... el socio... —seguía mascullando Julián Pardo— una farsa, una disculpa ignominiosa... o algo peor... sí, ¡ya lo creo!, una verdadera suplantación de personas. ¡Sinvergüenza!

En la esquina, un grupo de gente se arremolinaba en torno de un coche de alquiler. Julián se acercó también y estiró el cuello sobre los curiosos. ¡Estúpidos!. Miraba un caballo muerto.

Ahí estaba el pobre animal con las patas rígidas, los ojos turbios, el cuello como una tabla y los dientes apretados... Parecía sonreírse.

Julián no podía apartar los ojos de ese hocico, contraído en una mueca de supremo sarcasmo. ¡Pobre bruto! Como él, caería un día, agobiado de trabajo, hostigado por el látigo de las preocupaciones... Un acreedor, un auriga, una mujer... ¡cuestión de nombre solamente!

¡Oh! Esa sonrisa del caballo parecía decírselo bien claro:

—Hermano Pardo, no me mires con esos ojos tristes. De los dos, no soy seguramente yo el más desdichado... El coche ya no me pesa. Ahora descanso. Cuando esta noche, mal comido, sin desuncirte de la carga de tu hogar, llames en vano al sueño, yo estaré durmiendo plácidamente como ahora. Mañana, tu mujer y tu chiquitito subirán al coche; un acreedor gordo empuñará la fusta y tú, mudo, con la boca amordazada por el freno de la necesidad reanudarás el trote interrumpido. No creas que me río de tu suerte. El sufrimiento me ha enseñado a ser benévolo. Esta mueca, esta contracción de mis mandíbulas que te ha parecido una sonrisa es sólo un gesto de desprecio hacia el cochero... ¡qué ridículo me resulta ahora con su látigo y su gesto amenazante! ¡Por primera vez me río del cochero!

Colega Pardo: ¡Confiesa lealmente que me envidias!

¡Qué insolencia!

Julián habría querido contestarle. El tono manso y bondadoso no disminuía el escozor de la verdad. Por el contrario, la hacía más humillante. ¡Que demonio! ¡Ser tratado de colega por un caballo muerto!, pero, ¿era razonable que un corredor en propiedades se pusiera a discutir en plena calle con los restos de un jamelgo?

Miró a su alrededor. En el compacto círculo de curiosos se destacaba una mujer, casi una niña envuelta en una suntuosa piel de marta. Su rostro delicado emergía del ancho cuello del abrigo, con ese encanto producido tal vez por el contraste de invierno y primavera, de las flores unidas a las pieles.

Los ojos, de una fingida ingenuidad —candor de estrella cinematográfica— subrayaban una sonrisa de Gioconda:

—¿Es usted el dueño del caballo?

—¿Por qué me lo pregunta señorita?

—Porque... ¡lo mira usted con unos ojos tan tristes!

Por toda respuesta Julián le dirigió una mirada furibunda. ¡Era el colmo! ¿Qué le importaba a esa mujer lo que él hiciera? ¡Dueño del caballo! ¿Le hallaba aspecto de cochero?

Con aire de profunda sorpresa, ella se volvió a su amiga, una morena regordeta que apenas asomaba la nariz entre la boca y el sombrero.

—¡Fíjate, Graciela! Parece que el señor veterinario se ha ofendido.

—¡Tonta! —dijo la otra riendo—. ¿Hasta cuándo vas a seguir haciendo disparates?

Y tomándola de un brazo la arrastró fuera del grupo.

La mirada iracunda de Julián la siguió hasta el automóvil que las esperaba al lado de la acera. Desde la ventanilla los ojos claros se volvieron risueños como diciéndole:

—¡No haga usted caso! Es una broma... Sé muy bien quién es usted... Perdóneme.

Pero él no estaba para burlas. ¡No faltaba más! ¡Que fuera a divertirse a costa de otro! ¡El señor veterinario! Una mal educada, simplemente; y, sin duda, presumía de señora. Todo el mundo se creía con derecho a decirle algo. El caballo... la muchacha... y ¡cosa extraña! le desagradaba más ser llamado veterinario por una mujer, que colega por un caballo muerto.

II

¡Cómo había engordado ese bárbaro de Goldenberg! Al mirarle, con la papada desbordante en el cuello de anchas puntas, los ojillos capotudos y la nariz agazapada como un zorro en el nidal de los mofletes, Julián Pardo no podía menos de hacerse amargas reflexiones sobre el transcurso de los años.

Ese hombre de negocios que honraba con el peso de su personalidad su modesta oficina de corredor en propiedades, había sido su compañero de colegio.

¡Goldenberg, el «sapo» Goldenberg, como entonces le llamaban!

Parecía que hubiera sido sólo ayer. Recordaba, cuando un viernes en la tarde —día de asueto por el cumpleaños del rector— el «sapo» Goldenberg le tomó confidencialmente de un brazo.

—Oye, Pardito, ¿tienes plata?

—Sí; una peso... para comprarme unos cuadernos...

—No importa; yo mañana te lo traigo; me lo consigo con mi hermano que es muy tonto. ¿Vamos a tomar helados?

¡Qué proposición aquella de tomar helados! Julián recordaba que al oírlas entonces, experimentó la misma tentación que hoy, veinticinco años después, al escuchar a Goldenberg envejecido y corpulento, hablarle de «un negocio, un negocio poco raro si se quiere... pero un negocio lucrativo en todo caso».

—Yo no tengo capitales— había dicho ahora Julián con timidez. —¿En qué forma podría serle útil?

No le trataba ya de «tú» como en los tiempos de colegio.

—¿Capitales... No se necesitan.

¡Oh! Desde el punto de vista de la audacia, Goldenberg no había cambiado en lo más mínimo. ¡Seguía siendo el mismo de antes! Con igual

gesto de seguridad el chiquillo rubio y regordete de la tercera preparatoria, dando vuelta entre los dedos la gorra de marinero, había pulverizado otras observaciones no menos graves de Julián:

—Un peso... No vamos a poder darle propina al mozo... Los helados son a cincuenta la copa. Va a alcanzarnos al justo para dos...

—Para tres, querrás decir.

—Pero, ¿estás loco?

—Eres un tonto. ¡Mira!

Y buscando en el fondo del bolsillo como si se tratara de un tesoro, el «sapo» Goldenberg le había enseñado en la mano un diminuto bulto negro.

—¿Sabes qué es esto?

—Sí... una mosca... una mosca muerta...

—¡Tonto! Esta es la otra copa.

—No entiendo.

Lo mismo decía ahora Julián. «No entiendo, no entiendo eso de que para un negocio no haya necesidad de capitales...» Pero en su niñez era más dócil, porque, dejándose arrastrar por Goldenberg aquel remoto día de asueto, había entrado lleno de dudas y temores en la confitería.

Con qué extraño sobresalto escuchó entonces a su condiscípulo golpear la mesa de mármol y pedir con voz casi tan fuerte como la de su papá:

—¡Mozo!, traiga dos helados de frutilla.

Eran ricos, deliciosos, y daban unas horribles tentaciones de alisarlos con la punta de la lengua. Si no fuera porque había tanta gente... Hasta la cucharilla en forma de palita era un encanto. ¡Ah, si toda la cordillera cuando se pone rosada, por la tarde, fuera de helados de frutilla! De repente Samuel le dio un pellizco.

—¡Mira!

Y dejó caer la mosca en los residuos de su copa, mientras gritaba:

—¡Mozo! ¡Mozo! Estos helados están sucios.

El viejo sirviente, atareado y vacilante entre las mesas, se acercó haciendo equilibrios con la gran bandeja llena de tazas y de vasos:

—Disculpe, señor. No importa, le traigo otro.

El sapo Goldenberg miró a Julián triunfante.

—¿Ves, Pardo? ¡No hay que ser tonto!

Y, fiel a su teoría, ahí estaba el mismo Samuel haciéndole proposiciones comerciales.

—Se trata, por el momento, de que usted denuncie como auríferos unos terrenos que le indicaré oportunamente.

—¿Un negocio aurífero?... —dijo Julián con desconfianza.

Goldenberg se llevó el puro a la boca como para disimular una sonrisa.

—No se alarme. El oro vendrá después. En el fondo todos los negocios son auríferos; siempre el objeto final es sacar oro. Pero yo prefiero, y creo que usted también será de mi opinión, extraerlo en forma de moneda. La operación es más sencilla y se evita el trabajo de lavado, de drenaje, etc.

—¡Es claro! —pensaba para sus adentros Julián Pardo—. Un bolsillo es menos profundo que una mina.

Recibía las palabras de Samuel con un enorme escepticismo.

Muchas veces en el curso de su vida asendereada, al leer en los periódicos los éxitos de su amigo condiscípulo, había meditado acerbamente sobre las equivalencias de las mosca y de los helados... ¡Qué gracia! ¡Un hombre así tenía que triunfar!

El, en cambio, irresoluto y neurasténico, era un perfecto fracasado.

Esa oficina estrecha y húmeda, con la negra farsa de la «caja de fondos» —¡qué ironía!— y el calendario —¡otra inutilidad!— era para él una prisión.

¿Cómo tener el desparpajo, la insolencia con que Goldenberg, le hablaba de un negocio aurífero advirtiéndole que «en este caso, sin embargo, no basaba en el oro su negocio»?

—¿Cómo? —preguntó Julián con extrañeza.

Goldenberg pareció perderse en una inmensa bocanada de humo azul. Al salir de ella sus ojos tenían algo de mefistofélico.

—Mire, Pardo: usted va a ganar en esto una buena comisión; fácilmente habría podido encomendar este asunto a cualquier otra persona; pero he pensado en usted. Su situación... ¿cómo le diré?...

—Difícil —anotó Pardo con franqueza.

—En fin... los viejos recuerdos del colegio, y sobre todo, el saber que trato con un caballero. Le he dado a usted una prueba de confianza al

encargarle que haga el pedimento, creo que podemos hablar con franqueza... ¿verdad?...

Julián hizo un signo afirmativo.

—Bien —dijo Goldenberg—, el asunto es más sencillo de lo que parece. Lo único que requiere es discreción.

—Pero, ¿hay oro realmente?

—¡Hombre! Hay informes que es lo más que puede pedírsele a una mina... y para usted habrá plata en todo caso. En cuanto a mí, soy todavía más modesto: me contento con que haya arena simplemente.

—No comprendo.

—Ni hace falta. Cuando vea la ubicación del yacimiento verá más claro el negocio. Es decir, «nuestro negocio», porque usted tendrá también sus acciones liberadas...

Goldenberg se incorporó pesadamente en la silla y, resoplando con el habano entre los dientes, la acercó hasta el escritorio. Tomó un diario, y con su enorme lapicera de oro comenzó a trazar un plano.

—Mire usted. Este es el río; aquí está el yacimiento; la ciudad queda a este lado. No hay otro punto de donde sacar arena. O me compran la que yo quiera venderles o no edifican. ¿Ve ahora el negocio?

—Muy bien; pero, ¿qué le importa entonces que las arenas sean o no auríferas? ¿Para qué le sirve el oro?

Goldenberg se restregaba las manos, encantado.

—¿Ve usted como ahora también pregunta «para qué le sirve el oro»? Pues, hombre, para justificar la concesión. Además, es el brillo, el espejuelo que atrae el capital de esas alondras que llamamos accionistas...

—Este cínico —se decía Julián con buen humor— no carece de cierto espíritu poético. Llama alondras a sus víctimas... —y lo miraba con involuntaria complacencia, mientras Goldenberg, entre chupada y chupada, seguía la relación de su proyecto.

—Sí, mi amigo; usted tiene la merced y la vende acto continuo en diez mil libras a un caballero amigo mío; éste la vende en veinte mil libras a la Comunidad que tengo yo con un señor Bastías; se constituye la Sociedad Aurífera El Tesoro; los accionistas caen como moscas y nos compran nuestros derechos en cuarenta mil libras.

Para mostrar confianza en el negocio recibimos al contado solamente la mitad; el resto en acciones. ¿No le agrada?

Julián inclinó un momento la cabeza y se pasó la mano por la frente, las sienes y los pómulos en actitud de palparse el esqueleto.

La obsesión de su mujer, de su chiquillo, de su hogar en la miseria, ardía en su cerebro, frágil, inflado y oscilante como un farol chinesco, y se cubría la frente con la mano para no transparentarse; pero la mirada clara y firme de Goldenberg se filtraba por entre sus dedos, en tanto que insistía en su pregunta:

—¿No le agrada?

—Yo le agradezco mucho —dijo Pardo pero...

—No hay pero que valga.

—Es que —observó tímidamente— yo no conozco estos asuntos, nunca me he metido en estos negocios mineros, y el distinto género de mis ocupaciones me hacen mirar con prevención, con inquietud...

—¡No sea niño! ¿Usted teme las especulaciones? Pues, no especula, simplemente. Se guarda las acciones en la caja como va hacerlo Bastías. Usted no tiene nada que temer. Su situación es perfectamente clara: denuncia usted un yacimiento como aurífero y lo vende a un señor mayor de edad que se interesa por comprárselo; recibe usted su comisión y queda desligado. Que haya o no haya oro es lo de menos. Si no lo hay quiere decir que usted se ha equivocado... como uno de tantos. ¿Le van a hacer cargo por eso?

Julián se revolvía en el sillón. De pronto le asaltó una idea luminosa. La disculpa decisiva, la disculpa incontestable. Se puso de pie como para terminar y respondió:

—Imposible... necesitaría en todo caso consultarme con mi socio...

Goldenberg soltó una carcajada.

—No, mi amigo. Yo estoy demasiado viejo para el cuento del socio. Ese es un mito como «la indisposición de última hora» en las invitaciones a comer, y el «compromiso anterior» en los empleos. Yo no he tolerado nunca a un gerente que se escude con consultas al Consejo ni a un amigo con preguntas a su socio. Esos fantasmas que se llaman los consejos y los socios no han conseguido asustarme todavía.

Julián Pardo se paseaba como un león enjaulado. La mentira descubierta le ruborizaba. ¿Con qué fundamento ese individuo se permitía dudar de su palabra? ¿Por qué él carecía de derecho de tener socio? ¿Por qué no podía dar una disculpa que todos daban en su caso? No; él no estaba dispuesto a desdecirse e insistió:

—Usted no puede poner en duda mi franqueza. ¿Qué podría llevarme a rehuir una buena comisión? Si no le acepto de inmediato, es porque efectivamente tengo un socio... un socio a quien debo mucho... El, en realidad es el dueño de esta oficina y no puedo hacer nada sin su consentimiento.

Goldenberg se había levantado penosamente de su asiento y con su bastón de gran mango de marfil y sus manos gordiflonas, llenas de anillos, se dirigió a Julián:

—Bueno, mi amigo, piense en el negocio... quiero decir, consúltelo con su socio... y verá usted como nos entendemos.

Y se despidió.

Julián, con el rostro congestionado de rabia y de vergüenza —en el tono de Samuel percibía claramente que no le daba el menor crédito— se sentó frente a la máquina.

—¡Ahora verá si tengo o no tengo socio! ¿Cómo le trataré?

¿Apreciado Samuel? ¿Muy señor mío? Sí... es más comercial.

Y comenzó una larga carta. Al escribir sentía renacer la confianza en sí mismo. Los tipos dactilógrafos, criados en un ambiente comercial, son claros y precisos: no dudan, no vacilan; saben disimular las emociones.

La máquina Underwood no se ruborizaba con la misma facilidad que Julián Pardo.

III

Ni un giro postal, ni una carta, ni una esperanza.

Julián rendido de cansancio, se detuvo en la puerta del correo.

No quería llegar así a su caso. Pensó en el cobrador de gas, en su mujer, en el chico pálido e enclenque —retrato de su padre—, que extendería las manitos reclamándole el «libro de monos» prometido.

Sí, ¡estaba para comprar libros de cuentos! Con razón Goldenberg se permitía hacerle proposiciones de esa especie.

La gente entraba y salía precipitadamente, rozándole al pasar.

Sin embargo, ¡qué solo se sentía! No tenía nadie que le tomara en cuenta, que le prestara ayuda... ¡Nadie! Ni un socio ficticio que le sirviera para excusarse de aceptar un negocio inadmisibile. Su misma carta a Goldenberg, convenciéndole de la existencia de ese socio mitológico, era una nueva ingenuidad. Samuel se reiría a carcajadas. «¡Poeta! ¡Poeta!», exclamaría. Goldenberg es enemigo de las palabras soeces ¿para qué? Las suple con el calificativo de «poeta». Sin embargo ¡qué lejos estaban los tiempos en que Julián había escrito sus Flores de Espino y sus Saudades!

Entre el ruido de los tranvías y las bocinas de los automóviles la campanita de una iglesia llegaba hasta sus oídos, vaga y tierna como un recuerdo de su niñez.

Las notas tímidas del Angelus, henchidas de paz aldeana y de crepúsculo, se perdían en el negro ajeteo de la calle. Ambiente impuro de ciudad, focos parpadeantes, hombres minúsculos agobiados de preocupaciones, mujeres pintarrajeadas que sonríen provocativamente... de hambre, autobuses, tranvías, coches, automóviles; gigantesca fauna de ojos luminosos, de cuyo pecho jadeante surge un jazz-band de ruidos estridentes:

campanillas, graznar de pájaros salvajes, explosiones, roncós claxons y chillidos de cerdo agonizante.

Sólo el cielo color malva evocaba a Julián la suave melancolía del crepúsculo.

—¡Sinvergüenza! ¡Mirando a las chiquillas!

—¿Yo?

Las manos de Luis Alvear se posaron en sus hombros.

—¡Lucho!

Sí, Julián: el propio Lucho, el auténtico, con polainas y sin un centavo en el bolsillo...

Hacía seis meses que no se veían ¡Qué diablo! ¡Las mujeres!

Un maldito lío con la señora de un banquero que le debía la felicidad, la dicha de su hogar, antes sin hijos y ahora iluminado por un chico gordo y robusto, con toda esa imprevisión y esa alegría de vivir que es la característica de los Alvear...

—¿Pero eso habrá terminado?

—¡Qué! ¡Imposible! Ahora la aspiración del padre es una niñita y... no puedo zafarme del enredo. ¿Quién me responde de que mi sucesor se me parezca? El chiquillo es igual a mí... ¡Como que salga otro distinto me descubren!

—¡Cínico!

¡Benefactor querrás decir! No te imaginas la alegría de ese padre. Se acabó la neurastenia de la esposa y el hogar es un encanto; el matrimonio ha ganado un hijo, el marido un amigo y el amigo un banquero. Todos hemos ganado algo.

—¿Y es bonita? —preguntó Julián con aire distraído.

—¡Tanto como bonita...! Tú sabes que en estos casos los hombres nos enamoramos no por la cara de la mujer sino que por la del marido. Mi amigo tiene un aspecto de infeliz que hace a su esposa locamente tentadora.

—Pero, ¿cómo te has metido en ese enredo?

—¡Hombre! cuando se está pobre o no queda más remedio que dedicarse a la aristocracia... o a la burguesía... Y, a propósito ¿sabes quién me habló de ti?

—¿Quién?

—Anita Velasco, la mujer de Goldenberg. Yo le presté un libro de poesías. Tiene la chifladura literaria. Te encuentra parecido a Amado Nervo...

—¡Diablo!

—No te enorgullezcas. Es sólo en el físico.

—No me conoce.

—¡Bah! Me dijo que te había visto ayer tan absorto en la contemplación de un caballo muerto que no había resistido a hacerte una broma.

Julián recordó el caso de la muchacha de los ojos verdes que lo había tratado de veterinario... ¡Qué absurdo era todo aquello! y contó Alvear la visita que Goldenberg le hiciera.

—Te lo ha enviado ella, ¡no me cabe duda!

Y al explicarle el negocio y la proposición:

—¡Caramba! Pero te habrá dado algún plazo para contestarle.

—¿Plazo? Acabo de depositar en el buzón una carta rechazando de plano sus ofrecimientos.

—¡Animal! ¡La mujer es tan simpática...!

Julián se alzó de hombros con indiferencia. Bien podrían irse al diablo todas las hermosuras de la tierra. No tenía qué comer. Todo el día había trotado en busca de dinero. ¡Mil pesos!, una porquería.

Luis Alvear le abrazó con entusiasmo.

—¡Chico! ¡Qué felicidad! Eres el hombre que yo necesitaba.

Medio ahogado entre los brazos hercúleos de su amigo, Julián se preguntaba, ¿cómo y para qué podría servirle un individuo sin dinero?

—¡Para un negocio, hombre!, para un negocio de los míos... Yo necesito otros mil pesos. Con dos firmas tenemos una letra. Yo me encargo del descuento. Para algo tengo un gerente de Banco en la familia.

Y arrastró a Pardo a una cantina próxima para celebrar por anticipado la riqueza en perspectiva.

IV

Hacía rato que Goldenberg, tapizado en una absurda bata china, trabajaba en su escritorio, cuando en los altos comenzó a sonar el timbre eléctrico.

Era un toque largo, nervioso, desesperado, como la sirena de un barco perdido entre la bruma.

Goldenberg se rascó la nuca con impaciencia.

—¡Ya comenzó la campanilla!

Se tranquilizó al oír los pasos de la vieja empleada que subía pesadamente la escalera.

—¿Me llamaba, misiá Anita?

—Sí, hija; sí. Dile a la Pastoriza que hasta cuándo me machaca la cabeza con su estatuita de la Virgen. ¡Ya me tiene loca!

En el patio lleno de sol, una muchacha, morena y fresca como un cántaro de greda, regaba unos helechos, cantando a voz en cuello:

Cuando a solas quedo a veces en mi alcoba le pregunto a la estatuita de la Virgen, ¿qué he hecho yo para que así tan mal me trates...?

—¡Pastoriza! Dice la señora que te calles.

La muchacha cortó en seco su canción refunfuñando:

—Ni cantar se puede en esta casa. ¡Dame paciencia, Señor!

Y continuó regando los maceteros que rodeaban la pila.

Cinco minutos después, en el balcón apareció de nuevo la vieja criada:

—¡Pastoriza! Dice la señora que cantes no más, si quieres.

—¿Cómo?

—Que cantes si tienes ganas...

La muchacha se alzó de hombros:

—¡Bah! ¿Nada más se le ofrecía?

Y se puso a restregar los azulejos de la pila.

Estampada por la luz verdosa que filtraban las persianas del boudoir, Anita Velasco se desperezaba con displicencia en los cojines de encaje del diván.

Acababa de bañarse, y en ese ambiente tibio e indeciso en que las cretonas de los muros semejabán floraciones submarinas, la inmersión parecía prolongarse.

Estaba disgustada, sin embargo.

Le molestaba haber interrumpido por capricho de sus nervios el canto de la muchacha en el jardín. ¿Qué culpa tenía la otra de su cansancio de vivir? Acaso la infeliz tenía un novio...

Todas las mujeres tienen un amor... ¿Todas?

Sus labios se contrajeron en una mueca de amargura.

¡Casi todas! Lo sabía ella bien por experiencia... y, sin embargo, ¿no era joven y bonita?

Se abrió la bata, y su mirada, como un viajero fatigado, vagó a lo largo de su cuerpo juvenil.

La noche antes había leído en un libro... ¿de Loti?, ¿de Benoit?, no recordaba, una descripción monótona e interminable del Sahara, y no sabía bien por qué su cuerpo blanco y rosa de suaves ondulaciones que iban a perderse entre las nubes de encaje y seda de la bata, le evocaba el desierto desolado. Suaves colinas, blandas dunas, estériles planicies. Una atmósfera de hastío, pesada y caliginosa que oprime el pecho... Ni una flor, ni un trino que alegren la monotonía del viaje...

¡Un desierto! Eso era ella.

Luego los años pasarían rápidos y asoladores como el simún e irían desgastando la ondulante sinuosidad del panorama, hasta dejarlo reducido a una llanura monótona y desesperante.

¡Ni un beduino se atrevería a aventurarse en esos arenales!

Suspiró.

¡Qué disparate! Su piel suave, fresca y tersa no tenía nada de arenoso como no fueran esos polvos de talco boratado con que acababa de darse el último retoque.

Y era bonita, no cabía duda; pero con la belleza inútil de las perlas que no verán jamás el sol, perdidas entre peces ciegos, en el fondo inexplorado del océano.

—¡Qué tontos son los hombres! —murmuró. E involuntariamente pensó en su marido, obeso y calvo, entre un farrago de papeles, absorto por completo en sus cálculos, en sus números, en sus proyectos.

Allá, en el escritorio, estaba efectivamente Goldenberg, imponiéndose de la correspondencia.

Al leer la carta de Julián Pardo. «Muy señor mío: He consultado con mi socio...», no pudo reprimir un gesto de disgusto.

—¿Sigue con el socio?

Claro es que seguía. El socio no aceptaba en modo alguno que Pardo entrara en la negociación, y hasta se permitía hacer reparos al negocio mismo. Los yacimientos estaban demasiado cerca. Una pertenencia situada al lado mismo de Santiago, a la vista de todos, sin el factor de dudas y misterios que aporta la distancia, no se prestaba para la especulación. La sociedad anónima no tendría por lo tanto base alguna.

«Mi socio se permite, además, hacer presente a usted que el río tiene dos márgenes, y que a cincuenta metros de distancia —en el caso problemático que la sociedad se organizara— el riberano opuesto podría ofrecer también arena aurífera por la mitad de su valor abatiendo súbitamente las acciones».

Este tono protector que comenzaba ya a sacar de tino a Goldenberg, se acentuaba en los párrafos finales.

«Además, dice mi socio, que aun prescindiendo del oro para basar el cálculo de entradas en la simple venta de la arena, el negocio le resulta igualmente problemático. A este respecto se permite hacer notar que el riberano opuesto es senador, y podrá el día que quiera conseguir que el Estado construya ahí un puente que le permita abastecer ampliamente de arena a la ciudad».

Goldenberg arrojó la carta al cesto.

—¡Qué tontería! ¡Esto pasa por seguir la opinión de las mujeres!

¡Un iluso! ¡Y Anita que lo pintaba como un hombre de talento!.

Y comenzó a pasearse por la habitación.

De pronto se detuvo lleno de perplejidad.

—Sí... cierto... Podía ser... pero...

Cambió súbitamente de expresión.

Casi corriendo se dirigió al canasto de papeles y, resoplando, sacó la carta de Julián. Estaba como alelado.

—¡Vamos! ¡El estúpido soy yo! —dijo por fin.

Volvió a pasearse, lleno de alegría.

—¡Esta carta es un tesoro! Desde luego... cinco mil acciones menos a Bastías, en vista de los riesgos que ella anuncia. ¡Qué gran hombre es este Pardo! Con su habitual ingenuidad me ha descubierto ya todo su juego. A estas horas se habrá ido a hablar con el riberano opuesto, como él dice, para echarme por tierra las acciones. Pues que lo haga. ¡Miel sobre hojuelas! Los negocios son lo mismo para arriba o para abajo... Tengo veinte mil acciones; vendo el doble; ellos ofrecen su terreno a huevo y provocan la caída del papel; yo recupero a vil precio lo vendido y quedo dueño del negocio. Este Pardo es infalible. ¡No hay que perder el contacto con este hombre!

La voz cristalina y arrulladora de su mujer vino a cortar sus reflexiones:

—¿Se puede?

—Entra, hija... Entra...

Corrió hacia él y le estrechó en un abrazo exageradamente amable. Luego, arrugando el ceño con un mohín entre celoso y coqueto, le revolvió todas las cartas.

—¡Cuidado! No vaya a haber alguna de mujer.

—A ver... ¿Y esa que tienes en la mano?

—Es de Julián.

—¿Te resultó el negocio?

—No.

—¡Qué lástima! Pero él, ¿qué te pareció?

¿El? ¡Julián Pardo es un gran hombre! Le invitaré a comer esta semana.

Ella cambió inmediatamente de actitud.

—¿Sabes? Creo que no va a interesarme... y cuando un hombre no me cae en gracia...

—¡Cuidado! Debes ser amable. Julián es un muchacho insustituible.

V

Nada más natural, para un hombre serio, como debe serlo un corredor en propiedades, que despertar en su casa en su cama.

Sin embargo, esa mañana al despertar en la suya, Julián abrió los ojos con espanto.

Era su alcoba; sí, no cabía duda, ¿pero cómo podía estar allí?

Realmente era inexplicable. A juzgar por el rayo de sol que, filtrándose a través de los postigos, iba como un florete a herir en pleno pecho el retrato de su padre, debían ser las diez de la mañana.

Luego, no hacía seis horas que él se hallaba... Bueno... ¿pero dónde se hallaba?

¿Dónde? ¿Dónde? El mismo no lo sabía. Se recordaba de un parrón, de unas mujeres gordas y pintadas, de una ponchera, de una pila... De la pila se recordaba bien. Luis Alvear le sujetaba la cabeza, balanceándose él mismo como un péndulo:

—¡Es e...e...el estoma...e...el estómago... ¡Esto te aliviará...!

¡Qué horribles náuseas! Con razón le dolía, ahora, tanto la cabeza. Pero ni Lucho, ni don Fortunato, ni ese barbilampiño que «se incorporó al movimiento a última hora», ni el matón que provocó en el patio a Alvear, podían haberle trasladado allí. Estaban todos más borrachos que él... ¿Quién lo había llevado a su casa? ¿Cómo había llegado? ¿A gatas? ¿Cómo?

Se acordaba vagamente de que, abrazado a uno de los almohadones del sofá, mientras una vieja flaca le amarraba una toalla a la cabeza, él pensaba y se lo decía bajito, casi llorando, al cojín de seda verde forrado en punto de bolillo.

—Yo estoy muy borracho... ¿me entiendes?... muy borracho...

No...podré llegar... a mi casa... No sé... el número... ¿me entiendes?... Voy a dormir... aquí... No llegaré a mi casa... ¡Chit! Estoy de viaje... ¿entiendes?... ¡No vayas a decir nada a mi mujer!... Estoy de viaje...

¡Y ahora en su propia cama!... Al recuerdo de su mujer, se incorporó lleno de espanto. ¡En qué estado había llegado! ¿Estaría ella durmiendo? ¿Le habría visto?

¿Qué iría a decirle ahora? Sin embargo, su ropa estaba en orden; no sólo en orden: arreglada meticulosamente en una silla...¿y los zapatos?

¡Qué horror! Sintió que la sangre se le helaba. Las botas de cabritillas estaban allí, al lado del lecho, llenas de polvo, ciertamente, pero... ¡totalmente abrochadas!

¿Se las había quitado sin desabotonarlas? ¡Imposible! ¿Las había abrochado después? Pero...¡era absurdo!

Se dejó caer en la cama, anonadado.

En ese momento entraba su mujer...Julián, fingiéndose dormido, la observaba con un ojo entreabierto.

Serena, dulce, en sus grandes ojos negros no revelaba la más leve inquietud. ¿Ignoraba el estado en que llegara?

Abrió la cómoda, sacó un paquete de ropa, dio algunas vueltas por la habitación.

¿Le hablaría? Julián se decidió:

—¿No me das los buenos días?

—Creí que estabas durmiendo.

—Amodorrado solamente, anoche llegué muy tarde...

—¿Sí?

No manifestaba disgusto ni extrañeza. En su boca de labios finos y bien dibujados, parecía vagar una sonrisa.

¡Diablo! era un tormento verla allí. Cuando salió, Julián respiró a sus anchas.

De nuevo los recuerdos le asediaron. Por primera vez, en su existencia había un vacío de tres horas; más de cinco horas por lo menos...La última vez que vio el reloj eran las tres de la mañana.

Estaban bailando en un salón larguísimo, con espejos de un gusto detestable y unas oleografías horribles..." Romeo y Julieta" y un retrato de Balmaceda hecho al carbón, con la banda a tres colores.

Él estaba junto al piano, con la mirada fija en el ojo tuerto de la tocadora. Parecía un ópalo... Por mirar ese ojo, no atendía a las parejas, ni a las mujeres enfiladas en el viejo sofá... ni siquiera a don Fortunato que, de rodillas en el suelo, como un inmenso sapo, tamboreaba furiosamente en la guitarra.

«No tienen en Circacia, ni la menor idea de todos los encantos de tu divino ser...»

Menos mal que siquiera ahora don Fortunato no le hablaba de negocios.

Horas antes, en el bar, estaba realmente pesado con su incesante preguntar sobre el «señor socio de usted que se resiste a tomar parte del negocio».

Desde que, para desventura de Julián, Lucho Alvear se lo presentara donde Gage, con un conciso preámbulo: «don Fortunato Bastías, que está loco por conocerte», no había cesado de pedir copas y copas, hablándole de Goldenberg, de la sociedad aurífera, del daño inmenso que «el señor socio de usted» iba a hacerle con su carta.

—Háblele usted, don Julián. Dígame que el negocio es bueno, que va a ganar plata a montones...

—Lo haré, señor, pero es inútil.

—Mozo, ¡tráiganos más whisky! y para mi repita el pisco...¿Es un hombre muy porfiado?

—Porfiado, no; pero tiene sus ideas...

—Original, como buen gringo...

¿De dónde había sacado don Fortunato que el supuesto socio era inglés? Julián no lo sabía. En su carta a Goldenberg, de la cual Bastías tanto le hablaba, él se había contentado con llamarlo «mi socio», simplemente. Y he aquí que el socio, a impulsos de unos cuantos vasos, se había vuelto inglés y hasta con ideas propias.

¡Y qué asedio el de Bastías! Julián no se atrevía ya a contradecirlo y, lanzado en el torrente de whisky y de preguntas indiscretas, hablaba del supuesto socio como si fuera realmente una persona.

—Es un hombre un poco excéntrico. Detesta los negocios auríferos... Prefiere los de carbón... ¡Tiene un criterio práctico!

—Preséntemelo, don Julián. Tenga seguridad: yo lo convenzo.

—No está aquí, se fue a Bolivia —decía Julián, acorralado, queriendo terminar la discusión.

—¡Mozo! Estas copas están tomando gusto a vidrio... ¿Está en Bolivia? No importa. Deme la dirección para escribirle.

—No la tengo todavía... Hasta que no llegue a La Paz.

—En La Paz se conoce todo el mundo...

Y con una libreta de apuntes en la mano y el lápiz listo para anotar, agregaba:

—Dígame el nombre de su señor socio.

Julián se recordaba de esa pregunta que lo sumergió en las más graves inquietudes:

«Dígame el nombre de su señor socio».

¡Qué pregunta más absurda! En su vida se le había pasado por la mente poner un nombre a un socio semejante, a un socio que se da como disculpa, a una invención, a un «mito», según la expresión de Goldenberg...

¡Y ahora, de buenas a primeras, se veía en la precisión de bautizarlo!

¿Qué nombre? ¿Cómo se llamaba? Sí; Julián estaba cierto de haberle inventado alguno...pero ¿cuál?

Se horrorizó de pensar que ese mismo día tal vez Goldenberg volvería a su oficina y le preguntaría cualquier cosa referente al socio. Y él no podría ni aun saber su nombre. Lo iban a descubrir en la mentira. ¡Iba a quedar en ridículo!

Se apretaba la cabeza entre las manos. ¿Cómo se llamaba este maldito socio?

De pronto un rayo de luz se abrió paso en su cerebro:

—¡Eureka! ¡El nombre lo he apuntado anoche! Estoy seguro.

Ahora lo recordaba bien nítidamente. En una salida de don Fortunato, él había tomado una servilleta de papel y había escrito muchas veces el

famoso nombre para que no se le olvidara.

Se levantó de un salto de la cama y buscó nerviosamente en los bolsillos de su ropa.

—¡Oh! felicidad. ¡En uno de ellos estaba la servilleta de papel!

Walter Davis... Walter Davis... Walter Davis... Walter R. Davis...

El nombre estaba escrito en todas direcciones. Algunas veces con trazos imprecisos; otras, las últimas, de corrido...hasta con rúbrica...

—¡Una verdadera firma!

¡Walter Davis! Julián inclinó la cabeza en las almohadas, respirando, hondo y tranquilo, como si despertara de una pesadilla. ¡Ah!, por primera vez era él como todos los demás...; podía decir «tengo socio», y nadie lo contradecía. No sólo eso: había quien creyera en su existencia... Y el socio tenía un nombre y era inglés, original y de sentido práctico...y viajaba en esos momentos a Bolivia.

La voz de su mujer vino a turbar su legítima alegría.

—Julián... ¿y estos pantalones?

—¿Qué?

—Tus pantalones... ¡Mira! ¿Sabes dónde los he hallado? En el cajón del medidor de gas... ¡Lindo ropero! ¿No es una vergüenza?

Julián la miró lleno de estupor.

¿Disculparse? ¿Decir de plano la verdad? Pero era estúpida una borrachera por causa de Bastías, un palurdo, capaz de dar los peores tintes a una trasnochada. Mil veces preferible era echar por tabla a Davis: el negocio en perspectiva, la esperanza de un cambio de fortuna...

Y en él dejó caer la culpa.

—Comí anoche con Davis. ¿No te he hablado antes de Davis?

Un caballero inglés muy distinguido. Me ofreció entrar en sociedad con él. Celebramos la instalación de la nueva oficina. Dos botellas de champagne... una de whisky... ¡qué sé yo!... No me atreví a venirme en ese estado.

Ella se alzó de hombros, como si nada le importara y con sus ojos muy negros y muy tristes, miró los pantalones y los dejó junto a la cama.

VI

Sólo a los postres, Julián vino a sentirse bien en esa atmósfera de lujo exagerado.

Todo, desde la enorme lámpara Luis XV que parecía retorcerse con mimos de jamona, hasta Goldenberg con sus botones de camisa y sus gemelos de brillantes, rechoncho y coloradote, como los mozos apostados detrás de cada comensal, exudaba rastacuerismo en esa casa.

Sólo Anita Velasco, con su melena a la garconne, y sus ojos misteriosos y alargados que parecían hacer juego con la marquesa de esmeralda de su anillo, vestía sobriamente un traje blanco con reminiscencias griegas.

Los demás invitados —¡oh! aquello era un arca de Noé— formaban un conjunto pintoresco.

No es que faltaran hombres importantes: ese viejo de facciones cetrinas y alargadas como trazadas por el Greco, era sin duda un ministro de Corte, un consejero de Estado, o algo parecido. Ese petimetre de largo cuello y que miraba con ojos de carnero a la señora exuberante y rubia que hablaba como un Baedeker sobre su último viaje por Europa, debía ser un bailarín empedernido. El señor de barbas negras y tinte aceitunado debía ser un diplomático.

Debía ser, porque Julián así lo creía simplemente. En realidad no conocía a nadie, sino a Urioste, un corredor, amigo íntimo de Goldenberg, que era el terror de la Bolsa de Comercio.

La presentación no había servido para nada.

—El señor... un amigo... la señora del señor...

En tratándose de presentaciones, Goldenberg olvidaba nombres y apellidos, así se trataba de su propio padre, y no salía de «el señor», «el amigo», «la señora del amigo», «el amigo de la señora»...

Menos mal que su vecina parecía conocer a Julián íntimamente.

—Lucho me habla de usted con gran cariño. Él es un bohemio ¿verdad?; pero ¡qué simpático! Me encanta esa manera alegre de mirar la vida. Usted es más serio ¿no es cierto? Y a propósito, ¿qué fue de ese amor romántico con aquella diplomática italiana...?

—¿Amores? ¡Que locura! —decía hipócritamente Julián, mientras buscaba y revolvía en el desván de sus recuerdos quién podía haber puesto a esa mujer al tanto de aquella vieja historia.

—¡No lo niegue! Conozco todos sus secretos. ¡Hasta la escena del sombrero verde!

Julián estaba realmente intrigado. Esa mujer con rostro de gitana, que él recordaba haber visto alguna vez, parecía conocer los detalles más íntimos de su vida.

Ella en tanto, se reía a carcajadas.

Por fortuna para él, la voz grave del magistrado con cara de cuadro del Greco, se imponía a la atención de todos los comensales, asegurando que «el orden público no puede coexistir con la revolución».

Y luego, subiendo más el tono:

—La absorción de todos los poderes en una sola mano, lleva, sin duda, tarde o temprano al despotismo. Es una ley histórica ineludible.

Él lo prefería, no obstante, a la revolución. Un gobierno fuerte, un gobierno capaz de luchar en contra de «eso», ¿cómo lo diría para no ofender a las señoras...? Pedía mil disculpas a la concurrencia por tener que referirse a una cosa tan grosera... pero no había otra palabra...

Reinaba verdadero estupor. ¿Qué iría a decir don Cipriano, un hombre tan medido?

El seguía buscando otro vocablo. De nuevo solicitaba el perdón de los caballeros y en especial de las señoras para referirse a algo tan sucio... pero tenía que decirlo de una vez por todas: «¡la democracia inmundada!». Esa era la ruina del país. Si no se la dominaba, él —hombre de orden— vaticinaba días muy tristes para la república.

Por desgracia, él los veía venir. Pronto, muy pronto, habría un cambio de gobierno...

El corredor dio un salto en su silla.

—¿Cómo? Pero eso no sucederá antes de la mala...

Se ponía nervioso ante la idea de que aquellas siniestras predicciones pudiera realizarse antes del 18 de mayo. ¡A contar desde esa fecha...lo que quisiera don Cipriano!

—¿Pero usted cree realmente en un cambio de régimen? —preguntó Goldenberg, con la boca llena.

—No sólo creo; lo veo venir.

—En todo caso, no hay que decirlo —observó Urioste—. Puede producir un pánico... En la Bolsa no hay futuro. Los efectos se descuentan de antemano en el mercado. Lo grave no es el hecho mismo sino la creencia en su realización. La fe sigue moviendo las montañas. ¿No lo piensa así don Ramiro?

El aludido era un hombre moreno, de bigote cano y ojos miopes y llorosos, que apenas se distinguían a través de los anteojos gruesos como saleros.

—Sí... acaso... evidentemente...

No consideraba propio de un gerente de Banco dar una opinión sobre cuestiones de carácter político... Un gerente debe estar siempre con el gobierno, mejor dicho, con todos los gobiernos, con el actual, con el que venga. De todos modos, creía como el amigo Urioste, que en este caso se imponía la prudencia.

La vecina de Julián no pudo contenerse:

—¿Ve, usted? Ya está mi marido hablando de prudencia. En la casa, en el Banco, a todas horas... ¡es para poner los nervios de punta!

—Sin duda alguna, no hay que repetirlo —decía con voz solemne el magistrado—; pero recuérdese usted bien de mis palabras: antes de un mes tenemos una degollina general.

—¡Por favor! —intervino Anita—. ¿Hasta cuándo van a hablar de atrocidades?

Y empezó a conversar de una adivina famosísima, Madame Bachet... ¿nadie había ido a consultarla?, que decía las cosas más curiosas...

Sólo la señora rubia que estaba al lado de Goldenberg había tenido el placer de verla. Y le había acertado en todo, todo, como si la hubiera criado:

su viaje por Europa, la gripe que le dio en Berlín, su intimidad con una condesa austríaca...

—¡Es una maravilla! —hacía coro Anita—. Ya ves cómo le adivinó todo a Lucy, a pesar de que se la presentamos como soltera... Claro es que dice cosas divertidas. A mí me aseguró que iba a enamorarme de un hombre que no existía.

—¡Qué disparate!

—No se rían... sobre todo usted, señor Urioste, porque mi ideal enamorado, no te pongas celoso, Samuel, va a ser un comerciante formidable: ¡va a «hacer y deshacer muchas fortunas!».

—¿Un especulador que no existe? ¡Ya lo creo que es temible! —dijo Urioste, riéndose.

—Y un enamorado que no existe, es más temible aún —observó Julián—. Escapa a la vigilancia del marido y, sobre todo... mantiene la ilusión eternamente... ¿Nada más que eso le predijo?

—¡Oh! mucho más... pero —añadió Anita con coquetería— no puedo contarlo. Además, ese loco de Luis Alvear, que fue conmigo, no la dejó seguir profetizando

—¿Qué le dijo? —preguntó con interés la vecina de Julián.

—Le pidió que le adivinara el logaritmo de treinta y cuatro mil trescientos. ¡Es claro que no pudo contestarle! Pero, ahora la adivina se ha vengado...

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntaron simultáneamente Julián y su vecina.

—Tú, Graciela, ¿no sabías?... Lucho tuvo el viernes un accidente en automóvil.

Ella se puso muy pálida.

—¿Algo grave?

—No; está con un ojo en tinta solamente. Casi le hace gracia. Parece una bofetada. No ha venido de puro pretencioso.

Julián sintió la impresión de un ciego que recobra la vista de repente. Ahora lo entendía todo: su vecina, la mujer del banquero, la que conocía sus historias juveniles... era la amante de su amigo Luis Alvear... ¡Qué no le habría contado ese indiscreto! ¿Y el accidente automovilístico? ¡Qué

accidente! Una bofetada vulgar que le dio el tipo con aires de matón en la famosa borrachera de don Fortunato.

Desde ese instante se engarzó en una conversación fácil y alegre con Graciela.

¡Claro! Se recordaba de haberla visto con Anita esa mañana en que le preguntó si era el dueño del caballo muerto.

En el hall, mientras bebían el café, se le acercó Goldenberg. Estaba más amable y más antipático que nunca. Lamentaba que su primer intento de negocios en común no hubiera resultado; pero esperaba que serían buenos amigos y después... ya habría ocasión de entrar en alguna otra combinación que fuera del agrado del señor Dawes... ¿no era ese el nombre?

—Davis... —corrigió Julián algo turbado.

—Sí...sí... Davis. Este Bastías tiene una pronunciación de los demonios.

Anita se acercó en ese momento.

—¿Hablando de negocios...? ¡Pero deja en paz al señor, siquiera a la hora de comida!

Goldenberg murmuró entre dientes algo que debía ser una excusa y se apartó con la mansedumbre de un perro San Bernardo.

—No sabe cuánto me alegro de que haya venido. No sé por qué temía que no fuera a llegar...

—¡Señora!

—Dígame Anita, simplemente... ¿Qué habría tenido eso de extraño? Usted es un poco retraído ¿no es verdad? y, además, yo me decía ¿qué agrado puede ofrecerle esta casa en que no conoce a nadie?

Si me juzga por mi marido que es tan serio, va a imaginar que soy un ogro... Confiese que ha sufrido una desilusión.

—Ya lo creo —decía Julián con buen humor—; la suponía una señora gorda, adusta, respetable... y no puedo conformarme. He sufrido una atroz desilusión; pero no de usted precisamente. No creía que mi amigo hubiera cometido la imprudencia de casarse con una niña tan bonita, y para colmo, aficionada a la poesía...

—¿Pero cómo lo sabe? —preguntó ella.

Julián tomó un aire misterioso. ¿Cómo? Bastaba ver sus ojos y sus labios para comprender que era romántica, romántica «por construcción», como se dice en geometría.

—¡Usted es peor que la adivina! —decía Anita, y, como definiéndose, agregaba—: me gustan mucho los versos; es verdad. Pero no tengo nada de romántica, soy alegre, soy hasta un poco bohemia; usted en cambio es poeta de veras.

También yo he levantado mi castillo en España.
Sobre la dura y fría roca de un corazón.

Era una poesía escrita por Julián cuando tenía dieciocho años.

—Me encantan esos versos —decía ella.

A él le producían, por el contrario, una vergüenza...

Anita protestaba. ¿Por qué avergonzarse de ellos cuando eran tan bonitos?

¡Oh! Todos los hombres son iguales. Creen que es debilidad confesar sus sentimientos. ¡Lo único que vale algo en la vida...! ¡Lo demás...!

Sus ojos se pasearon tristemente por los viejos gobelinos, los pesados muebles, los cuadros y los bronces, hasta quedar absortos en la enorme chimenea de mármol negro, en cuyo fuego, próximo a extinguirse, bailaba todavía una llamita loca y palpitante.

Suspiró, y su mano, como una paloma asustada, fue a posarse sobre el pecho.

—¿Está usted triste? —preguntó Julián con interés.

—No, nada...Nerviosa solamente.

¡Qué importaba! Bien podía ella darse el lujo de suspirar alguna vez, como todas las mujeres, sin que eso preocupara a nadie. Su marido estaba tan atareado con sus minas, negocios y especulaciones. Le daba gusto en todos sus caprichos; no tenía derecho a quejarse; por el contrario, tenía razón sobrada para sentirse feliz, muy feliz..., sólo que a veces...

El diplomático y su viajada esposa venían a despedirse. Un deber de cortesía, que en ese instante les resultaba muy penoso, los obligaba, según

dijo, a retirarse para ir a recibir a un compatriota, el general Urquiza, ex Presidente de la República, que llegaba esa noche de Valparaíso.

El ministro de Corte se acercó también al diplomático: No olvide, señor Cárabes, de presentar el testimonio de mi más respetuosa consideración al ilustre proscrito, a quién tuve el honor de conocer en Nicaragua. Su administración, desgraciadamente corta, fue un prototipo de gobierno fuerte. Dígale usted que su viejo amigo conserva en sitio de honor el recuerdo inolvidable...

¡Qué poema! Julián se despidió para no oírle. Los ojos de Anita estaban fijos en él.

Durante largo rato, Julián creyó sentir a sus espaldas esa mirada turbadora que parecía seguirle a la distancia con la muda pertinacia que un agente secreto camina tras un reo. No se atrevía a volver la cabeza, de miedo de encontrarse con esos ojos claros, refulgiendo como pupilas de pantera en la selva de la noche.

Sentía que esa mirada, por mucho que él se ocultara, tarde o temprano lo alcanzaría.

Sólo al entrar en la muda callejuela, con sus árboles desnudos, con sus pozas que le eran tan familiares, con sus casitas borrosas e indolentes que se niegan a tomar su alineación en la acera, Julián comenzó a sentirse libre de la persecución de aquellos ojos. ¿Los habría despistado entre las encrucijadas y los árboles?

Había llovido. De los aleros, de las ramas, de los alambres de teléfono, caían todavía gruesas gotas.

Encendió prolijamente el habano —gemelo del de Goldenberg— que llevaba apagado entre los dientes; se alzó el cuello del sobretodo y suspiró con el descanso del que concluye una tarea.

Al fin y al cabo, todo había terminado bien, ¡era una tontería amargarse con preocupaciones pueriles! Pretencioso y ridículo: esa era la verdad. La noche había sido buena, la tertulia agradable, Anita encantadora y Goldenberg... casi simpático.

La carta rechazando sus proposiciones fue harto insolente; tenía de sobra motivo para estar molesto, si no con él, a lo menos con Davis.

¿Con Davis? No puedo menos de sonreír al pensar que él mismo, él, Julián Pardo, que estaba en el secreto, le llamaba Davis como si fuera un viejo amigo.

¡Pobre Goldenberg! ¡Pobre don Fortunato!, que a estas horas se imaginaría a Davis flaco y anguloso, como buen inglés, con una pipa entre sus largos dientes, montado en una mula y seguido por un quechua, paciente y trotador, rumiando coca, con el hold all a la espalda, en demanda de la altiplanicie boliviana.

¡The right man in the right place! Davis iba muy bien en esa mula rodeado de indios y de llamas, mientras Julián Pardo, aquí en Santiago, se aprovechaba del prestigio del inglés para sacar el cuerpo a los negocios poco claros...

No hay como tener un socio —se decía satisfecho— y un socio que no existe ¡es una maravilla! No hay desacuerdos, no hay molestias: si conviene, opina: si no, guarda silencio... No existen apremios ni precipitaciones. Con decir la frase consagrada: «Necesito consultarme con mi socio», se cuenta desde luego, con un día de plazo para pensar en el asunto. Si se requiere más tiempo, con decir que está ausente basta y sobra. ¿Se necesita dar una respuesta rápida? ¡Pues se recibe un telegrama! ¿Se arrepiente uno del negocio en el último momento? Contraorden telefónica o por radio. ¡Es un ideal!

¡Ahí está ese Davis trotando hasta quién sabe cuánto por Bolivia!

Sumido en sus disquisiciones, Julián avanzaba, con aire de triunfo, haciendo resonar sus pisadas en la muda calleja.

De cuando en cuando un rayo de luz partía en dos una ventana.

A través de la rendija, alcanzaban a verse los pies de dos catres de bronce. Un matrimonio saludable que dejaba abiertos los postigos.

Más allá, en otra casita vieja que rebasaba de la línea de los demás edificios, se escuchaba una tos seca de anciana, el llanto interminable de un chiquillo, o el monótono balanceo de una cuna.

¡Oh! ¿Y esa ventana con visillos blancos que recortaba impudicamente una silueta femenina? Julián se detuvo un instante como ante una película

cinematográfica «no apta para menores de quince años». ¡Tontería! Era un individuo gordo y ridículo, acaso un secretario de juzgado que se enjugaba los pies con una toalla ante una palangana de latón...

Reprimió un bostezo, y siguió: a medida que se acercaba a su casa, la acera estaba más deteriorada y tenía que fijarse para salvar los charcos claros que se formaban entre las losas de piedra quebradas.

¡Feliz Davis, que no tenía que soportar esa llovizna y que iría a pleno sol viendo recortarse las mantas verde y rojo de los indios y las faldas pintorescas de las cholos en la tierra ocre y árida de Uyuni!

¡Ah! si él estuviera allí, se dejaría de negocios y se concretaría a buscar telas antiguas y a desenterrar huacos curiosos en los cementerios indígenas.

¡Diablo! Por ir pensando en descubrimientos arqueológicos, había metido el pie hasta el tobillo en una poza. ¡Se veía que no estaba en Bolivia!

Menos mal que llegaba ya a su casa.

Abrió la puerta con precaución para no despertar a su mujer.

¡Qué raro! La luz estaba encendida en la pieza del niño y se oían pasos en los altos.

En la escalera, tropezó con la criada.

—¿Qué pasa, Juana?

—El niño está enfermo.

—¿Qué tiene?

—Eso que le da siempre a la garganta; pero está mejor.

—Un ataque de falso crup —pensó.

Sobre la mesa del hall vio una carta para él. Tenía membrete del Banco Anglo-Argentino.

¡Claro! ¡Siempre las cartas del Banco llegan cuando hay un niño enfermo y no se tiene los remedios!

¿Y a qué venía aquella carta? ¿Un documento? ¡Pero si hasta el día seis no vencía ninguno...!

Hizo un acto de valor y la abrió precipitadamente.

La eterna historia: «que se sirviera dar movimiento a su cuenta corriente»... ¡¡Cómo si se pudiera!! Y luego dicen que los gerentes de Bancos no tienen el sentido del humorismo y la ironía.

¡Mentiras que les inventan, por despecho, los literatos, los poetas, los hombres sin criterio práctico, que son, por lo general, los deudores!

Entró, amargado, a la pieza del chico. No se acordaba ya de los trajes suntuosos de la casa de Goldenberg.

Su mujer, con un sencillo vestido de verano, con ese frío y a esas horas, estaba a la cabecera del pequeño enfermo.

—¿Está mejor?

—Sí; ya pasó.

—Cuando salí estaba bueno...

—¡Es claro! ¡Como tú no lo viste!

—¡Pero, no me dijiste una palabra.

—¿Para qué? Te estabas poniendo smoking; supuse que tendrías alguna comilona con amigos... con Davis, como la otra noche...

—¡Hija!

—Es natural. Los hombres se divierten. La mujer pegada a la cabecera de la cama, tiene que trasnochar con el chiquillo. Si a lo menos me quisieras...

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Julián quiso abrazarla.

—Leonor... ¿Por qué me dices esas cosas? ¡Tú sabes que te quiero!

Ella lo apartó de sí serenamente.

—No me beses. ¿Para qué? ¡Pasas tan feliz con Davis!

Julián permaneció un instante mudo, sin saber qué contestar, con las manos apoyadas en el respaldo de la cunita blanca en que el niño respiraba más tranquilo, pero siempre con una especie de ronquido. ¡Qué injusticia! ¡Nadie quería como él a su mujer! Qué buena era y qué bonita estaba con sus cabellos negros que caían sobre sus ojos de azabache. ¡Cuánto sufría de haberla molestado!

Habría querido llorar también como ella y decirle que ese Davis no existía, que era una falsedad, una mentira; pero ¿cómo? ¿Qué sacaba con explicarle que el causante de aquella maldita orgía había sido don Fortunato en vez de Davis? ¿Qué adelantaba con reemplazar un nombre inglés por uno criollo? Hasta por espíritu nacionalista había que preferir al compatriota.

Ella alzó los ojos.

—¿Qué tienes? ¿No vas a acostarte?

—Sí; cuando no estés enojada...

—¡Tonto!

Y le estrechó en sus brazos.

VII

Ítem más, lego a mi sobrino Julián Pardo el escritorio de caoba y la suma de quince mil pesos para que me tenga presente en sus oraciones.

¡Pobre tío!

Vivía arrumbado como trasto inútil en una pequeña quinta de Quillota, y he aquí que hace testamento y junto con la beneficencia, el hospital, la escuela de la parroquia, etc... incluye a Julián entre una serie de obras pías, estira la pata y se marcha al cementerio con el hábito de hermano tercero, sin ruido ni vanidades, dejando tras de sí la estela de quince mil pesos...

¡Pobre tío Fabio...! ¡Era un campeón del rosario y los recuerdos de familia...! ¿A quién le habría dejado el retrato del abuelo con su gran corbatín negro y su cara de aguilucho desplumado?

Julián estaba seguro que le debía a su nariz delgada y curva, con vaga semejanza a la del cuadro, ese recuerdo cariñoso que ahora se traducía en un legado. Heredaba por la nariz, heredaba por una línea curva como otros heredan por la línea recta. ¡Qué diablo! Nadie sabe por dónde y por qué llega el dinero, ¡pero venía bien!

En el escritorio y ante el viejo mueble de caoba, consideró el caso detenidamente. ¡Quince mil pesos! Una serie interminable de cuentas y compromisos acudieron al recuerdo como a un concurso de acreedores: cinco mil pesos al Banco, tres mil a un amigo íntimo; mil, la letra que descontara Luis Alvear; cuatrocientos al sastre...¡qué horror! Los quince mil pesos en contacto con su mano estallaban como un shrapnel.

Al día siguiente estaría más pobre que ahora... y luego su mujer, su pobre mujer que esperaba siquiera una pequeña parte de esa suma para sacar a veranear al chico «que estaba tan delicadito», para arreglar algo de la pieza y comprarse un abrigo más decente... No; para eso más valía

intentar una «arriesgada» en el tapete, en la bolsa, en cualquier parte. ¡O se duplican o no hay nada!

Mentalmente consultó a sus acreedores. ¿Qué les parece mejor? Recibir un treinta por ciento al contado —veía bien que no podría corresponderles más— o exponerse unos momentos a trueque de obtener el pago íntegro del crédito.

¡Bah! No cabía discusión: desde el gerente hasta el lechero parecían hacerle un signo afirmativo:

—Conforme, don Julián, hay que arriesgarse.

—Pero en el garito no —dijo Julián—; sería mal visto por ustedes mismos. En la Bolsa: eso es más de caballero. Mi pobre tío Fabio no se conformaría jamás de ver su dinero reducido a fichas en una mesa de juego...

Tomó el diario. ¿Qué acciones comprar?

Ucayanis, Fortuna, La Gloriosa, Adiós mi Plata..., no tenía la menor idea de estos títulos. ¡Qué tontería! A qué pensarlo tanto.

¿No iba a intentar un golpe de fortuna? Buscaría una «mano inocente» para la jugada.

Llamó a su mujer.

—Dime: supuesto el caso de que así como mi tío nos ha dejado quince mil pesos, nos hubiera dejado cien mil y quisiéramos hacer una inversión, ¿cuál de estas acciones elegirías?

—Ninguna. Yo sería partidaria de comprar una casita, no muy grande, por supuesto, pero bonita, de esas en forma chalet, con ladrillos colorados y una enredadera de flor de la pluma que subiera por la pared del fondo, para ocultar un poco el gallinero...

—¡Hija, por Dios! No sigas haciendo construcciones. Recuerda que la herencia no es de cien mil pesos sino de quince mil, y hay que pagar un mundo de acreedores. Haz cuenta de que se trata de un millonario excéntrico que quiere meter su dinero en cualquier cosa...

—Para un hombre tan estúpido yo le aconsejaría estas acciones: las Adiós mi plata. ¿Te parece bien?

—¡Admirable! —dijo, riéndose, Julián.

Ella se acercó mimosa.

—Dime la pura verdad. ¿Es Davis el que te ha hecho ese encargo?

—¿De dónde sacas ese disparate?

—No me lo niegues. Ese millonario raro tiene que ser él... ¿A qué lo ocultas?

Y añadió con malignidad:

—Cómprale las Adiós mi plata. ¡Muchas, muchas! ¡Cuánto me alegraría de que perdiera!

Aquel recuerdo de Davis fue para Julián una revelación.

Su mujer tenía razón. No era propio que él un infeliz que debía a cada santo una vela y necesitaba mantener su prestigio de hombre serio, se metiera a especular. En cambio, Davis...

Como lo pensó lo hizo.

Esa misma tarde fue donde un corredor de comercio y le explicó en breves palabras el asunto: Su socio, un inglés acaudalado, quería comprar algunas acciones de la Compañía Adiós mi plata; quería, eso sí, limitar sus pérdidas a una cifra dada.

—Aquí tiene estos diez mil pesos como garantía. ¿Le puede comprar dos mil acciones? Bien. Si bajan más de cuatro puntos, liquida usted la operación. Si suben, espera instrucciones.

—Conforme. ¿Cómo se llama su socio?

—Walter

Davis.

—Perfectamente —y anotó en su libro de órdenes: «Walter Davis... 2.000 Adiós mi plata».

¡Con qué gusto miró Julián aquel apunte! Era la primera vez que Davis actuaba por su cuenta.

¡Buena suerte!

Y abandonó la Bolsa triunfalmente.

Una semana después, Davis estaba ganando seis mil pesos.

VIII

Fue un mes entero de nerviosidad desesperante.

Todas las mañanas, a hurtadillas de su mujer, Julián tomaba el diario y leía temblando las cotizaciones.

Las Adiós mi plata, firmes. Subieron dos puntos.

Quedaron a 15 1/2 comprador. ¡Maravilloso!

Ni se acordaba de las miserias de su casa. La mujer tronaba, ¡qué iba a hacerle! Ya pasaría todo aquello y serían millonarios.

Pero Leonor no lo sabía, e insinuaba:

—Mira, Julián, mientras se arregla el asunto del legado, ¿qué te parecería que vendiera los aros de perlas? No los uso nunca. ¡Son demasiado valiosos para mí!

Era el supremo recurso financiero que en los momentos álgidos de crisis asomaba a sus labios. Lo indicaba tímidamente porque sabía de antemano la respuesta:

—¿Estás loca?, ¿vender las perlas que te dio mi madre?

Ella suspiraba sin atreverse a insistir. Julián parecía no darse cuenta de la situación.

Así era en realidad. La Bolsa le obsesionaba.

Para distraerse, salía con Luis Alvear o iba a casa de Goldenberg.

Porque Goldenberg, le había tomado un cariño verdaderamente fraternal.

Invitaciones a almorzar, a comer, al teatro, al biógrafo.

Sólo Anita con sus ojos inquietos y misteriosos como un mar, lo hacía desentenderse por algunas horas de ese terrible ir y venir de las acciones.

Tenía los caprichos más curiosos: ahora quería que escribiera un libro en que apareciera una mujer extraña que dejaba a su marido, su casa y su

fortuna por irse con un poeta que le comprendía.

—¿Usted no ha escrito nunca una novela?

—Las novelas hay que vivirlas —decía él—. Después se escriben.

De otra manera no resultan reales... y la historia de su vida había sido tan serena, tan burguesa... ¡Oh! Las protagonistas apasionadas como la que ella imaginaba, no eran fáciles de encontrar en estos tiempos. Habían muerto con el romanticismo.

—¿Cree usted que no hay ninguna?

Le envolvía en una mirada dulce y capitosa como vino añejo, y añadía en tono alegre:

—Yo, al contrario, creo que la dificultad está en hallar el «héroe».

Hay que crearlo. ¡Y qué difícil debe ser crear un personaje!

Julián no podía menos de sonreírse. El, por de pronto, había creado a Davis. Así, de buenas a primeras, sin pensarlo mucho, cediendo a instinto ciego y egoísta —todas las concepciones son lo mismo— había lanzado al mundo aquel engendro que se paseaba por Bolivia y preocupaba a Goldenberg y perturbaba los negocios de Bastías y especulaba con éxito en la Bolsa.

—No crea, Anita. Nunca el dar vida a un ser es un problema.

Ella le miraba con sonrisa picaresca.

—¡Qué jactancia! ¿Se halla capaz de crear al personaje?

—Si hacemos la novela en colaboración...

—Pero usted me responde de encontrar al héroe...

—Por supuesto, siempre que usted se encargue de la protagonista.

¡Ah! ¡Si desde la mañana hasta la noche Julián hubiera podido conversar solamente con Anita! Pero...había que hablar también con Goldenberg y su conversación era un martirio.

Desde que un día Julián le preguntó su opinión sobre la compañía Adiós mi plata, él, por hacerse grato, comenzó a reunir antecedentes, balances y memorias sobre la marcha de la sociedad, y ¡en qué términos se expresaba de ella!

—Es un horror, mi amigo. ¡Esas acciones no valen diez centavos!

Impóngase de este informe reservado: no hay cubicación. La mina no es más que un hoyo hecho en el cerro en que no existen vestigios de

mineralización. Créame, mi amigo, si yo me rebajara a especular en papeles de esa especie, vendería en descubierto todas las acciones de la compañía. Recuérdelo bien usted: ahora las Adiós mi plata están a quince pesos; mañana, hoy mismo, pueden estar a diez centavos. Y aun así, estarían «infladas».

Los nervios de Julián no resistían. Tomaba el sombrero, y olvidándose de todo, hasta de Anita, se iba de prisa a la Bolsa.

Allá se tranquilizaba.

—A dieciséis y medio comprador —le cotizaba el tenedor de libros y llamaba por teléfono a Gutiérrez.

—Admirable, don Julián —le decía el corredor—. ¡El señor Davis no la yerra nunca! Y ahora ¿qué hacemos?

—Compre otras dos mil.

—Voy a dar la orden.

Y luego, confidencialmente y golpeándole la espalda:

—Sea usted buen amigo, don Julián. ¿Qué le ha oído al señor Davis? ¿Habrà margen para unos cinco puntos de alza?

—Cuando él ordena que le compre más...

Julián se despedía para evitar el interrogatorio.

Y cuando Julián salía, el corredor comentaba invariablemente con el tenedor de libros:

—¡Ese Davis es un lince!

Iba a la rueda y se compraba por su lado un «lotecito».

Por su parte, Julián, tan pronto como se alejaba algunos pasos del edificio de la Bolsa, comenzaba a sufrir una angustia desesperante, que se traducía en un verdadero delirio de locomoción.

Cuando a las cinco y media de la tarde terminaban las operaciones y veía el boletín, quedaba un poco más tranquilo; pero más tarde, la obsesión volvía. No podía apartar de su mente las acciones... Creía de buena fe que la cotización de la plata influía en ellas y ni aun de noche se libraba de la terrible pesadilla.

—A estas horas aquí «no hay rueda», ¡pero en Londres...! Tal vez en este momento, las dos de la madrugada, ha comenzado a funcionar el mercado de metales.

Creía ver a los corredores londinenses, serios, correctos, impenetrables, perder repentinamente su serenidad británica y formar un corrillo bullanguero, un pandemónium en que nada se entendía.

De pronto, una voz ronca dominaba el tumulto: Un corredor comenzaba a ofrecer, a ofrecer bajando el precio y la plata se desmoronaba.

Julián veía enviar el telegrama a la Bolsa de Santiago de Chile, anunciando una baja formidable. Al día siguiente la plata estaría por el suelo, y sus acciones...

Julián no quería pensarlo. Para olvidar todo ese horror trataba de reconstruir en su memoria la silueta delicada y tentadora de Anita.

En vano.

Entonces le invadía una oleada de arrepentimiento.

¡Qué estupidez! El, un hombre razonable, metido en un flirt como un chiquillo, con una mujer que no le importaba nada. ¡Imperdonable! ¡No volvería a ver a Goldenberg!

Y se acostaba lleno de buenos propósitos: terminar la especulación y terminar el amorío.

Pero al día siguiente, al despertar, la vida le tomaba de nuevo entre sus ruedas, y la mujer y el juego le arrastraban...

IX

—El niño sigue cada día peor; no come, duerme mal, tose de noche... es preciso llevarlo a alguna parte.

—En cuanto haya dinero disponible...

—¿Y los quince mil pesos de Don Fabio?

Julián no se atrevía a confesar a su mujer que estaba especulando. En fin: como tenía utilidades, la garantía no era necesaria. Le pediría unos tres mil pesos a cuenta al corredor. ¿Tres mil? Era ridículo que Davis necesitara tres mil pesos. Esperaría el día de la mala, y le pediría treinta mil. El resto de la ganancia lo dejaría en la oficina para seguir operando, hasta hacerse millonario.

—Hoy mismo tienes el dinero —dijo.

¡Qué bueno, para llevar al chico al campo! ¿Quieres verlo?

Acababa de dormirse. Entraron en puntillas a la pieza.

—¡Parece un pajarito!

La carita pálida se esfumaba entre las sábanas junto a la cabezota desvencijada de un oso de trapo, al cual oprimía amorosamente contra el pecho.

—¡Pobrecito!

Impresionado con el recuerdo del pequeño, Julián fue a hablar con el corredor: Davis quería que, a cuenta de las utilidades, le entregara unos treinta mil pesos.

Gutiérrez no vaciló.

—¡Con mucho gusto! ¡Basta que lo desee el señor Davis! ¿Para cuándo necesita ese dinero?

—Para hoy, para mañana, cuánto más pronto mejor —dijo Julián.

El corredor sacó el reloj.

—Son más de las cuatro. Hoy ya está cerrado el Banco. Usted tiene poder del señor Davis. ¿No? No importa. Una carta, cuatro líneas... Por la fórmula, nada más que por la fórmula, para dar a la operación un aspecto comercial.

—Es que Davis está ausente...

—¡Bah! Entonces la misma carta en que le da la orden.

—No me ha escrito... me ha hablado por teléfono... —dijo Julián, acorralado.

—No se preocupe, ¿dónde está ahora el señor Davis? ¿En Valparaíso?

—En Valparaíso... —repitió Julián con voz opaca.

—Muy bien; que le extienda un poder, y basta y sobra. Háblele esta misma tarde por teléfono.

Julián no hallaba cómo salir de aquel pantano.

—¡Qué vamos a hacerle! Volveré mañana.

Gutiérrez salió con él hasta la puerta.

—Don Julián, disculpe la molestia que le impongo. No vaya a tomarlo como desconfianza. Le conozco demasiado; pero por usted, por mí, por el orden mismo de la oficina, conviene que usted traiga ese poder. Es una práctica invariable. Mi socio me lo exige...

—¡Lo comprendo!

Julián sabía perfectamente a qué atenerse respecto a estas exigencias de los socios.

Salió indignado. ¡No faltaba más! Él había arriesgado su dinero, él había especulado; él había estudiado los negocios; él había ganado en buena lid esos ochenta o cien mil pesos que Gutiérrez tenía en su oficina, y ahora resultaba que ese dinero era de Davis, que para entregárselo necesitaba una autorización de Davis, que, en buenas cuentas, Davis se quedaba no sólo con el lucro de la especulación, sino con la garantía, con todo su peculio, con el propio legado de su tío.

¡Un robo descarado! ¿Y quién era Davis? Un nombre, una quimera, un engendro de su mente.

La plata era suya, suya, y él no consentiría en ese despojo...

¡Como que se llamaba Julián Pardo, él reconquistaría ese dinero! ¡Era un salteo! Obraba en defensa propia y no retrocedería ni ante el crimen, si

era preciso asesinar a Davis...

No pudo menos de reírse.

—¡Qué ridiculez! ¿Matar a Davis?

¿Estaba loco? Davis al fin y al cabo no era nada; mejor dicho, era un seudónimo, una prolongación de su personalidad.

¿Le pedían un poder? Perfectamente: era lo mismo que si le pidieran una autorización de Julián Pardo, un dinero que le pertenecía. ¿No iba a efectuar un acto justo? ¿A quién dañaba con ello? A nadie, absolutamente a nadie...

En cambio, si él no se daba ese poder, dañaba a su hijo, dejaba en la miseria a su mujer, dilapidaba estúpidamente su peculio y el fruto de su trabajo de dos meses y obligaba al corredor a quedarse con lo ajeno.

Una voz sutil e irónica comenzó a levantarse en su conciencia:

—Muy bien, Julián: eres el más perfecto tinterillo; pero así y todo, vas a ser una incorrección o algo peor que eso, un acto vergonzoso: vas a engañar al notario...

Julián se sublevó— ¡Qué estupidez! De lo contrario —si no cobraba su dinero— iba a engañar al corredor... vaya lo uno por lo otro, murmuró. Basta de escrúpulos. ¿Por un simple formulismo no iba a cobrar lo que era suyo?

Consultó el reloj. Aún era tiempo de llegar hasta su casa para despedirse de su mujer y tomar el tren a Valparaíso.

Llamó un coche.

¡Tener que ir a Valparaíso por culpa del maldito socio! ¡Qué absurdo!

¿De modo que ya Davis había regresado de Bolivia?

Sintió un vago temor.

De la Paz, Davis se había venido a Valparaíso. Davis se acercaba.

No sabía por qué temía que algún día, Davis, siempre viajero, siempre inquieto, abandonara también esa ciudad y se viniera aquí, a Santiago, a perturbarle sus negocios y su vida.

X

Un viaje en tren, una noche entera en blanco entre las sábanas hostiles y con olor a mar de la Pensión Inglesa oyendo el diálogo monótono, agotador, dilacerante, que se prolongaba como un duelo a florete, en el fondo de su conciencia:

—Vas a falsificar una escritura.

—No; voy a darme poder a mí mismo.

—Cometerás un acto indigno...

—Voy a cobrar lo que me pertenece.

—Vas a engañar...

—Voy a poner fin a un engaño.

—¡Mintiendo...!

—Será mi última mentira... Con ella voy a volver a la verdad...

—¡Tinterillada! Vas a falsificar una escritura.

Julián estaba loco. A las seis de la mañana no pudo resistir más, se levantó y fue a pasearse por los malecones en busca de aire fresco.

El mar parecía repetir el mismo diálogo. Su protesta se estrellaba en los rieles y las piedras del muelle; retrocedía y de nuevo tornaba en su insistencia.

—Vas a falsificar una escritura.

—Voy a cobrar lo que me pertenece.

Aquel espectáculo era intolerante, y cada vez que el malecón resistía con terca negativa, Julián apartaba los ojos de las olas para no ver la réplica de espuma. Una réplica blanca y altiva como un protesta, quebrándose en los hierros enmohecidos, en las piedras negras y viscosas donde se acumulan los detritus de los cauces.

—¡A qué hora abrirán la notaría! —suspiraba.

Le parecía que una vez terminado «aquello» quedaría tranquilo.

A las ocho entró a un pequeño restaurant. Bebió una taza de café y le preguntó al mozo cuál era el notario más antiguo de Valparaíso.

—No sé; señor. Hay uno muy viejito que viene a almorzar aquí.

Era ese el hombre que Julián necesitaba... Un hombre rutinario, acostumbrado a colocar «firmó ante mí»... «mayor de edad a quien conozco y dijo...» con la inconsciencia de una máquina, en las escrituras.

—¿Dónde tiene la oficina?

El mozo le indicó la dirección.

Julián miró al reloj. ¡Caramba! Eran las ocho y cuarto solamente.

Había que hacer hora hasta las diez...

Sacó un papel de su bolsillo, tomó la pluma fuente entre el índice y el cordial —posición inusitada— y, como en la famosa travesía de don Fortunato, comenzó a escribir con una letra echada atrás: Walter R. Davis, Walter R. Davis, con una rúbrica curva y alargada como el tubo de una pipa.

El mozo se acercaba. Hizo pedazos el papel y salió del restaurant.

Comenzó a andar por la ciudad maquinalmente deteniéndose ante cada escaparate.

—No voy a hacerle daño a nadie... a nadie...

Hablaba solo.

A fuerza de repetir esa palabra «a nadie», «a nadie», quería incrustarse la afirmación en el cerebro.

En las calles centrales comenzaba el movimiento cotidiano...

Mucha gente. No convenía que le vieran. Se internó por una callejuela atravesada.

En un almacén óptico se compró un par de anteojos negros.

Se los puso. ¡No fuera hallarse con algún amigo!

Andando, andando, llegó hasta uno de los cerros que rodean el puerto. Se le figuraba que el espectáculo de la bahía, bruñida y amplia como una fuente de plata, podría distraerle.

La bruma dejaba ver apenas los buques próximos, alineados como inmensos ataúdes. Un botecito —un ataúd de niños— se balanceaba tristemente. Pensó en el chico enfermo. ¿Cómo seguiría?

¡Oh esas malditas gafas negras comunicaban a todo un aire tétrico!

Bajó.

Al fin la notaría estaba abierta. Un hombre largo y calmoso, como un sepulturero, ponía en orden unos mamotretos, colocándolos en el nicho respectivo.

—¿Está el notario?

—No ha llegado todavía.

—En fin, da lo mismo... Se trata de una escritura de «cajón»...

¿Podrá estar lista hoy en la tarde?

El hombre lo miraba con indiferencia.

—Es una simple escritura de cancelación —dijo Julián un poco cohibido—. Un señor me pagó ayer una plata y quisiera...

—Sí; pero el tiempo es lo que falta...

Julián echó mano a la cartera y sacó algunos billetes.

El empleado dejó caer el librote que llevaba al anaquel y se acercó solícito a Julián:

—Sí, señor; alcanza a estar. ¿Para las doce?

Luego, al pasarle los billetes y animado por la cara sonriente del empleado:

—Usted estuvo antes en la notaría de...

Fingía buscar un nombre. El escribiente se apresuró a facilitárselo:

—En la notaría del señor Unzueta.

—Sí... sí...

—Yo también creo conocerlo. ¿Usted es el señor...?

A su vez trataba de encontrar un nombre.

—Walter Davis —acudió Julián, facilitándole el hipotético recuerdo.

—¡Ah! Sí... ¡Claro! El señor Walter.

Julián sintió deseos de abrazarle. ¡Con ese hombre de tan buena memoria la mitad del camino estaba hecho!

Si el empleado creía reconocerlo en calidad de Davis, ¿para qué seguir el cuento de la escritura de cancelación? ¡Al «poder» lisa y llanamente!

—¡Las diez y cuarto! ¿Sabe? Estoy pensando que no voy alcanzar a volverme hoy a Santiago. La escritura de cancelación no corre apuro. En cambio necesito dar poder a Julián Pardo... ¿Alcanzaré a tenerlo antes del almuerzo?

—¡Por supuesto!

Le entregó un borrador escrito a máquina.

—Hasta luego, señor Walter.

—Hasta luego.

Julián estaba loco de alegría. ¡Qué angustias ni qué problemas psicológicos! ¡Nervios; nada más que nervios!

El sol había disipado los nublados y la bahía se extendía como un inmenso prado verde. Los viejos barcos, pesados y soñolientos, parecían rumiar viejos recuerdos. Una bandada de botes de colores, blancos, rojos, azules y amarillos, revoloteaban en torno de ellos como mariposas.

El niño se iría al campo, volvería gordo y rozagante... Su mujer descansaría, recobraría el buen humor, la alegría de vivir.

Cuando pensaba en ellos, Julián se hallaba capaz de cualquier cosa, se sentía casi un héroe.

Todo lo afrontaría por salvarlos.

A las once y media estaba en la notaría.

—El poder está listo, señor Davis. No faltan sino las firmas.

Julián sacó la pluma fuente, y firmó y rubricó con gesto decidido Walter R. Davis.

Dos empleados de la misma notaría servían de testigos.

¡Gracias!. Hágame el favor de presentarme al notario.

Entraron a una salita de modestas apariencias.

Tras una mesa llena de papeles, estaba un vejete flaco, de aspecto ratonil, con las gafas equilibradas en la punta de la nariz.

Tendió la mano a Julián como si se tratara de un antiguo conocido.

Leyó entre dientes el poder.

—Muy bien... muy bien...

Clavó en Julián unos ojillos de miope.

—Parientes de los Davis de La Serena ¿verdad? Muy bien... Muy bien...

Y casi tocando el papel con las narices estampó su firma.

—El timbre. ¿Dónde está el timbre?

Imprimió el sello, tomó con mano vacilante el bote con la arenilla de secar, sopló cuidadosamente.

—¿Están pagados los derechos? Muy bien... Muy bien... Servido. Hasta la vista.

¡Estaba salvado! Había pasado el Rubicón; volvía a ser el mismo Julián de antes. En la otra orilla quedaba Davis defraudado.

Creía verle, largo, flaco, con el pelo de color zanahoria y una vieja cachimba entre los dientes, pasearse malhumorado, con las manos cruzadas a la espalda.

¡Pobre Davis! ¡Había errado el golpe! El dinero de las Adiós mi plata se le iba de las manos: Pardo lo cobraría con el poder suscrito, ¡qué sarcasmos! con la firma del propio Walter Davis.

Julián sonreía con el orgullo del triunfo.

De pronto se acordó de los anteojos negros. Los tomó y los hizo añicos contra el suelo.

Miró atrás nerviosamente.

Le parecía oír la voz de Davis que le gritaba desde lejos con las manos puestas como una bocina ante sus dientes largos y amarillos.

—Míster Pardo: usted hace mal. Esos anteojos son verdaderamente míos.

Tomó el tren, regresó y se fue derecho a la Bolsa de Comercio.

Quería terminar pronto: mostrar el poder y recibir el cheque. Estaba seguro de que sólo entonces podría descansar.

—¡Oh! Míster Pardo, ahora va a engañar al corredor.

La voz de Davis se sustituía a la de su conciencia.

¡Gringo estúpido! ¿Se le pasaba por la mente que podía decirle al corredor que había ido a Valparaíso a falsificar una escritura?

La voz seguía imperturbable, taladrándole el cerebro.

—Una nueva mentira, Míster Pardo; no es correcto.

¡Caramba! ¿Había acaso otra manera de cobrar un dinero suyo, absolutamente suyo? ¿O iba a dejarlo perderse tontamente? ¡Esta sería su última mentira!

A su mujer le diría la verdad: que había ido a Valparaíso por culpa de Davis, ¿no era acaso cierto? y, gracias a ese viaje, disponía del dinero

necesario. Un negocio hecho con Davis —en eso no había engaño— le permitía disponer ahora de una pequeña fortuna...

¡Qué gran noticia para ella!

Arrullado por estos pensamientos, llegó a la oficina de Gutiérrez.

—¡Don Julián, al fin aquí! ¡Dos puntos de alza! ¿Habló con el señor Davis?

Por toda respuesta, Julián sacó el poder.

El corredor lo leyó rápidamente.

—¡Admirable! ¿Ve usted? ¡Con esto queda todo en orden!

Y en seguida, dirigiéndose al empleado:

—Archive esa escritura y haga un cheque por treinta mil pesos a favor del señor Pardo.

Julián lo dejaba hacer sin atreverse a protestar. ¡Ese hombre iba a guardar quién sabe por cuánto tiempo una escritura simulada cuyo solo recuerdo le crispaba!

—¿Y el señor Davis? ¿Qué le ha dicho el señor Davis?

—Nada...Nada... Que liquide —dijo Julián en un raptó de desesperación.

El corredor le miró lleno de asombro.

—¿Ha tenido malos datos del negocio?

Se acordaba sin duda del lote que tenía por su cuenta. Además, sólo el día antes la había dicho a una señora amiga suya «que se metiera en unas mil Adiós mi plata». El pobre Gutiérrez insistía:

—¿De veras, don Julián, eso le ha dicho? ¿Quiere liquidar todas sus acciones?

—Sí; todas, rápidamente.

—Pero van a bajar de un modo horrible.

—No importa.

Los ojos del corredor se iluminaron.

—¡Ah! Ya comprendo. Es un movimiento de especulación del señor Davis. ¡Qué reservado es este don Julián!

Firmó el cheque, y al dárselo, golpeándole afectuosamente la espalda agregó:

—Si habla de nuevo con el señor Davis, dígame que no sea egoísta y cuando tenga algún buen dato, se acuerde de su pobre amigo.

—¡Cómo no!

Le molestaba que Gutiérrez le hablara tanto de Davis.

Llamó un coche.

—A la calle Grajales.

Ahora con el cheque en el bolsillo, la modesta fachada de su casa le parecería más alegre.

El chico salió a su encuentro:

—¡Papá! ¡Papá! ¿Me tajo un mono?

Julián lo tomó en brazos. Mañana le traería un libro, unos juguetes, unos monos muy bonitos...

Le palpaba conmovido las piernas delgaduchas...

—¡Julián!

Su mujer bajaba apresurada a recibirlo. Le abrazó y, mirando al chico:

—¿Cómo le hallas?

—Mejor —dijo Julián—; ahora podrá salir al campo.

—¿Sí? ¡Qué bueno!

—Y a ti ¿cómo te ha ido?

—Sin novedad.

Cambió en seguida de expresión. Por sus ojos pasó un relámpago de celos.

—¿Te divertiste mucho en Valparaíso?

—¿Por qué lo dices? Sabes que iba por un asunto comercial.

—¡Es claro...! ¡Davis...!

—¿No crees en él?

—No es que no crea; es que me carga. Siempre alejándote de mí, siempre en fiestas...

—Eres injusta. Este negocio...

—¿Te lo dio él? ¡Cuánto me alegro!

Julián dejó el niño en el suelo y le enseñó el cheque con orgullo.

—¿Ves? Treinta mil pesos.

—¡Qué espléndido! Vas a comprar una casita, ¿verdad? Mira, y cuando tengamos el chalet bien arreglado, con un comedor con zócalo de madera y

unos enormes platos de mayólica, invitarás a Davis a comer... ¿Qué te parece?

—No viene, es muy retraído.

—Pero, ¿por qué? Tú le supones eso. ¿Retraído?

Para tomar whisky y champagne y andar contigo hasta el amanecer, no se retrae en lo más mínimo... Prométeme que lo invitarás.

Tengo curiosidad de conocerlo.

—¡Hija mía, es completamente inútil! No vendrá.

—¿Crees entonces que nos mira en menos?

Julián hizo un gesto de cansancio y entró a su escritorio con el pretexto de arreglar unos papeles.

¡Ya estaba el maldito Davis amargándole la tarde!

Cómo poder hablar las cosas francamente y decirle a su mujer que el tal Davis era un mito. ¡Ahora! ¡A buen tiempo! Ya no le creería. ¡Y con razón! ¡Le había hablado de él todos los días! Además, nunca podría decir la verdad, «toda la verdad»: qué él había falsificado una escritura, había suplantado a Davis...

Un secreto vergonzoso los unía y a cada instante Julián Pardo creía ver levantarse la silueta escueta y acusadora del inglés.

—¡Oh!, ¡Míster Pardo! Usted que se dice mi socio y debe estarme agradecido, me ha falsificado la firma y me ha roto los anteojos. No es correcto.

XI

Olor a carboncillo, ir y venir de gente.

—¡Disculpe!

Una maleta que atropella; un gorro colorado que pugna por subir.

—Apúrate, ¡Sí, cabe! Hay un hueco en la rejilla.

¡Up!

En la ventanilla, el «Nito», paliducho, abrazado a un paquete de galletas, y Leonor, tratando de alcanzar el vidrio y dando a Julián sus últimos encargos.

—No me eches en olvido. Mira, encima del chifonier quedó el reloj. Hay que mandarlo componer. Si va la Luisa, dile que el sábado sin falta tiene que mandar la ropa. Escríbeme...No dejes de escribirme, y sobre todo, pórtate muy bien. Nada de Davis, ¿me prometes?

Un pitazo, una manito de niño que aletea desacompasadamente como un pájaro que trata de volar y un pañuelo blanco que se agita hasta que el tren se pierde en la atmósfera pesada y polvorienta.

Julián volvió a la oficina.

Paseándose ante la puerta cerrada, con el sombrero suelto echado sobre los ojos, las manos a la espalda y un cigarrillo de hoja de Talca entre los dientes, don Fortunato le aguardaba.

Julián estrechó la mano ruda y franca que el hombre le tendía; abrió la puerta y entraron.

No se veían desde aquella malhadada noche.

Bastías tomó colocación en el sofá, con las piernas muy abiertas para dejar sitio al abdomen, cruzado por una gruesa cadena de reloj, de la cual pendían, como algas de un calabrote, un enorme 54 guardapelos, un cuernecillo de coral, un trébol y un número trece.

Afirmó las manos en las rodillas y suspiró.

—¡Ah!, don Julián, no sabe las amarguras que me cuesta el señor socio de usted!

Julián se impacientó:

—¿Qué le sucede?

—¡Qué ha de sucederme! Por culpa de su señor socio, don Samuel me ha disminuido cinco mil acciones...

—¿Y qué quiere usted que le haga?

En ese momento empezó a sonar la campanilla del teléfono.

—Con su permiso...¡Aló! ¿Con quién?

—¿No me conoce?

Era la voz de Anita.

—¡Cuánto gusto!

—¿De veras? ¡Creí que ya no se acordaba de su pobre amiga!

Nueve días desaparecido sin que Lucho, ni Graciela, ni nadie tuviera noticias de su paradero. Lo he buscado hasta en la lista de defunciones. Me he puesto trágica...

—Eso no está bien.

—¡No se ría! Es la verdad. Hasta he llorado. ¡Qué tontería!, ¿no es cierto? Pero estoy neurasténica. Debe ser el tiempo... Paso tan sola y aburrida que a veces me da miedo de ponerme sentimental,

¡y es tan cursi! Me había acostumbrado a conversar con usted todas las tardes...

Julián le explicó su ausencia. El viaje a Valparaíso, la partida de su mujer, un conjunto de ocupaciones y negocios.

—¿Usted hablando de negocios? ¡Qué cosa más divertida! Eso está bueno para mi marido. Y, a propósito, Samuel me dijo que lo invitara hoy a comer. ¿Podrá venir? Ahora que está viudo, espero tenerlo aquí todos los días. Hasta la noche.

Cortó.

Nuevo repique:

—¿Ha comenzado la novela que le dije? Hay que empezarla. ¡Adiós!

Don Fortunato, arrellanado como una rana en el sofá, miraba con ojos llenos de malicia.

—Hablabas con una niña, ¿no es verdad? ¡Qué don Julián! Tiene suerte para todo. ¡Hasta para encontrar socio! En la Bolsa supe ayer que el señor Davis estaba ganando plata a manos llenas. Algo le habrá tocado a usted también... ¡Ese es un socio de veras! En cambio el mío, el señor Goldenberg, cada día más avaro y más difícil. Por eso he venido en busca de consejos.

—¿Qué voy a aconsejarle yo, don Fortunato?

—Pero usted puede preguntarle al señor Davis... Usted, que es amigo de él, puede decirle que, por culpa de su carta, don Samuel me ha rebajado mi cuota en el negocio y ahora dice que, en compensación, me va a aumentar mis tierras, me va a hacer crecer el fundo.

¡Yo no entiendo!

—Tendrá él algún terreno colindante con el suyo.

—No, señor.

—¿Comprará entonces alguna propiedad para obsequiársela?

—Tampoco. Dice que ha consultado a un abogado y que me va a ensanchar la propiedad «por ministerio de la ley».

Sacó un papel todo arrugado y se lo puso ante los ojos. Era un esquema del río y de la hacienda El Peralillo, aporte de Bastías a la Sociedad Aurífera El Tesoro. Una gruesa raya negra avanzaba como un muelle en la corriente y una línea de puntos indicaba el presunto aumento de la propiedad a costa del cauce.

—¿Ve, don Julián? La sociedad hace este molo de cemento —le indicaba el trazo negro—, el agua se estrella aquí, da media vuelta y con la arena y los embanques hace crecer la propiedad. El señor Goldenberg me asegura que nadie puede decirme una palabra, porque este modo de adquirir es muy legal y se llama... ¿cómo se llama?...

—¿Accesión? —dijo Julián.

—¡Justamente eso!

Julián no pudo menos de sonreírse. ¡Era un colmo! ¡Meter a ese pobre con media hacienda El Peralillo en la sociedad aurífera, quitarle cinco mil acciones y ofrecerle como indemnización una propiedad hipotética situada, por el momento, bajo el río! Don Fortunato iba a adquirir su nuevo fundo

«por accesión o acrecimiento», como dice el código. Goldenberg era un desalmado.

—¿Qué le parece el negocio, don Julián?

Pardo alzó los hombros.

—¿Para qué me lo pregunta? Eso no es asunto mío. Soy amigo de usted, amigo de Goldenberg, y no quiero mezclarme en sus negocios.

El recuerdo de Anita le quitaba toda su antigua libertad para opinar. Veía patente que cuanto dijera, se lo transmitiría don Fortunato a Goldenberg, y por nada de este mundo quería hallarse en un enredo. ¡Era perder a Anita para siempre!

—¡Pero, don Julián, si lo único que quiero es que usted le pregunte su opinión al señor Davis...!

—No entiende de leyes.

—¿Qué importa! Pero él entiende de negocios...

—Davis no está aquí.

—Lo sé. Está en Valparaíso. Me lo dijo ayer el tenedor de libros de Gutiérrez. ¡Usted puede transmitirle mi pregunta por teléfono!

—¡Es inútil! Davis no está en antecedentes.

—Explíqueselos usted —imploró Bastías—. ¡Me interesa tanto la opinión del señor Davis!

Julián sentía una molestia indefinible. ¡La opinión de Davis...! ¡Lo único que le preocupaba a todo el mundo era la opinión de Davis!

La suya, en cambio, no pesaba nada. ¡Él era un cero a la izquierda!

—Le hablaré —dijo para cortar la discusión—. Pero puedo adelantarle que voy a perder tiempo inútilmente. Davis no sabe una palabra en negocios de esta especie. Hasta yo sé más que él en materia de propiedades y de leyes. En principio, Davis es enemigo de todo asunto complicado. No le gusta preocuparse. Me consulta a mí...

—No importa, don Julián. La cuestión es que yo sepa la opinión del señor socio de usted.

—Le he dicho que voy a hablarle.

—¡Muchas gracias!

Bastías le estrechó la mano, lleno de gratitud.

—Hasta muy luego. ¡Nunca podré pagarle este servicio!

Julián quedó hecho una furia.

XII

Ese día Julián no fue a la Bolsa.

Durante un mes había tenido abandonada su oficina.

Cuando hubo despachado sus quehaceres, se dirigió a casa de Goldenberg.

No habían llegado aún los invitados.

En el salón, a media luz, Anita estaba sentada con el busto inclinado hacia adelante y los ojos fijos en la chimenea.

El fuego chisporroteaba y parecía danzar en sus pupilas, como una ronda de diablillos en el fondo de una gruta.

Tendió la mano a Julián, con aire de fatiga, y le indicó un sitio a su lado.

El creyó ver en sus ojos la huella de las lágrimas.

¿Por qué estaba tan triste?

A la pregunta de Julián, reaccionó con violencia.

Sí; había llorado, ciertamente; pero ¿qué le importaban a él sus penas? Se iba sin decir una palabra, volvía tan satisfecho, y si ella no lo llamaba por teléfono para decirle que viniera... ¡adiós amiga!

Como si no la hubiera visto nunca. No lo decía en son de queja.

¡Psh!, todos los hombres eran iguales. Así y todo eran mejores que las mujeres... ¡Tan malas, tan envidiosas!

Julián la miraba conmovido sin saber qué decir.

Ella callaba. El escote entreabierto dejaba adivinar sus pechos pequeños y redondos. Con los codos apoyados sobre las rodillas, en una actitud de esfinge, el cuerpo ágil y esbelto se contraía como una pantera próxima a saltar. Sus ojos parecían abismarse en un sueño lejano.

—¿En qué piensa?

Hizo un gesto de suprema displicencia.

—Ni yo misma lo sé —dijo.

Luego, al ver los ojos tristes de Julián que la miraba lleno de ansiedad, bajó los párpados, echó el cuello hacia atrás y murmuró:

—¡Tengo pena... Mucha pena...!

Y rompió en llanto.

Julián le tomó una mano y la oprimió convulso entre las suyas.

—Anita, ¡por piedad!, no llore así...

Ella seguía repitiendo «Tengo pena... tengo pena», con ese desconsuelo de los niños regalones que tienden a llorar más al sentirse acariciados.

El llevó a sus labios esa mano fría que parecía desmayarse junto a sus rodillas. Era la cuarta mano de mujer que besaba en iguales condiciones. ¡Era absurdo! ¡Era grotesco! Casi sintió remordimientos.

Su actitud tenía algo de pirata que se aprovecha de la tempestad para adueñarse de los despojos del naufragio. ¿Tempestad?

Apenas una tormenta de verano.

Y ese maldito escote del vestido que seguía como una playa inexorable, resistiendo el vaivén amargo y blanco de las olas...

De pronto, Anita retiró la mano.

—¿Oye? ¡Es Samuel!

En el hall se oían, en efecto, algunas voces.

Se acercó casi corriendo a uno de los espejos de la sala, y levantando una pequeña lámpara comenzó a arreglarse su toilette Julián permanecía inerte en el sofá. Le pareció que transcurría un siglo y, sin embargo, habría deseado que ese tiempo se prolongara más y más. La puerta comenzó a abrirse lentamente...

—¡Oh, señora, cuánto gusto!

¡Qué descanso! No era Goldenberg, sino el viejo magistrado, seguido de otro señor moreno, cuadrado y basto como un adobe.

—Disculpe, don Cipriano..., pero no puedo interrumpir esta tarea... Una pestaña... Créame que estoy llorando... y es poco poético el motivo, ¿no es verdad?

Hablaba nerviosamente, mientras con el extremo del pañuelo, fingía una delicada operación oftalmológica.

Luego, reparando en el acompañante:

—Mi coronel, muy buenas noches... Le voy a presentar a Julián Pardo.

Julián, de pie, con el aire de quién despierta de repente, recibió el saludo ceremonioso de don Cipriano, y el fuerte apretón de manos del militar.

—Señora —dijo el magistrado—, perdone usted que me mezcle en un asunto de índole tan personal como sus ojos; pero los ojos de una mujer hermosa...

Y se extendió en una larga disertación sobre el tratamiento que debía darse a estos que él llamaba, «si se le permitía la expresión, pequeños accidentes oculares».

—Nada de ácido bórico, señora; agua de té, como nuestras madres y nuestras abuelas.

—Pamplinas —gruñía el coronel Carraza— ¡Los oídos y los ojos con los codos! Llorar no le hace mal a una mujer.

—¡Por favor no se ocupen de mi ojos!

En ese momento llegó Goldenberg.

Saludó apenas al coronel y a don Cipriano y dirigiéndose a Julián con entusiasmo, como si le trajera una gran noticia, exclamó:

—¡Qué le decía yo, mi amigo! ¡Las Adiós mi Plata por los suelos!

—¿Cómo? —dijo Julián estupefacto.

—¡Lo que tenía que pasar! Hoy bajaron cinco puntos. Antes de un mes las verá usted a diez centavos.

Julián se apoyó en el respaldo de la silla para no desvanecerse.

¿Habrían liquidado sus acciones? ¿Qué sucedería? ¡Y él dedicado mientras tanto a las escenas amorosas! Sacó mentalmente la cuenta de lo que esa baja le significaba. Mínimun veinte mil pesos. Menos mal que le quedaban siempre ochenta mil.

Ochenta mil... pero en el caso de que Gutiérrez las hubiera vendido totalmente. Si no...

Sintió que un frío de serpiente se deslizaba a lo largo de su cuerpo.

Si no... estaba perdido simplemente. Y Gutiérrez se quedaba tan tranquilo y no le enviaba ni un aviso, ni siquiera le hablaba por teléfono... ¡ese hombre era un miserable!

Goldenberg con su mirar de zorro viejo, le observaba.

—Supongo que usted no tendrá acciones —dijo— y en cuanto a las de Davis...

Pardo trató de sobreponerse a su emoción.

—¡Qué curioso! ¿De dónde saca usted que Davis tiene acciones?

Por toda respuesta, Goldenberg le golpeó confidencialmente la espalda. Guiñó un ojo con aire de malicia y agregó:

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo. ¿Quiere un consejo de amigo? No trate nunca de disimular. Los poetas, los sentimentales, saben sin duda transmitir sus emociones, pero... no saben ocultarlas. Deje eso para los hombres de negocios como Davis...

Julián habría querido estrangularlo. ¡También ese estúpido creía en Davis! ¡Y se sentía perspicaz! ¡Él, perspicaz, cuando diez minutos antes, en esa misma sala, en ese mismo sofá, su mujer lo engañaba como a un chino!

—¡Ah! los poetas —seguía Goldenberg— pueden ser útiles, muy útiles a condición de saber administrarlos...

Anita se acercó.

—¿Pasemos al comedor?

Esquivaba la mirada de Julián y su voz temblaba un poco.

La comida fue triste.

Don Cipriano empezó por declarar que la labor del tribunal había sido dura en esos días y que se hallaba algo indispuerto.

Anita permanecía silenciosa, y Julián, frente a Goldenberg, se sentía vigilado y no podía apartar de su memoria el recuerdo de las Adiós mi Plata.

Sólo el coronel Carranza hablaba hasta por los codos:

—Lo que hace falta en el país es energía.

—Gobierno fuerte —asentía don Cipriano.

—Dictadura si es preciso. Hay que hacer un escarmiento. Aquí las cámaras discuten en lugar de dictar leyes; cada diputado se cree con derecho a opinar como le place y el Ministerio no se hace respetar. Falta el concepto del honor. El día que cada ministro se pusiera en sus cabales y,

junto con opinar un diputado, recibiera esa misma tarde los padrinos, todo marcharía como sobre rieles.

Las cámaras se han hecho para legislar, no para hablar. Diputado que discuta... un desafío y una bala. ¿Que no quiere batirse? Otra bala para que aprenda a ser hombre. ¿Que el ministro no le manda los padrinos? Pues, otro par de balas al ministro.

—¡Qué horror! ¡Usted va a agotar las municiones! —dijo Anita.

—No importa. Para eso son. Bala que no se dispara no sirve para nada.

—Las municiones son caras... —observó Goldenberg.

—Un diputado o un ministro resultan siempre más caros que una bala. Por culpa de ellos este país está perdido y languidece poco a poco. Las industrias se quejan de escasez de brazos, no hay inmigración y la natalidad permanece estacionaria. Es preciso proceder con energía y fusilar de una vez a esos canallas.

—¿Y cree usted que de ese modo aumentaría la población?

—¡Señora, cuando la gente no quiere entender de otra manera...!

Don Cipriano acudió a prestarle ayuda:

—Es un modo de decir del coronel. Lo que él quiere insinuar es cierta modificación, naturalmente ajustada a las normas constitucionales, en los rumbos de la administración...

—No, señor, lo que yo quiero decir es que hay muchos sinvergüenzas, empezando por sus colegas de la Corte, que se enredan en triquiñuelas de derecho, de constitución, de leyes. Mientras no se fusile a todos esos, no habrá prosperidad, no se abaratarán las subsistencias, y el trigo, la carne, el pan, seguirán siempre por las nubes.

—Pero, la ley de la oferta y la demanda...

—Se le deroga, pues, mi amigo.

El coronel Carranza era un energúmeno.

Su última ofensiva en contra de todos los poderes constituidos había acabado por producir en torno suyo un silencio embarazoso.

Don Cipriano, más cetrino y cadavérico que nunca, se mordía una guía del bigote, y Goldenberg, sofocado, daba vueltas y más vueltas a la cadena del reloj...

—Pasa un ángel... —dijo Anita.

—¡Qué ángel ni qué niño muerto! ¡Lo que pasa... es que a nadie le gusta oír verdades! —gruñó el coronel Carranza.

Se produjo otro silencio.

Anita dejó caer su servilleta, felizmente del lado de Julián. Ambos se inclinaron a un tiempo a recogerla. Las manos se encontraron fácilmente; pero la cacería de la servilleta, tal vez por exceso de cazadores, resultó más complicada y demoró algunos momentos.

El coronel Carranza no había encontrado, en tanto, mejor tema que hablar de la cobardía general subrayando sus palabras con miradas poco amistosas para don Cipriano.

Este aprovechó una pausa para decir, «sin ánimo de ofender a nadie, que la fuerza, para que fuera respetable, debía estar cimentada en el derecho».

El militar prorrumpió en una carcajada sarcástica que cayó en una atmósfera de hielo.

Anita, rígida en su asiento, después de la pesca de la servilleta, extremaba sus aires de señora, y Julián, sin salir de su mutismo, paseaba la mirada distraída a lo largo de la mesa de madera oscura a la cual las flores y los pesados candelabros de plata comunicaban un aspecto funerario.

Aquello era un velorio. Y esos hombres con sus negros trajes de etiqueta parecían estar asistiendo al entierro de las Adiós mi Plata.

Julián, después de buscar inútilmente a Gutiérrez, llegó a la casa tarde de la noche.

La sonrisa llena de promesas de la despedida, no lograba borrar de su imaginación la posible hecatombe. La mirada de Anita, que auguraba días de dicha incomparable, se borraba para dejar sitio al mirar inquisidor y desconfiado del marido que vaticinaba baja en las acciones.

¡Qué vergüenza! los ojos de Anita no eran capaces de luchar con los de Goldenberg...

Veía al hombre, gordo, repugnante, invadiendo el boudoir de la mujer, quitándose el cuello mientras preguntaba con aire distraído:

—¿Te fijaste en Julián? Estaba preocupado.

—¿Sí?

Anita, con sus ojos de esmeralda absortos en los dibujos de la alfombra, fingiría indiferencia.

—¡Bah! Claro que está triste —diría Goldenberg—. ¡Ese infeliz debe estar especulando!

—¡Cómo se te ocurre!

—¡Vamos! El no, precisamente; Julián no tiene dónde caerse muerto; pero el socio...

—¡Ah! Davis...

Julián estaba seguro de que en el diálogo conyugal había salido a bailar Davis. ¡Ese Davis del cual hablaba todo el mundo!

—Ese hombre se ha portado mal conmigo...

—¿Quién? ¿Julián? Pero ¿estás loco?

—No, hija; Davis pudo ayudarme en la sociedad aurífera, y, en vez de hacerlo, me mandó una carta estúpida dándome consejos.

Una insolencia; pero ¡en fin! la vida tiene sus vueltas... Ahora sé por Julián que «está metido» en esa calamidad de las Adiós mi plata.

—¿Julián te lo ha dicho?

—No con esas palabras, por supuesto. Pero en su cara, en su actitud...

—No sabe mentir, ¿verdad?

—¡Es un desgraciado! No sé cómo un hombre ducho ha podido aceptarlo como socio. Cierto es que también Davis se ha revelado como un cándido... Mañana le diré a Urioste que venda unas diez mil Adiós mi plata.

De sólo imaginar una escena parecida, Julián se ponía lívido y contraía los puños hasta hacerse sangre.

Y estaba cierto, absolutamente cierto de que eso estaba pasando así, palabra por palabra, en casa de Goldenberg. Tal vez Anita intentaría defenderlo... Una defensa débil para no comprometerse, demostrando un interés exagerado.

Acaso murmuraría:

—¿Y no perjudicarás a Julián con esa venta?

—¿A Julián? Puede que un poco. No está en mi mano eliminarlo de este asunto. Harto le he dicho que esas acciones nada valen...

—¡Julián es tan amigo de la casa...!

—Pero Davis no lo es, y el golpe va dirigido contra Davis

—¡Samuel, no te metas en especulaciones!

Julián, paseándose nerviosamente en su escritorio, creía oír ese ruego de mujer que se embotaba inútilmente en la gordura flácida de Goldenberg. ¡Pobre Anita! Acaso por defenderle apelaría a todas sus armas femeninas. Tal vez se acercaría a Goldenberg, desplegaría su coquetería de gata regalona, le abrazaría —¡qué asco!—, quizás hasta le besaría...

Al pensar en una cosa semejante, Julián sentía que el estómago le subía como un ascensor hasta el pescuezo.

¡Caramba! ¡Mil veces preferible que se perdiera todo, pero que Anita no se humillara en esa forma!

El aire le faltaba.

Se aproximó a la ventana y la abrió de par en par.

No había el más leve soplo de viento, y la luna llena se transparentaba a través del encaje de los árboles desnudos.

Se tranquilizó un poco.

¡Qué absurdo! ¿Por qué había de haber sucedido todo aquello entre Goldenberg y Anita? ¿De dónde sacaba semejante película cinematográfica?

Lo más probable era que Goldenberg se hubiera ido a dormir tranquilamente...

De nuevo sintió un odio incontenible. ¿Celos? Era ridículo tener celos así...

Mil veces le había oído a Luis Alvear decir «que hay una especie de convenio tácito para no sentir celos respecto del marido».

¡Qué diablos! Desgraciadamente, él no podía pensar en esa forma.

Como un niño, trataba de tranquilizarse, asegurándose que Anita, junto con irse él de la casa, había dicho a Goldenberg: «¡Tengo jaqueca!» y se había ido a dormir como una monja.

Comenzaba ya a clarear cuando Julián subió a su dormitorio.

La casa estaba sola y, cuando quiso encender la luz del hall, tropezó con una silla y apoyó sus manos en un bulto blando que saltó dando un maullido.

—¡Diablo! El gato...

El animal se erizó y alzó la cola como si fuera un fantasma en la obscuridad.

A tientas, atropellándose en los muebles, Julián buscó la balastrada y subió. Le parecía que alguien le seguía...

—¿Davis...?

¡Dios santo! ¿Por qué ese nombre de Davis le asaltaba?

Encendió la luz, y con el corazón palpitante como un conejo perseguido, se metió a la cama y se cubrió con la ropa hasta los ojos.

A las ocho de la mañana Julián estaba en la casa de Gutiérrez.

Viaje perdido; «el caballero —según le dijo el mozo—, se había ido la noche antes a la quinta del señor López, en Barrancas».

—¿Qué señor López?

—Don Willy, un caballero joven, de Valparaíso.

—Julián tuvo que morderse para no estallar en mil denuestos.

¿De modo que mientras él pasaba en vela, revolviéndose en la cama, a dos pasos de la quiebra, el miserable de Gutiérrez salía alegremente a tomar aire, a jugar golf y a correr en automóvil con el primer mequetefre que encontraba?

Se fue a la Bolsa y dio mil vueltas en torno del edificio, rígido y grave como un mausoleo. Exactamente: una tumba de ilusiones.

Faltaba sólo un cuarto de hora para la rueda, cuando, frente a la oficina de Gutiérrez, se detuvo, frenando con estrépito, el auto de Willy López. Un ridículo auto «huevo» lleno de barro, desde los neumáticos hasta el capeau, como un cangrejo recién sacado de la cueva.

Julián se precipitó a la portezuela.

—¿Las vendió todas?

Gutiérrez hizo un signo con los ojos, indicando que Willy López les oía. Sacó la mano fuera del coche y nerviosamente cerró y extendió los dedos tres veces consecutivas.

—¿Cómo? ¿Quince? —gritó Pardo lleno de espanto.

El corredor se bajó de un salto, lo arrastró hasta la puerta de su oficina y agregó, casi en secreto:

—Sí, quince. Quince mil. Término medio veintisiete pesos. No se ha podido vender más. Bajaron mucho... Están a catorce y medio.

Julián sacó mentalmente la cuenta. Aun liquidando a ese precio las restantes todavía resultaba utilidad.

—¿Me quedan entonces cuatro mil quinientas?

—Más o menos...

—¿Y por qué no las vendió?

—No había mercado. El único que afirmaba el papel era Urioste.

—¿Urioste? ¿El corredor de Goldenberg?

—¿Por qué le extraña?

—Porque Urioste debía tener orden de vender...

—Claro es que era vendedor: por lo mismo trataba de mantener el precio, pidiendo un lote de diez mil, dos puntos más abajo.

—¿Y usted no se las vendió?

—Compraba el lote completo. Habríamos quedado en descubierto. El señor Davis tenía sólo cinco mil y... el mercado no está para hacer gracias...

—Si vuelve a pedir las, déselas.

Gutiérrez le miró con ojos de asombro.

—Un descubierto es peligroso. El papel está en el tope, es difícil que pueda bajar más.

—No importa.

—En todo caso habría que consultar al señor Davis.

—Tengo poder —dijo Julián con voz ligeramente temblorosa. Le repugnaba recordar esa escritura falsa, incrustada como una larva en su conciencia.

—Ya lo sé; tiene poder... Pero de todos modos, ¿no le parece natural darle aviso por lo menos...? Desde aquí mismo puede hablarle por teléfono.

—¿Para qué? Yo cargo con las consecuencias.

—Sí, don Julián; pero, ¿qué le cuesta hablarle? Se lo pido como un servicio personal. Esto puede arrojar pérdidas muy gruesas... y después el señor Davis tal vez a usted no le dijera nada... pero a mí... ¡y tratándose de un cliente como el señor Davis!

Julián se sentía avergonzado. ¡Él no era nada para el corredor!

Lo importante para Gutiérrez era Davis, sólo Davis. ¡Qué ridículo!
Sacó el reloj.

—Tiene tiempo. ¡Háblele usted! —insistió Gutiérrez.

Faltaban, en realidad, algunos minutos.

—Le hablaré desde mi oficina —dijo Julián en tono terco.

Gutiérrez echó una mirada a Willy López, de pie, en traje de sport, a dos pasos de distancia.

—Mejor; es más discreto.

Y entró rápidamente a la oficina.

Julián permaneció un momento como alorado. ¡Qué vergüenza!

Tenía que pasar por la humillación de consultar a Davis.

Y salió con ánimos de andar dos cuadras y volver a decirle al corredor:
«Ya hablé con Davis, dice que le venda las diez mil».

No había andado cuatro pasos, cuando vio a López a su lado.

—Señor Pardo, disculpe la impertinencia; pero... creo que tratándose de personas como usted y como yo, la presentación no es necesaria...

Saludó; no había remedio.

—Sin duda usted, señor Pardo, conocerá a mi tío el senador Almarza que organizó el negocio petrolífero...

—No tengo el gusto.

—No importa: él conoció mucho al señor Davis en Arica...

Julián abrió tamaños ojos.

—¿Cómo?

—Sí, al señor Davis. No tenía entonces la situación que tiene ahora ¡claro está! Le «conoció naranjo», como él dice.

—No puede ser.

—¡Ah, don Julián! Míster Davis tal vez no le ha hablado nunca de esos tiempos. Los hombres cuando suben...

Julián estaba desesperado.

Los minutos volaban y aquel muchacho repelente con su traje color heno y sus anteojos de tortuga, se adhería a él como una lapa.

—Otro día conversaremos —dijo—. Ahora tengo que hablar urgentemente por teléfono.

—¡Haberlo dicho antes, don Julián! Pasemos al escritorio de Morales. ¿No conoce usted a Morales, el abogado de la Chilean Company?

¡Aquel maldito petimetre conocía a todo el mundo!

—Prefiero ir a mi oficina.

—Le queda demasiado lejos. ¿No es en la calle Huérfanos?

—¡No me hace!

—Bueno; entonces le acompaño.

Julián bajó la cabeza con la rabiosa desesperación de un novillo uncido por primera vez al yugo, y comenzó a caminar entre la lluvia de preguntas del intruso:

—¿Conocerá usted tal vez a Félix Morla? ¿Y al gerente de la Empresa de Alumbrado? ¿No? ¡Qué curioso! ¿Tampoco ha sido amigo de don Luis Peralta?

Como un náufrago que divisa una vela en mitad de la tormenta, Julián vio cerca de la esquina el cuadrado blanco de latón que interrumpía la línea de los edificios con la inscripción salvadora: Teléfono Público...

—Voy a entrar aquí —dijo.

—Le espero.

—Tal vez voy a demorarme...

—¡Bah! No tengo nada que hacer por el momento. Julián pidió con Valparaíso y luego inventó un número cualquiera: el 3420.

—Aló, aló, ¿está el señor Davis?... Bien... Habla con Pardo. Sí.

Perfectamente. Así se lo diré a Gutiérrez. Muchas gracias.

Le repugnaba fingir de esa manera, pero ¡qué iba a hacerle! Willy López estaba de centinela detrás de la puerta.

Cortó la supuesta comunicación y habló auténticamente, ¡qué descanso!, con Gutiérrez.

—Davis acepta. Proceda rápidamente.

Y salió resuelto a afrontar el horrible cuestionario de su vigilante.

Willy López se había ido. Encerrado en la portería del Club de la Unión buscaba en esos momentos, con paciencia benedictina en la Guía de Teléfonos, a qué dirección correspondía el 3420 de Valparaíso.

No almorzó.

Sólo a las cuatro de la tarde dio con el enigma.

El número 3420, la dirección de Davis, correspondía nada menos que a un Liceo de Niñas.

¡Aquello era de volverse loco!

XIII

Hacía apenas dos semanas que Julián, en un raptó de desesperación, había dicho el corredor: «liquide», en la esperanza de cortar para siempre con el socio, y he aquí que ahora se sentía unido a Davis más que nunca.

La nueva operación «en descubierto» lo ataba a él en una forma extraña.

La venta de esas acciones que no tenía ninguno de los dos, que carecían de realidad objetiva, que nadie sabía dónde estaban, era una operación digna de Davis. El socio que no existía, vendía también acciones que tampoco existían.

La descabellada observación provocó en Julián una impresión de escalofrío:

¡Un socio que no existía, acciones que no existían...! Comenzaba a moverse en un ambiente irreal y absurdo... Los flacos brazos de Davis parecían emerger del misterio, de la sombra, de la nada y oprimirlo estrechamente:

—Mr. Pardo. ¿Por qué me odia? Soy su socio; le he hecho ganar dinero a manos llenas... ¿Se avergüenza usted de mí?

Realmente no había ningún motivo serio para esa repugnancia involuntaria que Julián venía experimentando por su socio.

Era injusto, había que reconocerlo. ¿Quién, si no él, era el culpable de que Davis existiera? En verdad él lo había creado... Era una especie de padre intelectual de Walter Davis. El hijo había salido comerciante, hacía negocios, lo obligaba a guardar cierta reserva, más aún, a ocultar su verdadera personalidad. Porque, es claro, si Julián decía francamente que Davis no existía, todo el castillo de naipes de su vida se desmoronaría como por encanto; pero no hay código que obligue a un padre a declarar la verdad en contra de un hijo.

¿Por qué entonces esa repugnancia, ese temor para confesar a Davis frente a frente?

Procedía como un desnaturalizado que niega a su propio vástago... Si obrara de otro modo, si reconociera a Davis, si lo despojara de ese absurdo aspecto sobrenatural para considerarlo simplemente como un hecho, si hablara de él serenamente como Goldenberg, como Gutiérrez, como Anita, ¿no estaría más tranquilo?

Sí; debía cambiar de proceder.

Por otra parte, Davis no era un hijo fracasado; seguía con una suerte asombrosa en los negocios. Las últimas especulaciones habían duplicado su fortuna.

Además, Julián había comenzado, hasta cierto punto, a conversar con más soltura de «su socio».

Esa misma tarde, don Fortunato Bastías había llegado a la oficina ojeroso y angustiado.

—Vea lo que son las cosas, don Julián. El señor Goldenberg me cedió hace días, cinco mil Adiós mi plata. Me dijo que el señor socio de usted especulaba en ese mismo papel y le acepté el negocio a ojos cerrados. Ahora estoy perdiendo la camisa... ¿Qué hago, don Julián?

¡Pobre Bastías! Como siempre, era la víctima de Goldenberg. El terrible comerciante se aliviaba a costa de su socio. El «descubierto» de Davis caía con la fatal inconsciencia de una teja en la cabeza inocente de Bastías. ¿Cómo salvarlo?

—Yo le prometo absoluta reserva, don Julián. Sé muy bien que, como socio del señor Davis, no puede decirme nada; pero puede presentarle mi caso al señor Davis... Él es rico, cinco mil acciones ¿qué son para su fortuna?... y él tiene buen corazón y puede ayudarme.

Julián se conmovió.

—No es necesario consultarlo. Tengo autorización para estos casos. Prométame, eso sí, no decir una palabra a nadie... ¿entiende?... Voy a decirle la verdad: Davis ha vendido todas sus Adiós mi plata.

Don Fortunato le abrazó.

—Gracias, Don Julián, mil gracias... Es usted mi salvador. ¡Dígale al señor Davis que no tengo cómo pagarle ese servicio!

Al día siguiente, Pardo recibía un telegrama de Mulchén:

Por tren de cuatro va un caballo para el señor Davis. Ruego entregárselo. Pídale lo acepte como humilde muestra agradecimientos.

Bastías.

El caballo de Davis fue para Julián un verdadero conflicto. ¿Qué hacer con él? ¿Dónde meterlo?

Comprendió que no podía seguir en esa forma.

Con la fama de las últimas especulaciones, no había día en que no llegara a su oficina algún individuo preguntando la dirección del señor Davis, o deseando hablar con él, o llevándole una oferta de negocios.

Era preciso tomar otra oficina. ¿Aparte? No; de ningún modo.

¿Quién si no Julián podría atenderla?... pero una oficina grande, amplia, bien amoblada, que correspondiera a la verdadera situación de Walter Davis...

Además era preciso tomarle una casilla en el correo.

Con paso rápido se dirigió al centro, dio orden de buscar oficina, tomó el apartado número 2413 y mandó grabar la imponente plancha de bronce:

D A V I S Y C í a.
CORREDORES

XIV

Cabizbajo, con las manos en los bolsillos y la mirada distraída, Julián reflexionaba, tropezando metódicamente en el tapiz que adornaba un extremo de la sala.

Como las balas, los obuses, las flechas y todos los proyectiles más o menos mortíferos —pensaba— el amor tiene también su trayectoria. Vuela, se eleva, se pierde entre las nubes, parece que va a tocar el cielo... choca de pronto con un objeto extraño —verbigracia este diván— y cae pesadamente a tierra... En la cúspide hay siempre una garçonnière con un diván.

Julián encendió un nuevo cigarrillo, vio por centésima vez la hora — ¡las seis y media y Anita aún no llegaba!— y siguió el curso de sus meditaciones:

¡El amor! Es claro que no se trataba de ese amor austero, heroico, zaparrastroso y resignado como un veterano del 79, con su hoja de servicio, y sus galones —civil y religioso— un tanto deslustrados por los años... El de Anita era...

«... Ese amor ligero, ese amor que no deja más que frufrú de encajes y seda que se aleja...»

¿Empezaría a declinar? ¡No era posible!

Sabía ciertamente que el amor tiene una trayectoria ineludible, un programa que se cumple con más regularidad que el de los cines.

Primero, las miradas; luego, las manos; después los besos a escondidas... ¡Ah, si no fuera por esa salsa algo picante del peligro, del temor a la sorpresa del marido, todos los besos tendrían un sabor muy semejante!

Tal vez por lo mismo, esos besos tan condimentados, como la comida de restaurant, no son para mucho tiempo...

En todo caso la trayectoria no termina ahí. Sigue el período de los sueños.

—¿Sabes? Anoche soñé que mi marido se había ido a Europa y estábamos los dos bien abrazados...; pero portándonos muy bien, ¿entiendes...?

Después viene el período maravilloso, la cúspide, el cenit:

—No sé lo que me pasa, pero me siento tuya, tuya..., mi marido me da tanta repugnancia...

Anita se lo había dicho así, con esas propias palabras el día antes; ¿Por qué?, entonces, no llegaba.

Julián arrojó distraídamente la colilla en un viejo potiche chino, regalo de Anita para «el nido» —o se es cursi a medias en estas circunstancias— y encendió otro cigarrillo: Sin duda alguna a Anita le había sucedido algún percance. Quizás Goldenberg... quizás una visita inoportuna...

Se acercó al amplio diván que se tendía con indolencia musulmana en un ángulo oscuro de la sala, al lado de un taburete que ostentaba en amable compañía una botella de oporto, un narguilé y un paquete de alfileres.

El elemento artístico y decorativo era el narguilé y ¡qué prosaico resultaba con su aspecto de florero de cristal y su larga tripa roja!

Parecía un pequeño jarrón despanzurrado que alargara el cuello con horror para no ver sus propios intestinos. Hasta esa boquilla negra y larga en que terminaba la sonda de caucho era de un prosaísmo insoportable. Un irrigador pensativo. Eso era aquello. En Arabia tal vez el narguilé fuera decorativo: el depósito de cristal pintarrajeado, el mismo tubo de goma, disfrazado bajo las sedas que se cruzan en un tejido de culebra: una serpiente surgiendo de un búcaro de flores. Bien; ¡pero aquí...!

Entre tanto, pasaban los minutos y Anita no llegaba. Julián comenzó a arreglar prolijamente los cojines para darles cierto aspecto de despreocupación. En la mampara se oyeron unos pasitos precipitados.

—¡Anita!

Entraba toda azorada, tratando de libertarse del sombrero que la cubría hasta los ojos.

Se abrazaron.

—¡Al fin! ¿Qué te ha sucedido?

—¿Qué? El estúpido de Willy López me encontró en una calle atravesada y comenzó a seguirme en automóvil. ¿No, sabes que se cree detective? Me vi obligada a dar cincuenta vueltas y meterme al consultorio de un dentista. Le dije que me había equivocado; pero el hombre estaba empeñado en atenderme. Cuando salí, Willy López estaba todavía en su automóvil. Tuve que volverme a casa; pero ¡mira!

Alzaba con aire de triunfo un pequeño rollo de papeles.

—¿Qué es eso?

—¡Bah! Figurines... El nidito no puede estar a la intemperie... Es preciso un camouflage y yo he pensado ¿por qué no instalar aquí una modista? Sería mucho más discreto.

—¿Cómo?

—Una modista... una modista francesa...

Julián frunció el entrecejo.

—Inventada, hijo, se comprende... ¿Ves? Madame Duprés Modes. ¿Te das cuenta?

Y ante los ojos atónitos de Julián. Anita extendió varios recortes con modelos arrancados al chiffons y al Vogue, y una hoja de papel, escrita por ella misma en gruesos caracteres:

MADAME DUPRÉS MODES

Corrió como una colegiala a la ventana y deslizó entre el vidrio y los visillos los figurines y el anuncio.

Julián permanecía atónito.

—¡Tonto! ¿No lo hallas ingenioso?

Y le besó en los labios.

La lámpara chinesca, los cojines, el narguilé, bailaron una danza cubista. Todo el trabajo de arreglo del diván desapareció en pocos instantes y Julián no vio ya sino los ojos entornados de Anita, sus labios entreabiertos y las alas de su nariz que palpitaban con una latir de corazón.

Horas después, al salir, con el cuello del sobretodo hasta la boca y las manos en los bolsillos, Pardo no pudo dejar de detenerse ante la ventana de visillos verdes en los cuales se destacaban algunos figurines y un cuadro de papel.

La indecisa claridad de la calle permitía aún adivinar los angulosos caracteres del aviso: Madame Duprés, Modes.

Permaneció algunos segundos como clavado en la acera.

Esa sencilla hoja de papel le evocaba una severa e imponente plancha de bronce: Davis y Cia., Corredores. Esa Madame Duprés, que no existía, ¿No sería acaso la mujer de Davis?

Apretó el paso y se perdió en las sombras. Abría jurado que la puerta de la garçonnière se había abierto y que alguien lo llamaba desde lejos:

—¡Psh! ¡Psh! Míster Pardo, ¿con qué derecho sale usted de la casa de mi amiga?

XV

¡Qué alegre era la nueva casa! Un cottage del más puro estilo inglés, con sus ventanas azules que se abrían con el ingenuo asombro de unos ojos de miss, bajo las revueltas crenchas de las enredaderas.

—¡Hija de Davis, al fin! —pensó Julián— ha heredado los ojos de su padre.

El recuerdo del socio, sin abandonarlo un instante, no le molestaba ya como antes. Se había familiarizado poco a poco con «ese hombre» a quien debía su prestigio comercial, su bienestar y sobretodo esa casita, tan distinta de la sombría y triste que antes ocupara...

Había sol, mucho sol en el jardín. Los rayos, al filtrarse entre las hojas, dibujaban en el suelo una infinidad de discos áureos como monedas esterlinas. Oro, mucho oro. No parecía sino que el propio Davis, trepado como un mono en lo más alto del follaje, se divertiera en lanzar libras y más libras a las plantas de su socio.

En una silla de mimbre, bajo un tilo, Leonor tejía maquinalmente, con los ojos llenos de ternura fijos en el chico, más repuesto, según ella, que jugaba a dos pasos de distancia con su juguete predilecto.

Un elefante.

Un elefante... que le había obsequiado el señor Davis. Porque Davis hacía ahora regalos.

Su excentricidad de inglés no le había permitido aún ir a casa de su socio. El comedor, con su friso de madera y sus platos de mayólica, le esperaba con tanta curiosidad como Leonor; pero después de cada invitación, llegaba sólo una tarjeta muy amable pretextando mil excusas, y un enorme ramo de claveles blancos. ¡Los claveles que le agradaban a Leonor!

A ella misma había terminado por hacérsele simpático.

—¡Qué aficionado parece Davis a las flores, y qué artista es para elegir las! —decía a veces a Julián.

Y cuando éste se hallaba con Luis Alvear y llegaba a la casa cerca del amanecer, siempre «por culpa de ese loco de Davis, que tiene la manía de trabajar de noche», al día siguiente era seguro que el socio enviaba a Leonor una esquila con disculpas «por haber retardado a su marido» y un estuche con una alhaja rara, recuerdo de un maharajá o de un caudillo persa.

—¡Excentricidades...! No hay más que aceptarlas... Davis tiene la obsesión de los regalos.

—Cree que con ellos lo compone todo. Preferiría menos joyas y que te dejara volver a casa más temprano.

—Hija, ¡qué se le va a hacer! Son originalidades...

Leonor se daba por vencida y comentaba sonriente:

—¡Es un inglés muy divertido! Tan amable por escrito y no es capaz de asomar sus narices a esta casa...

—No pierdes nada con no conocerle. Flaco, largo, con sus anteojos de carey, su mandíbula saliente y un gesto de displicencia entre los labios, Davis no tiene nada de atrayente.

—Pero su conversación debe ser interesante. Un hombre que ha viajado tanto... Don Ramiro me contó hace días que, según le había oído a la mujer de Goldenberg, Davis tuvo unos amores estupendos en Constantinopla y se raptó nada menos que a la favorita de un pachá...

—¡Leyendas, hija; leyendas! ¿No sabes que Anita es la mujer más fantástica del mundo?

—Tal vez por eso te interesa tanto...

Julián se puso serio.

—¡Leonor! ¿Hasta cuándo vas a embromarme con Anita?

—Yo no he dicho nada. Tú eres el que te das por aludido. Por lo demás, fue don Ramiro quien me contó toda esa historia... Me parece que un gerente de banco, un hombre respetable, es digno de algún crédito.

Don Ramiro era desde algunos meses atrás la pesadilla de Julián. Iba a la casa con Graciela —menos mal cuando no los acompañaba Luis Alvear— y le hacía toda clase de ofertas de negocios.

—Ya sabe usted, don Julián, que tratándose del señor Davis, el Banco está a su disposición. Me gustaría mucho contarle entre mis clientes. Manifiéstese así de mi parte. Si necesita dinero para «hacer postergaciones», no tiene sino que decírmelo. Ahora, si el señor Davis desea comprar libras... o dólares... en fin, cualquier operación... que vaya al Banco. Tendré muchísimo gusto en atenderlo.

Julián, fingiéndose muy agradecido, le prometía transmitir a Davis sus ofrecimientos, pero don Ramiro no se daba por satisfecho.

El día anterior le había dicho:

—El Banco, naturalmente, no especula. Como institución, no puede especular. Pero los directores son hombres de fortuna y constituyen por sí solos un grupo financiero respetable. Ahora bien, en un Banco se presentan a veces oportunidades... Quizás el señor Davis podría en un momento dado, para una operación segura, se entiende, necesitar del concurso de otros capitalistas, y en tal caso, yo podría presentarle a esas personas... Como usted sabe, un día a la semana el directorio y algunos hombres de negocio almuerzan en el Banco. Son reuniones muy simpáticas ¡y lucrativas, créamelo usted! ¿No podría pedir al señor Davis que asistiera al almuerzo del jueves?

—¡Las cosas de don Ramiro! —decía Leonor mezclándose en el diálogo— ¿No sabe que Davis rechaza todas las invitaciones?

—Sabía que era un poco misántropo...

—Excepto para beber whisky a las dos de la mañana...

—Leonor, ¡no hables de ese modo!

—¿Es vividor? ¡Qué simpatía! —exclamó Graciela—. ¡Con razón Anita...!

Pero al ver a Julián, no continuó la frase.

Esa interrupción violenta de Graciela era una espina clavada en el cerebro de Julián: Anita hablaba de Davis; Anita pensaba en Davis. ¿Le interesaba acaso?

Más de una vez le había dicho que deseaba conocerlo; pero ¿qué podía ser aquello que «con razón Anita...» pensaba, creía o sentía con respecto a Davis?

¡No! ¡Aquello era demasiado absurdo!

Por la vigésima vez esa mañana de sol en que todo invitaba al optimismo, Julián rechazó la idea que trataba de posarse con la insistencia de una mosca en sus recuerdos. ¡Al diablo las preocupaciones!

La suerte le sonreía, estaba rico, al niño se le veía más alegre.

Leonor estaba encantada con la casa. Las únicas molestias eran los chismes, los empeños, las preocupaciones que, salvando la verja de ladrillo rojo cubierta de rosales multiflor, entraban desde la calle y se colaban como lagartijas. Las veía asomar sus hociquillos jadeantes, entreabiertos, en una mueca de burla.

¡Ah, si pudiera cerrar a piedra y lodo aquella casa! Levantar en torno de ella un muro más impenetrable que la Gran Muralla y gozar del sol como un mandarín viejo, recostado anacrónicamente en una mecedora o una hamaca...

Una muralla alta... pero ¿y Anita?

Bueno; sería preciso dejar en todo caso una gatera...

XVI

Tres meses después, todos los propósitos de aislamiento habían fracasado. La muralla china, que no tenía otra falla en sus cimientos que esa pequeña gatera que comunicaba con el resto del mundo, se había derrumbado con estrépito. Goldenberg, con su cabeza armada y formidable como un ariete antiguo, la había ido socavando poco a poco.

Todos los días con un pretexto o con otro, iba a hablarle del espléndido negocio que podría significar al señor Davis la compra de un «lotecito» de acciones de la Aurífera El Tesoro.

—Van a subir como la espuma —le decía—. El valor de suscripción es media libra, pero nadie quiere vender a ese precio. Están con «premio». El día que salgan a la Bolsa no las logrará obtener con menos de diez o quince puntos de alza; sin embargo, no debe vacilar. El papel aún a ese precio está botado. Tengo mis razones para asegurárselo.

¡No iba a tenerlas! Desde hacía dos semanas Goldenberg no había hecho otra cosa que combinar con Urioste una serie de compras y de ventas destinadas a hacer subir los títulos a cincuenta pesos... «Sin transacción, si era posible, para pescar al público sobre »calentito«. Después... Vender, vender sin miedo, que ya habrá tiempo para comprarlas más barato».

Por cierto que estas instrucciones no podía contárselas a nadie.

A Julián se contentaba con decirle:

—Compre, compre. Aconseje a Davis que no pierda una ocasión tan favorable...

Y Julián había caído en el garlito.

—Muy bien, Samuel —había dicho por fin, ya fatigado— le diré a Davis que compre cinco mil.

En el fondo no se necesitaba de tanta insistencia. De todos modos estaba resuelto a entrar en el negocio. Hasta ahí, había especulado a pura suerte. No creía una palabra en las auríferas, pero creía en Goldenberg, mejor dicho, creía que éste era capaz de hacerla subir a toda costa. Cinco o diez puntos de ganancias, nada más... y después ¡muy buenas tardes!, y no volvería a asomarse a la Bolsa.

Satisfecho, jugando con el diario que traía precisamente la noticia de la salida del nuevo título aurífero al mercado, fue a tomar el automóvil. Un magnífico Cadillac de turismo, que asomaba sus ojos de langostas bajo las enredaderas del garaje.

¡Qué agradable la mañana fresca y risueña que se estrellaba con el parabrisas y parecía inundarle los pulmones!

En las esquinas, los chalets se volvían a mirarlo.

Las ruedas semejaban ir enrollando en sus ejes la blanca cinta del camino, y a ambos lados los árboles cabezudos y grotescos, con aires de burgués recién salido de la peluquería, parecían alejarse secreteándose: «Ahí va don Julián». «Ahí va don Julián Pardo».

Era agradable.

—La riqueza es una forma de la gloria —pensó Julián sin atender mucho al volante—. Ciertamente que el amor, la fama y el talento pueden proporcionar algunos goces; pero esta admiración estúpida de los hombres, las mujeres, y hasta los árboles ante esa cosa aún más estúpida que es el dinero, tiene un encanto de índole especial.

Y es que el oro es una manifestación del triunfo. Un millonario es un poeta de las cifras. Es natural que despierte interés, que se le trate de conocer, que se le admire...

—¡Psht! ¡Psht! ¡Alto!

Detuvo maquinalmente el automóvil.

En la esquina, Willy López, con un sobretodo inglés inverosímil, extendía los brazos en semáforo. Un señor gordo y rojizo como un jamón de York, le acompañaba.

—¡Alto!

Julián aproximó el auto a la acera.

—¡Buenos días!

—Discúlpame que te haya detenido —Willy López le trataba ya de tú—. Voy a presentarte a don Pascual Ward, gerente de la West Copper Company.

Y señalando a Julián:

—El socio de míster Davis.

El gordo extendió la mano.

—De modo que tengo el gusto de conocer a míster Negrete.

—Pardo —corrigió Julián.

—¡Ah! ¡Sí! Pardo —dijo el señor Ward, para quien Pardo o Negrete no tenían una gran diferencia de color o de importancia—. Créame que he tenido un gran gusto en conocer a una persona que trabaja con un hombre tan notable, y que, además es compatriota. En Nueva York he conocido a varios Davis. Él es norteamericano, ¿verdad?

—¡Inglés! —respondió Julián, y puso en marcha el coche.

Llegó indignado a la oficina. «El socio del señor Davis». «El que trabaja con el señor Davis».

XVII

Aunque Davis no iba nunca a la oficina, no escaseaban los más curiosos visitantes. Tipos raros que venían a proponer al señor Davis un negocio más o menos complicado; inventores, de rostro pálido y ojos febriles, que pedían una ayuda para llevar a cabo su descubrimiento destinado a utilizar la fuerza motriz de los temblores, o a reemplazar el petróleo con una mezcla de dinamita y aguardiente en los motores a explosión; viudas «vergonzantes» que ofrecían en venta unos zarcillos de esmeralda o un cuadro «que estaba más de cien años en poder de la familia», porque sabían que el caballero «gustaba mucho de las antigüedades».

Hacían largas antesalas.

A pesar de que el mozo, con toda la arrogancia de su uniforme verde oliva, afirmaba rotundamente que el señor Davis no vendría, insistían en esperarlo «por si acaso...»

Julián se desesperaba. ¿De dónde diablos sacaba Davis esos clientes?

Entre ellos no faltaban ciertamente algunos hombres razonables; pero eran los menos.

En vano Pardo trataba de atenderlos. Todos, sin excepción querían hablar personalmente con el señor Davis.

Le dejaban cartas, planos y papeles. La casilla 2413 también estaba repleta de peticiones y prospectos.

Para despachar esa correspondencia, Julián tenía que ir de noche a la oficina.

Él era el único que entraba a ese sancta sanctorum, donde Davis tenía su papel timbrado, sus sobres con membrete y una enorme cachimba de espuma de mar, emboquillada en ámbar, que Luis Alvear se había

empeñado en regalarle, en agradecimiento a algunos datos transmitidos por Julián, para «hacerse grato al gringo».

No era por cierto el único provecho que Luis sacara de Davis.

En más de una ocasión, frente al mesón de un bar o en medio de una juerga, Julián había sentido subírsele la sangre al rostro al oír al bohemio incorregible hablar de Davis casi con intimidación:

«¡Mozo, otra Roederer por cuenta de Míster Davis!» o bien: «Niñas, atiendan mucho a este señor, que es socio de un inglés muy rico. ¿Quieren conocer al gringo? Cualquiera día se los traigo».

La oficina, sobria y amplia, como todas las piezas que permanecen siempre solas, tenía un vago ambiente de misterio.

Inútilmente Julián había colgado de los muros planos y cuadros estadísticos. Desordenaba los papeles que había sobre el escritorio y dejaba caer manchas de tinta en el papel secante para infundir una impresión de vida, un aire menos adusto a aquella sala.

Hasta la estufa parecía enfriarse en esa atmósfera.

Cuando en la noche —única hora que los clientes de Davis le dejaban libre—, Julián entraba furtivamente a la oficina para contestar el fárrago de cartas de su socio, un extraño pavor de dominaba.

Los carbones de la estufa le parecían huesos calcinados, y la caja de fondos proyectaba un ataúd de sombra en la muralla.

Al estampar la firma Walter R. Davis, Walter R. Davis, al fin de cada carta, temblaba como si estuviera ante los ojos miopes del notario.

Le parecía que había perdido su personalidad, *que no era el mismo*, y se palpaba el cráneo y las mandíbulas...

Hablaba algunas palabras en voz alta... No; no tenía acento inglés, pero los pómulos, los pómulos, ¡se parecían tanto a los de Davis!

Entonces se levantaba e iba a verse en el espejo del lavabo.

Temblaba al divisar el cristal en cuyo fondo oscuro temía ver de un momento a otro la silueta larga y amarillenta del inglés...

Luego, al mirarse, se tranquilizaba.

¡Era él mismo! ¡Gracias a Dios! ¡Era él mismo! Su rostro enjuto, su nariz ligeramente curva, sus labios pálidos, su cabello escaso, sus ojos

tristes y cansados de hombre enfermo... ¡Cómo había empalidecido en esos meses!

—¡La escritura —pensaba Julián—, la maldita escritura de poder!

Luego volvía a sentarse, suspiraba y continuaba el despacho de la correspondencia.

Ya no era socio, ¡Qué iba a serlo! ¡Era el secretario de Davis, su amanuense!

Se sentía envilecido y explotado.

XVIII

Hasta la oficina llegaba el rumor de mar de la Bolsa de comercio. Llegaban también los náufragos.

¡Bien estaba Julián para entregarse al salvataje!

El mismo manoteaba desesperadamente por escapar del remolino.

Cinco mil, siete mil, diez mil «Auríferas» compradas, y el teléfono de Gutiérrez no cesaba de anunciar calamidades:

—El mercado muy revuelto. Han bajado seis puntos. Parece que hay gruesas órdenes de venta. Urioste defiende algo el papel; pero yo creo que es el propio Goldenberg quien está vendiendo... salvo que sea el señor Davis... Pregúntele, en todo caso, qué hacemos.

—Esperar... esperar... —decía Julián, y crispaba las manos.

Los contertulios, al ver el rostro de Pardo, se incorporaban alarmados en sus asientos:

—¿Qué pasa?

—¿Qué sucede?

—Nada... poca cosa... fluctuaciones del papel...

Don Ruperto Maza, director del Banco Anglo-Argentino, se mascaba furiosamente la punta del bigote, y el coronel Carranza, otro a quien Goldenberg había hecho entrar «por especial deferencia en el negocio», dejaba caer su puño formidable sobre el escritorio.

—¡Ladrones! ¿Qué corredor es el que vende? ¡Hay que meterle un par de tiros! Hay que hacer un escarmiento... Yo no sé cómo el gobierno no fusila a estos badulaques. La Bolsa es para comprar, no para vender. ¡Canastos!

Don Fortunato Bastías, muy gordo, muy colorado, se contentaba con suspirar:

—¡Virgen María! ¡Y este don Samuel que me hizo echarme tres mil acciones más al cuerpo!

El mozo vino a interrumpirlos:

—Don Julián: una madama pregunta por el señor Davis.

Pardo hizo un gesto de desesperación:

—¡Hasta cuándo! Despáchela. ¿No sabe que Davis no ha venido?

—Señor, como usted me ha dicho que le avise...

—Despáchela.

—No quiere irse... Está como una fiera.

Abrió violentamente la mampara.

—¿Qué se le ofrece?

Una mujer de unos treinta años de edad, rubia y gorda, de ojos y labios muy pintados, apetitosa y llenadora al mismo tiempo —parecía hecha de fresa y crema chantilly—, avanzó hacia él con aire decidido:

—Busco a Davis —dijo—, a Davis..., a ese canalla... ¿Dónde está?

¿Por qué lo niega? ¿O tendré que buscarlo con la policía?

Su voz chillona, de un marcado acento francés, repercutía en la oficina.

—Calma, señora... Dígame usted de qué se trata... No grite usted de esa manera...

—¡Calma!... ¡Sí... calma...! ¡Es fácil pedir calma a una mujer honrada a quien se burla y se la engaña y se la deja abandonada... con un hijo...!

Un pensamiento horrible pasó por la mente de Julián: Madame Duprés. ¿No sería esa mujer madame Duprés... Madame Duprés, Modes, de la garçonier?

—¡Es absurdo... absurdo...! —murmuró entre dientes, oprimiéndose los ojos con la mano, como para apartar una visión.

—¡Un hijo, sí!... el doctor lo ha dicho... puede usted preguntar al médecin... y yo no estoy dispuesta a tolerar... yo haré el escándalo, yo iré a los tribunales... él me prometió una casa de dos pisos... Yo no soy una perdida... El señor Alvear lo sabe... ¡yo pediré justicia...!

La mujer hablaba cada vez más alto.

Julián estaba anonadado.

Justicia, tribunales, policía... El escándalo, el chantaje, la Sección de Seguridad persiguiendo en masa a Davis... luego el rastro, la escritura... el

poder falso... Era preciso terminar.

—Bueno, señora; tiene usted razón... Ahora que recuerdo, Davis me habló hace tiempo de este asunto... Voy a hacerle un cheque, aunque..., mejor dinero, ¿no es verdad?

Entró; abrió la caja de fondos, y volvió con un fajo de billetes.

Fue la solución.

Se quedó algunos momentos, apoyada la espalda en la pared, con los ojos muy abiertos.

... Luis Alvear... una casa de dos pisos... «Míster Davis paga todo...». «Cualquier día se los traigo...». Sí; bien podía Luis Alvear, con su inconsciencia acostumbrada haber presentado a esa mujer algún sujeto... ¡Suplantar a Davis! ¡Qué infamia! No tenía derecho a suponerlo; pero... ¿acaso él —él, Julián Pardo—, no había cometido igual delito...? ¡Vamos! En todo caso aclararía la cuestión con Luis Alvear.

La campanilla del teléfono, nervioso y persistente como un grito de auxilio, le sacó de su estupor.

—¡Caramba! ¡Dos puntos más de baja!

Los contertulios se pusieron de pie, rígidos, serios, como si se les comunicara la muerte de un amigo.

Sólo el coronel Carranza alcanzó a decir: «¡Cana...!»

La exclamación pareció embotarse en el silencio, y todos, mudos, con una solemnidad casi grotesca, salieron de la oficina.

Julián no volvió esa tarde a su casa; no fue al club, no comió; tenía la obsesión de ver a Luis Alvear.

Por fin, a las diez y media de la noche vino a dar con él en un café de moda.

Bailaba con una niña a quien Julián no conocía, y durante algunos minutos permaneció de pie, atontado, perdido en el tumulto de notas y colores estridentes... Todo oscilaba, todo se sacudía en torno suyo con movimientos de muñecos de cartón. Piernas, brazos, acordes y actitudes, se quebraban en ángulos agudos. Los codos de los bailarines tiranteaban con hilos invisibles la cabeza de los negros del jazz, imprimiéndoles el mismo

bamboleo. Sus rostros se partían horizontalmente en una risa de tajada de melón, o se inflamaban en grotescas protuberancias de gaita en la embocadura del saxofón o el clarinete. Los platillos aplaudían a rabiar entre los alaridos del serrucho y las carcajadas de vieja de las castañuelas.

Era imposible precisar dónde terminaba un color y comenzaba un sonido.

En una pausa del baile, Julián tomó a Luis Alvear de un brazo.

—Necesito hablar contigo dos palabras.

—Bien; pero no pongas esa cara trágica. ¿Has cortado con Anita? ¿No? Bueno. Este shimmy y estoy a tus órdenes.

El jazz-band volvió a convertirse en una fragua chispeante de notas y colores. Julián sentía que esos relámpagos chillones le atravesaban el cerebro y el estómago, comunicándole una extraña vibración. El negro de la batería, tomándole sin duda por el bombo, parecía golpearle sin piedad los ojos, los oídos, la cabeza...

—¡Vamos, hombre! Deja ese aspecto de difunto. ¿Qué te pasa?

¿Qué tenías que decirme?

Ahora era Alvear quien le tomaba de los hombros y le arrastraba hacia un lado de la sala.

Julián empezó a contarle la historia de la francesa, su exigencia de dinero; en fin, el cuento del hijo...

—¡Bah! ¿Y qué hay con eso?

—Mucho, muchísimo. Prométeme que no me engañarás. ¿Conoces a esa mujer? ¿No le habrás presentado, por divertirte, algún sujeto con el nombre de mi socio? ¡Tú eres tan aficionado a hablar de Davis!

Alvear arrugó la frente.

—No recuerdo... Créeme que no sospecho quién sea *ella*. Puede ser que alguna vez, para gozar de la abyección humana, haya dicho a una muchacha: «Dedícale a ese gringo feo: es millonario, es Míster Davis, el coloso de la Bolsa. Mueve un dedo y se gana cien mil pesos...» ¡Es tan gracioso ver a una mujer cambiar violentamente de opinión sobre la estética de un individuo! ¡Puede ser...!

¡En una borrachera se hacen tantos disparates!... Pero de ahí a que la farsa se prolongue... ¡eso no...! Ahora, un chantaje sin base alguna es

imposible...

—¿Vas a decirme, entonces, que he soñado; que la mujer no existe; que no le he dado dinero; que todo es una fantasía, una alucinación? ¿Me crees loco?, ¿o pretendes hacerme creer que Davis...?

—¿Y por qué no? Puede haber tenido un lío. Esa es la explicación más natural...

—¡No! —exclamó con voz sorda Julián—. ¡Es imposible!

—¿Sabes que ahora sí que comienzo a creerte loco? Te cierras a la única solución lógica. ¿Crees posible un chantaje... así... en el aire? ¿Crees posible que una mujer viva engañada varios meses respecto a la verdadera persona de su amante? ¡Y nada menos que acerca de Davis, que preocupa en este momento a todo el mundo!

¿Te ha negado él, acaso, el hecho?

Julián hizo un signo negativo.

—Entonces... debes creerle a la mujer. Un simple enredo del gringo.

—¡No hables de ese modo!

—¡Qué gracioso! ¿De manera que Davis es incorruptible...? Mira, Julián, sé razonable... No te pongas en ridículo... y sobre todo en estas cuestiones amorosas no metas la mano al fuego por nadie, ¿entiendes?, ni por Davis...

—¡Adiós! —masculló Julián entre dientes, y salió desatentado, atropellándose en las mesas del café.

Una neblina espesa cubría la ciudad. Los faroles rojizos, parpadeantes como ojos trasnochados, le hacían guiños en la sombra.

¡Ah! Ahora resultaba razonable que Davis tomara una querida, que tuviera un hijo... y que él, Julián, pagara los desastres... Esto era lo único lógico, lo único posible —según la autorizada opinión de Alvear—. Lo demás, ¡no era razonable!

Y si él reuniera a diez, a mil, a cien mil hombres y les propusiera el caso, todos a una voz repetirían también el mismo juicio: "No se deje guiar de fantasías, don Julián. El señor Davis ha tenido un lío.

Sus hipótesis podrán ser más ingeniosas, pero no son razonables..."

La razón, la locura... ¡Qué abismos tan cercanos y tan inexplorados!

¿Qué es un loco? Un hombre que no quiere someterse a la opinión de los demás. Se le encierra. Un cuerdo, en un país de locos, iría también al manicomio.

¿Y si él, y no los otros, estuviera en el error; si esa mujer dijera la verdad, si Davis...?

No; no podía ser.

La soledad de la calle le hacía daño. Caminando, caminando, se había alejado del centro. Ahora marchaba a tropezones, por una callejuela de arrabal.

—No puede ser... Ese niño no es de Davis... No puede ser... yo no estoy loco... no estoy loco...

Junto a él estalló una sonora carcajada:

—¿No está loco?

—¡Qué va a estarlo!

Dos obreros se alejaban, comentando alegremente «al futre que iba hablando solo».

Julián los vio, indignado, perderse en la neblina.

Marchaba con la cabeza baja, como queriendo verse los zapatos perdidos en la sombra de la calle.

De pronto se detuvo.

Una luz amarillenta, espesa, sucia, con olor a alcohol, a humo y a pescado frito, se escapaba a través de una mampara, chorreaba por la piedra del umbral y corría como un cauce hasta la calle. El Bar Mussolini, abusando de la neblina nocturna, inundaba la acera con la impúdica indiferencia de un borracho...

Julián vaciló un instante, como con temor de vadear aquel charco luminoso que parecía humedecerle los zapatos. Negros, chatos y brillantes, semejaban dos cucarachas sorprendidas de pronto por la luz. Las cucarachas se detuvieron un momento. Luego, como inconscientes del peligro, subieron una tras otra las gradas de piedra y, atropellando la mampara, fueron a colocarse al lado del mesón.

Julián, los ojos bajos, las miraba con visible repugnancia.

El cantinero, bigotudo, con el vientre de tonel aprisionado en las duelas azules de su jersey, alzó la vista, sin levantar los codos del periódico en que

deletreaba el último hecho policial.

—¿Qué le sirvo al caballero?

Julián se sobresaltó.

—Cualquier cosa...

—¿Un whisky?

—Un whisky...

Deseaba aturdirse. Su razón comenzaba a moverse como un barco que ha perdido las amarras. Por momentos le parecía que todo lo sucedido aquella tarde —baja de acciones, Davis, el chantaje de la mujer, la absurda disertación de Luis Alvear— había sido un sueño... trataba de afirmarse en la realidad, agarrarse como un arpón en algo firme. Ese movimiento constante de barco al garette le desesperaba; pero el fondo viscoso y arenusco cedía... y el ancla «garreaba» arrastrándose como una mano muerta por sobre las rocas y los bancos de moluscos sin asirse a ellos...

Bebía a grandes sorbos, y al terminar golpeaba el vaso, con gesto imperativo.

—¡Más!

Después se sumergía nuevamente en la contemplación de sus zapatos:

—¡Qué asco! ¡Eran dos verdaderas cucarachas!

De repente abrió los ojos desmesuradamente y su boca se distendió en una sonrisa inefable de rana.

—¡Es claro! ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Ellos tienen la razón...!

¡El hijo es de Davis...! y de Madame Duprés... Madame Duprés Modes... ¡Qué ridículo...!

Soltó una carcajada estrepitosa.

—¡Tan gorda, tan pintada...! ¡Pura crema chantilly...! ¡Qué mal gusto el de Davis!

Se cubrió los ojos con las manos. Ahora veía patente a Davis, con ademanes de camello, abrazando desafortunadamente a la francesa sobre un diván lleno de cojines...

Los almohadones redondos y brillantes volaban por el aire como planetas multicolores, describiendo extrañas órbitas. Se entrecruzaban, parpadeaban, y al entrar en conjunción parecían incorporarse unos en otros como círculos concéntricos. Sólo el cojín de lama de plata de la cabecera

permanecía inmóvil, en actitud de luna llena, y se reía con unos dientes largos y amarillos.

La sonrisa de Davis...

Julián se sentía el eje de un inmenso carrousel y se apoyaba en el muro para no caerse.

—¡Caramba...! pero esto es una ignominia, la garçonnière es mía... mía... ¿Con qué derecho Davis me bota el narguilé? ¡Y para colmo, Madame Duprés me cobra a mí y yo pago... pago todo, el hijo, el narguilé, la garçonnière! ¡No; hasta aquí no más llegamos! ¡Yo no tolero esta infamia!

Arrojó un billete sobre el mesón y salió a la calle, rápido, siguiendo a las cucarachas que parecían escabullirse entre las sombras.

—¡Psh! ¡Psh! Un auto... A la calle del Rosal. ¡Infames! ¡Me las pagarán...!

Descendió frente a la puerta de la garçonnière. A pesar de la oscuridad, tras el vidrio de la ventana se destacaban los cuadros blancos de los figurines y del anuncio de Madame Duprés.

—¡Me las pagarán...! ¡Canallas!

De un bastonazo quebró el cristal, arrancó los papeles, los arrojó al suelo, y durante mucho rato los pateó con verdadero frenesí.

Madame Duprés, Modes, quedaba sumergida en el fango.

¡Estaba vengado!

XIX

Los ojos enrojecidos, la lengua amarga, los nervios agotados por la noche de insomnio: frío en el cuerpo y frío en el alma... Impresión de fracaso; y, luego el porvenir, sombrío, adusto, como el pasillo oscuro que bordeaba la sala de la Bolsa...

Y, sin embargo, había que resignarse a andar por él, a desafiar la mirada solapadamente inquisidora de los especuladores, a fingir una sonrisa de satisfacción.

Todo eso era ineludible. Se trataba de un día decisivo.

Con ese aire de arrogancia exagerada que suelen adoptar los condenados al patíbulo, Julián entró a la Bolsa, azotándose la pierna con los guantes. La seguridad de su actitud contrastaba con la expresión de máscara de su rostro, en el que blanqueaba una sonrisa congelada de momia cordillerana.

Un grupo de corredores discutía acaloradamente en el pasillo. Al pasar él se callaron.

Más allá, frente a otro grupo que hablaba casi en secreto, creyó oír el nombre de Davis...

El timbre eléctrico, estridente, monótono como un dolor de oídos, anunciaba el comienzo de «la rueda».

Empujó con violencia la mampara, y, abriéndose paso entre la multitud, se aferró con desesperación a la baranda que circundaba el recinto de los corredores.

A un paso de distancia veía la desgredada cabeza de Gutiérrez, repartiendo su extraordinaria actividad entre el teléfono, la libreta de órdenes y el papel de telegramas. Apuntaba, escribía, conversaba...

Algunas filas más adelante, casi al centro del redondel, se destacaba la calva apergaminada de Urioste.

Frente al pupitre del director de turno, un muchacho gordo, moreno, vestido de negro, iba anotando en una enorme pizarra las operaciones. Cuando escribía, el traje, el pizarrón y la cabeza se confundían, y sólo se divisaba el puño blanco. Parecía que escribiera con el puño.

El martillero, con voz de tenor, gritaba sin detenerse un instante:

—¡A 29 próxima se venden cien Llallaguas! ¡A veinte se compran! A 25 mala se venden doscientas, trescientas y mil... Mil quinientas Llallaguas se venden a 5 mala. ¡Conforme!

López a Ugarte, cien Llallaguas a 4½ mala. Mil cuatrocientas se venden.

La pizarra se iba llenando poco a poco de cotizaciones.

Las Auríferas no se nombraban. Julián no oía ni pensaba. En su cabeza, poblada de ecos y tinieblas como un calabozo, sentía un zumbido constante. Algo como un moscardón se le había alojado en el cerebro y rebotaba desesperadamente, azotándose en las paredes del cráneo y dando cabezadas y aletazos, cual si quisiera escapar por las ventanas de sus ojos atónitos. Julián sentía el choque del insecto en el fondo de las órbitas y apretaba los párpados con desesperación para cerrarle la salida.

Entonces experimentaba una especie de vértigo. Le parecía que estaba al borde de un mar agitado y resonante... A impulsos de oleaje las acciones subían y bajaban como ingenuos buquecitos de papel de diario... Veía sus nombres escritos en toscos caracteres de imprenta: Llallagua, La Fortuna, Tuca-Tuca, El Delirio... Una ola inmensa se formaba; era verde y arrebatadora como la esperanza; subía, subía mucho, más alto que la baranda, más que el pupitre del director de turno; llegaba hasta la pizarra y su cresta de espuma dejaba como un rastro de tiza las cotizaciones. Luego se oía un ruido sordo; la ola caía con estrépito... Sólo dos o tres buquecitos de papel se mantenían aún a flote...

—¡A 17 próxima vendo cien «Auríferas»!

Julián abrió los ojos como saliendo de una pesadilla. Era la voz de Urioste.

—¡A 17 próxima se venden cien «Auríferas»! repitió como un eco el martillero.

Un silencio de muerte. La calma precursora de la tempestad.

Luego, otra vez, la cascada voz de Urioste:

—¡A 16½ próxima vendo cien «Auríferas»!

Nadie contestaba.

—¡A 16 próxima vendo cien «Auríferas»!

Silencio.

—¡A quince próxima vendo cien Auríferas!

La voz de Gutiérrez resonó ligeramente insegura:

—A 14 las compro...

—¡Conforme! ¡Mil vendo!

Al lado opuesto del seme círculo, detrás de Urioste, Pardo vio el rostro abotagado y plácido de Goldenberg. Se reía.

Julián clavaba las uñas en la barandilla: ¡Canalla! ¡Miserable!

Esta oferta de mil acciones le hacía el efecto de una crueldad inútil.

Urioste, dueño sin contrapeso del mercado, seguía haciendo ostentación de su dominio.

—¡Mil, dos mil, tres mil, hasta cinco mil vendo a catorce!

Julián no pudo resistir. Desesperado, sin saber ya lo que hacía, se inclinó sobre la baranda, y, alargando el brazo, tocó a Gutiérrez en la espalda:

—¡Compre! ¡Compre!

—¿Cuántas?

—¡Todas...! ¡Las que ofrezcan...!

Varios corredores se volvieron —la orden había sido dada casi en voz alta— y el grupo que rodeaba a Julián se hizo más compacto.

Pardo, con medio cuerpo afuera de la barra, seguía repitiendo:

«¡Compre! ¡Compre!».

—¡Conforme! —gritó Gutiérrez—. Conforme por las cinco mil... ¡Mil más compro...!

Urioste vaciló y dirigió una mirada interrogadora a Goldenberg.

Sabía que con esa última venta su cliente estaba en descubierto. Goldenberg hizo un gesto afirmativo.

—¡Conforme!

—¡Mil más compro! —volvió a repetir Gutiérrez.

Hubo un nuevo momento de vacilación. Goldenberg, con gesto de perro de presa, aseguraba el habano entre los dientes, mientras en un pequeño block de telegramas impartía órdenes a los corredores.

—¡Qué diablos! Hay que dominar el movimiento... Gutiérrez está insaciable..., pero tengo a Bastías de reserva...

Las quince mil acciones de Bastías eran para Goldenberg una especie de seguro para cualquier error bursátil. Contaba con ellas de antemano como si fueran cosa propia.

Los mensajeros corrían de un lado a otro repartiendo las órdenes de venta.

Con las nuevas municiones se intensificó el ataque. Gutiérrez era impotente para resistir aquel fuego graneado de ofertas. El papel fluctuaba con oscilaciones violentas. Julián no distinguía las voces y las palabras que se fundían en un solo barullo; pero miraba las cotizaciones, y le parecía que la sala entera se columpiaba, oscilaba a compás de las Auríferas... Subían, y las columnas se alargaban, los muros retrocedían y el plafond se hacía más alto y más ancho hasta confundirse con el cielo... Bajaban, y las columnas se retorcían, las murallas se acercaban y la cúpula, como una chata cripta funeraria, le oprimía la cabeza hasta estrecharlo con el pavimento...

Pero una cosa percibía claramente: ya no era Gutiérrez sólo el comprador. Poseído de un verdadero frenesí, seguía repitiendo:

«¡Compre! ¡Compre!»

Un rumor tenue, como una ligera brisa había comenzado a circular de oído en oído, entre los especuladores.

—Davis comprando... Ese joven flaco es el socio de Davis... ¡Es Davis el que compra...!

La brisa formaba apenas un ligero cabrilleo. Aquí y allá se alzaban manos que cazaban en el aire las ofertas.

—¡Davis comprando! ¡Es Davis el que compra...!

En un instante la brisa se convirtió en huracán.

—¡Davis comprando!

Veinte voces estallaron al unísono.

—¡Doscientas compro!

—¡Mil compro!

—¡Quinientas compro!

Y dominando el tumulto, Gutiérrez, de pie, con la mano extendida en un saludo fascista, con un gesto de Cicerón en el Senado romano:

—¡Hasta veinte mil compro a 15 próxima... a 16... a 17...!

Julián sintió que dos brazos cortos adiposos le estrechaban con vehemencia.

—¡Felicite al señor Davis! ¡Qué gran hombre!

Era Bastías. Su voz temblaba de emoción.

—¡No he vendido ni una sola, don Julián! El señor Goldenberg casi me ha vuelto loco: pero yo ¡como un peral! mientras el señor Davis no me diga «Venda»... En fin, usted don Julián me avisará...

De los brazos de Bastías, cayó Julián en los del coronel Carranza.

—¡Muy bien, su socio, don Julián! Nos ha salvado a todos. A usted, a mí, y hasta este cínico de Urioste... ¡Miserable! Ya le tenía listos los padrinos con instrucciones terminantes: si bajan a trece y medio las acciones, me lo llevan vivo o muerto al campo del honor... ¡por badulaque! Las logró hacer bajar hasta catorce... ¡Por medio punto se ha escapado de una bala...!

El edificio de la Bolsa se estremecía como una caja de cartón con el vocerío de los compradores. La ola inmensa iba creciendo más y más, con la augusta majestad de la marea. Apenas se distinguían las manos amarillentas y crispadas de Urioste —manos de ahogado— que por momentos se asomaban y desaparecían...

Al terminar la rueda, las Auríferas habían subido doce puntos.

Entre las manifestaciones de entusiasmo, los abrazos, los parabienes a Davis, Julián oyó una voz risueña.

—¡Goldenberg está arruinado!

Julián se acordó de Anita, y toda su felicidad se derrumbó...

XX

Walter Davis, que cuando enviaba flores a Leonor sabía adivinar también su gusto, no tenía el mismo acierto para elegir joyas...

Tal vez por mantenerse fiel a su carácter de millonario excéntrico, las alhajas que le enviaba eran siempre de un estilo rebuscado.

Además tenía una predilección loca por las perlas —en este punto parecía estar de acuerdo con Julián —y a Leonor las perlas no le entusiasmaban. No había artista ni cocotte, ni dependienta que dejara de tenerlas... falsificadas ciertamente, pero ¿quién distingue ya las perlas falsas de las verdaderas?

¡De sobra tenía con aquellos aros, regalo de su suegra, ascendidos por Julián a la categoría de reliquias! ¡Oh! En cambio las esmeraldas la sugestionaban...

Y aquel día Leonor tuvo una tentación de millonaria.

La obsesión la asaltó súbitamente al detenerse, acompañada de Graciela, frente a la vitrina de una joyería.

Sin duda alguna, la serpiente que tentó la sencillez aldeana de Eva, con el obsequio hartamente modesto de una manzana gorda y rubicunda como sus mejillas, no renunció a su espíritu de empresa en el Paraíso Terrenal. Arrojada por el Ángel, se arrastró largo tiempo por la tierra y cuando se convenció de que la manzana era un regalo démodé que no tentaba a las Evas de este siglo, abandonó su alojamiento entre la yerba y se instaló cómodamente en el escaparate de un joyero. Allí extiende los mil anillos de su cuerpo esmaltado de raras pedrerías, se enrolla como un sautoir, saca la lengua de rubí, o fija sus ojos de esmeralda como diciendo a las mujeres que la miran:

—¡Atención! ¡Esto vale un poco más que una manzana...!

Leonor la vio y se detuvo:

—¡Mira, Graciela...! ¡Mira! ¡Qué esmeraldas más preciosas!

—¡Lindas! ¿Por qué no te las compras?

Con los ojos fijos, como hipnotizados por la sortija de esmeraldas, Leonor apretaba nerviosamente el brazo de su amiga.

—¡Debe ser muy cara!

—¡Bah! ¡Qué importa! Ahora tu marido está muy rico...

Sí, ciertamente, Julián había ganado bastante... pero ella no se resolvía a gastar tanto dinero en una cosa inútil.

—¿Y por qué no los cambias por alguna alhaja? ¿Esos aros de perla, por ejemplo?... ¿Para qué tienes ese vejestorio?

A ella la había acudido la misma idea; pero... Julián no se lo perdonaría. Creía que las perlas y el recuerdo de su madre eran una sola cosa. En ese caso, cambiar los dos anillos y el prendedor que le dio Davis...

—¡Cómo se te ocurre! Esas alhajas son modernas... en cambio los aros son una antigualla. Lo único que vale en ellos son las perlas... y si...

Graciela meditó un instante...

—Óyeme una gran idea: cedes las perlas y te las reemplazan por otras imitadas. ¡Nadie las conoce! Los aros quedan iguales y te quedas además con el anillo de esmeraldas.

Leonor la abrazó llena de alegría.

—¡Eres muy inteligente! Pero... —y sus ojos se tornaron tristes— ¿cómo le explico a Julián este negocio? Jamás me atrevería a confesarle... ¿Y si me pregunta quién me dio este anillo?

—¡Lo compraste con tus economías!

—¡No!... Yo le digo siempre lo que gasto.

—¡Ah! Pero... Davis... Le puedes decir que Davis te lo ha enviado... para el día de tu santo, por ejemplo. ¿Qué tendría eso de particular?

Leonor la abrazó de nuevo y entraron juntas a las joyerías.

—¡Yo me encargo del negocio!

Leonor entregó los aros a su amiga y el canje no ofreció dificultad. Graciela era una comerciante consumada.

—¡Cómo se ve que es la señora de un gerente! —exclamó con una sonrisa maliciosa el joyero.

—Muy bien —advirtió Graciela— pero no vaya a olvidarse: los aros se los manda a la señora tan pronto como estén listos; pero el anillo, por ningún motivo antes del cinco de junio. Es un obsequio que quiero hacerle para su cumpleaños.

Y las dos amigas salieron riendo a carcajadas.

—¡Pobre Davis! ¡Lo que menos se sospecha es que vaya a hacerte ese regalo!

—¡A este paso va a quebrar el infeliz...! —exclamaba Leonor entusiasmada.

En realidad, nunca Davis había estado más rangoso que esa vez que no supo lo que hacía.

XXI

Una de aquellas tardes de otoño, Anita, que había estado largo rato con un libro cerrado entre los dedos, gozando ensimismada del sol que caía a torrentes en el patio, sintió como un golpe seco en el escritorio que a esas horas debía hallarse sólo. Se levantó del pequeño banco de piedra y fue hacia allá sin dar mayor importancia aquel estruendo.

Estaba alegre. El patio lleno de sol parecía haberse entrado en sus pupilas claras, con los verdes del jardín, los senderos rutilantes, la pila tachonada de azulejos y circundada de begonias. En el primer momento no vio nada. Las cortinas estaban corridas y apenas uno que otro bronce, las eternas águilas y coronas del estilo imperio— ponían una nota amarillenta en la sombría silueta de los muebles. De repente sintió un ruido gutural, un ruido extraño de reloj que fuera a dar la hora, y sus nervios se crisparon. Sobre la mesa se veía un bulto... una especie de jarrón de porcelana amarillenta entre un montón de trapos negros y de papeles en desorden.

Avanzó unos pasos en las sombras que parecían hundirse bajo sus pies como algodones. Su marido estaba materialmente aplanado sobre el escritorio. La cabeza inflada y sudorosa parecía haber rodado junto al libro de Caja; las manos sobre la nuca, el mentón sumergido en los papeles... el ronquido de cuerda que se desenrolla...

Anita se imaginó que le había dado un ataque:

—¡Samuel, por Dios! ¿Qué te pasa?

Levantó un poco la cabeza y la miró con ojos vagos.

—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede? ¡Contesta!

La cabeza volvió a caer. Goldenberg sollozaba. Unos sollozos roncros, seguidos de un hipo agudo, salpicado de palabras inconexas... «La quiebra»... «una vida de trabajo»... «el remate»... «los acreedores...»

Y luego, con gesto de temor:

—¿Te das cuenta de lo que es un secreto en el comercio? La más leve indiscreción puede ser la ruina, la bancarrota... ¿entiendes?

Anita hizo un gesto afirmativo.

—¿Te sientes capaz de guardar un secreto de esa naturaleza?

Pues bien; si dentro de dos días no se produce un cambio en el mercado, yo no podré cumplir mis compromisos.

Y ante sus ojos llenos de espanto, agregó:

—... Sí; estoy embotellado... Un corner provocado por ese infame Davis... He vendido cincuenta mil acciones más de las que tengo...

No me queda otra solución que pegarme un tiro...

—Pero... don Fortunato tiene acciones...

—No quiere venderme ninguna. ¡Es un canalla!

—¿Y Julián?

—Él podría hacerlo... pero a escondidas de Davis, se comprende... Yo no me atrevería ni a insinuárselo... y eso, tan sólo tú podrías conseguirlo...

—No —dijo ella irguiéndose con altivez—; yo no le hablo a Julián de asuntos de dinero... ¿Qué podría imaginarse? Háblale tú directamente. Dile la verdad. Julián es todo un caballero.

—¡No hay caballeros cuando se trata de negocios! En fin, con una mujer se guardan más consideraciones... Tú debes explicarle...

—No; por nada.

—Pero podrás hablar con Davis... Julián no puede negarse a presentártelo...

—Con Davis, sí —dijo ella.

Pidió algunos detalles del negocio.

—Nada de datos ni de cifras. La nota sentimental pura y simplemente. Después... que me indique una hora para hablarle.

Anita echó una mirada al gran reloj de bronce de la chimenea.

Eran las cinco.

Se dirigió a su departamento, se arregló el cabello, se cambió vestido y dio principio al maquillaje como si se preparara a una conquista.

Estaba segura de que Julián le presentaría esa tarde misma a Davis y todo se arreglaría. Un hombre multimillonario que especulaba por

entretenerse, ¿qué interés iba a tener en arruinarla...! Ella le pintaría su desgracia, el interés que siempre había tenido por él, su admiración por el hombre de más talento de la Bolsa... «Un verdadero genio comercial», como decía don Ramiro.

Arreglándose el sombrero ante el espejo, no podía menos de reírse.

—Por primera vez iba a asistir a una cita por encargo expreso de su marido... ¡Pobre Julián! ¡Qué pensaría si al llegar aquella tarde a su «nidito» le dijera en un arranque de franqueza: «Mi marido me ha mandado a verte; pero no vengo por ti... sino por Davis...!» ¡Era divertido!

Dio un último toque de rouge a sus labios extendidos como en un beso imaginario y salió.

Goldenberg estaba paseándose con la cabeza baja y las manos en los bolsillos, por la galería.

Ella le hizo una seña de despedida con la mano.

—¡Hasta muy luego!

—¡Buena suerte!

Y Goldenberg, alzando los ojos al cielo, murmuró:

—¡Si no lo consigue ella...!

XXII

—¿No te subleva esa sonrisa estúpida de Buda?

Anita movió perezosamente la cabeza que dejaba caer con abandono sobre el brazo de Julián. Sentía una extraña voluptuosidad, frotando el recortado cabello de su nuca en el bíceps duro y suave como un trozo de marfil. Una sensación eléctrica que la hacía recogerse hasta la punta de los pies. Habría roncado como un gato...

—¿El Buda? ¿Sí? ¿Por qué? —murmuró sin entender. En la sombra violeta de las ojeras, los ojos apenas entreabiertos se alargaban en dirección al Buda de porcelana, amarillento y panzudo, que, arrellenado en una consola de laca, miraba complaciente hacia el diván.

—Es detestable —prosiguió Julián—. ¡Siempre ese mismo aire burlón! Parece que criticara cada abrazo: «ese último está muy bien: aquél ha dejado un poco que desear; pero los de hace un momento eran más apasionados... y sobre todo más ridículos. El amor se mide por la ridiculez de los enamorados...» No lo dice francamente, ya lo sé. Calla, sonríe y finge mirarse la barriga; pero nos observa. No se le escapa una actitud...

—¡Qué disparate!

—No puedo desentenderme. ¡El amor tiene momentos tan ridículos! Tú sabes que eres bonita; realmente, así pareces una estatua y, sin embargo, ¿estás segura de que muchas veces él no te ha encontrado grotesca? Ahora, yo, con mi aire serio, con mis sienes que empiezan a blanquear... ¡No; esto es indigno! Y luego después pasará todo; nos pondremos viejos, tú me olvidarás, el Buda irá a un remate y en su cabeza calva y regordeta quedará el recuerdo tuyo...

—Estás trágico...

—No; estoy sincero... quedará el recuerdo tuyo... tal como estás ahora, tal como estabas hace poco... y el Buda se reirá y cuando vea otros enamorados hará comparaciones: «Aquella muchacha loca era más apasionada...», pensará. Y «la muchacha loca» será una señora gorda, grave, respetable, que irá a misa de ocho envuelta en un chal de lana y con un devocionario en el bolso...

Anita se reía con desgano.

—¡No seas tonto! El amor tiene arranques poco chic. ¡Quién lo discute! Pero de ahí a imaginar al desdichado Buda haciendo más comparaciones que una viuda... Y si se acuerda ¡qué mejor! También la pobre señora recordará con cierto escrúpulo, al «caballero loco» que en un tiempo muy lejano hablaba de la vejez y del olvido al lado de una mujer que así y todo le quería...

Julián la besó en los ojos. Sin saber por qué tenía la convicción de que Anita le pertenecía cada día menos. Esa tarde, más que ninguna otra, la hallaba distraída, indiferente. Tres veces le había preguntado: «¿Estás triste? ¿Estás preocupada? »No, ¿por qué?", era su única respuesta.

Había querido, con mil rodeos, llevarla al tema de las especulaciones — en la Bolsa se decía que Goldenberg estaba en situación difícil— pero ella había evitado la conversación con un gesto de molestia, casi de orgullo ofendido: «¡Qué sé yo! ¡No me importan los negocios!».

Y ahora Julián sentía el deseo malsano de mortificarla, hablándole del tema que más puede desagradar a una mujer: los años, el olvido, el arrepentimiento... ¿Lo habría conseguido? Al pensar que pudiera haberla hecho sufrir, sentía que una oleada de ternura le subía a la garganta.

—Anita, ¿por qué eres así? ¿Por qué no me hablas como antes?

Tú me ocultas algo... ¿Te he molestado? ¿No me quieres?

Se irguió violentamente como si la hubiera herido.

—¿Cómo? ¿Eso también? ¿Por qué he venido entonces? ¿Qué gusto podría tener en exponer mi honra, mi nombre, por fingir una comedia a un hombre que no me importa? ¿Te he pedido alguna vez el más ligero sacrificio? Otras mujeres dicen a sus amantes: Quiero dinero: roba. Quiero que me lleves contigo: abandona a tu familia. Quiero que me vengues: mata. Y los hombres se echan la conciencia a la espalda, dejan su casa,

roban y asesinan... Mira, Julián, óyelo bien, yo no estoy loca, no te creo un semidiós ¡nada de eso!; sé que podría hacer de ti lo que quisiera, y no me atrevería a pedirte jamás algo que te impusiera una molestia. ¿Me has visto alguna vez reservada? Puede ser; pero ha sido por evitarte un desagrado, una preocupación... Por nada de este mundo quisiera ponerte en un conflicto para tu honor, para tu lealtad...

Hablaba atropelladamente. Julián la estrechó contra su pecho, cubriéndola de besos.

Permanecieron así durante largo rato.

En lo alto de la consola de laca el Buda se sonreía.

De pronto Anita se levantó con resolución. Fue hasta la pieza de toilette, se arregló, se dio carmín en los labios y polvos en el rostro, se alisó prolijamente las pestañas y las cejas y, de sombrero, con los guantes puestos, se detuvo sonriente en el umbral:

—Bien: quedamos en que nunca te he pedido nada...

Julián bajó la cabeza.

—¿Y si ahora, faltando a mis propósitos, te pidiera un pequeño servicio?

—Por favor, dímelo. ¡No sabes cuán feliz me harías!

—Necesito hablar con Davis...

Los brazos de Julián cayeron lacios a lo largo del cuerpo.

—¿Con Davis? ¿Para qué?

—Asuntos de negocio —dijo ella con picardía—. ¡Así son las cosas! Contigo hablo de amor... con Davis de negocios... A tout seigneur...

—No; basta de burlas. ¿Para qué lo quieres?

—No puedo decírtelo...

—Supongo que no pretendes darme celos...

—¡Julián!

—Sería torpe... Davis no puede interesar a una mujer... es casi un viejo, es un estúpido... Sé bien que tú no piensas de ese modo... Sé por Graciela que tú...

Ella levantó la cabeza con indignación...

—¿Qué sabes por Graciela? ¡Hazme el favor de decirme qué sabes por Graciela!

—¡Sí... sí...! ¡No tomes ese aire de vestal ofendida...! El viaje a Constantinopla, el rapto de la favorita del Emir... ¡fábulas ignominiosas! ¡Mentiras descaradas! ¡Davis haciendo conquistas! ¡Era lo que faltaba...!

Julián seguía hablando como un loco.

Anita, sin decir una palabra, se acercó a la mesa, tomó el pequeño maletín y ya en actitud de salir, dijo:

—No te exasperes de ese modo. Te he pedido un pequeño servicio... Si no querías acceder, podías habérmelo dicho francamente. En cambio has hecho una escena... Eres un buen actor dramático... Te doy las gracias por la representación... Pero para otra vez que quieras hacer el papel de Otelo, hazme el favor de buscarte otra Desdémona.

El tono sereno y firme de su voz hizo volver a Julián a la realidad. Se pasó la mano por la frente, se frotó los ojos como para ahuyentar una visión, y replicó:

—Perdóname... He sido un grosero... más que eso... un gran estúpido... No tengo por qué meterme en tus asuntos... Además, basta que tú desees verlo... pero... Davis no está aquí...

—¡Julián, para qué me dices eso! Todo el mundo sabe que Davis está dirigiendo ahora una especulación, que ayer no más... En fin, di francamente que no quieres, que no deseas darme gusto, y ¡terminado!

Julián se retorció como un papel al fuego:

—¡Davis no está! ¡Te lo aseguro!

Ella se dirigió a la puerta. Julián la tomó de un brazo.

—¡Por favor, óyeme! Un minuto, ¡sólo un minuto! Te voy a decir la verdad... ¡toda la verdad! ¡Davis no existe...! ¡Te lo prometo...! ¡Te lo juro...!

Le miró casi con lástima...

Julián... no sea niño... No siga usted en ese terreno... ¡Adiós...!

—¡Davis no existe... Davis no ha existido nunca!... ¡Yo fui quien hice la especulación...!

Anita contrajo los labios en una mueca sarcástica:

—¡Muchas gracias! ¿La especulación fue idea suya? No esperaba menos de su amabilidad... ¡Lástima que nadie crea en su talento comercial!...

—Anita... yo no quería... yo no pensaba...

—¡Basta! ¡Déjeme usted!

Y retirando con violencia el brazo que Julián tenía asido, dio un golpe a la mampara y salió.

¡Qué noche aquella! La cama parecía hundirse y las ropas le cubrían la cara, el pecho, los brazos, sin permitirle el más leve movimiento. Se ahogaba, sentía que el corazón iba a estallar. Era una angustia horrible, una angustia tan sólo comparable a aquella que sintiera cuando Anita le dejó...

Un sudor frío le entumecía.

El lecho se iba hundiendo más y más; estaba al fondo de un abismo, cubierto por esas ropas blancas y pesadas como un inmenso cúmulo de nieve. En lo alto presentía el cielo oscuro, moteado de una infinidad de copos blancos.

Ahora estaban muy arriba. Altos, enormemente altos. Se movían al menor soplo de viento, como si fueran a desprenderse.

Desde su sepultura de hielo, Julián alcanzaba a oír la voz de Davis, que sentado en la blanca llanura, justamente encima de su pecho, miraba las albas plumillas y comentaba con indiferencia:

—Están altas; sí, ahora están altas... Hay alza en el mercado; pero luego caerán: no se preocupe... En la Bolsa sucede esto con frecuencia. Las acciones son así. Yo las haré bajar cuando usted quiera.

La nieve se sacudía y una lluvia de besos estallaba arriba.

—¡Walter, mi querido Walter, qué bueno eres!

La voz de Anita sonaba arrulladora como un trino, y Davis la atraía hacia su pecho. Confundidos en un estrecho abrazo, sus cuerpos se hundían en la nieve como en un edredón. ¡Qué infamia!

Julián, presa de un verdadero frenesí, se agitaba en el fondo de su sepulcro. No podía levantarse, pero sus manos, violáceas como dos jaibas gigantescas, arañaban sin cesar... ¡Quería salir de allí, tomar a Davis por el cuello, estrangularlo! Luchaba, ahogado por la nieve. Sus algodones se le introducían por las narices, la boca y los oídos.

Por fin, sus dedos crispados lograron asir un brazo. ¡No, no era eso! Una garganta, una garganta tibia que se retorció entre roncós estertores. Sonaba como un fuelle roto. Ya apenas se la sentía, y ¡Dios mío!, ¡qué blanda y qué suave era!

Ahora quería abrir las manos; pero éstas no le obedecían. Los dedos, rígidos como dos garfios de hierro, se fundían en una sola argolla. El cuello inerte pasaba a través de ella como un cable suelto. También Julián sentía que las fuerzas le abandonaban.

Encima de él resonó una carcajada.

—¡Se ha equivocado, míster Pardo...! Esa garganta no es la mía.

Julián dio un salto y despertó.

Luis Alvear estaba frente a la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Habrás visto! Las diez de la mañana y roncando en esa forma...

Julián, todavía amodorrado, en un estado de semiinconsciencia, le miraba de hito en hito.

—Una pesadilla... —murmuró por fin—. Una horrible pesadilla: soñé que había estrangulado a Anita...

—¡Bárbaro! No te vaya a oír Leonor. Ni por tratarse de ese asesinato te lo perdonaría... Por lo demás, el crimen tiene un poco de verdad... ¡Te has portado como un perfecto sinvergüenza!

—¿Yo? ¿Con ella? ¡Cómo puedes decir eso!

Sentía la impresión de que lo apuñaleaban.

—¿No sabes acaso la situación de Goldenberg? No es un misterio para nadie. En la Bolsa la comenta todo el mundo. Las acciones están ahora a cincuenta... El muy imbécil parece que se ha embotellado a sí mismo! ¡Una barbaridad! Pero esas cosas no las entienden las mujeres...

A Julián le hacía el efecto de que la pesadilla continuaba.

—Pero, ¿no me has defendido? ¿No le has dicho a Anita...?

Yo le expliqué tu situación... Tú no podías ayudar a Goldenberg, porque la especulación es de Davis, y al entregar acciones al adversario en descubierto, le traicionarías... Cada peso que Goldenberg deja de perder, lo pierde Davis...

—¡La operación es mía... absolutamente mía! —dijo Julián con desesperación.

Alvear le envolvió en una mirada compasiva como si se las hubiera con un niño enfermo o con un loco.

—Bueno... no voy a discutir; pero permíteme un consejo: no lo digas. Nadie va a creerte... ¡Ella menos que ninguno! Todos sabemos que tú haces sólo lo que te ordena Davis.

Julián se desplomó en el lecho sollozando.

—¡Nadie me cree lo que digo! Ni tú, ni Anita... Yo no soy nadie para nadie... ¡Sólo Davis existe para todos!

Media hora después, pasada la crisis nerviosa, Julián escribía dos cartas: una para Gutiérrez y otra para Bastías.

Las dos comenzaban lo mismo:

Por orden de Davis, le ruego entregar a Samuel Goldenberg 30.000 Auríferas, a 45.

Por encargo de Davis, le aconsejo liquidar las veinte mil acciones que usted tiene. Él ha vendido las suyas a 45, y a ese precio tal vez Goldenberg...

Alvear no pudo menos que reírse.

—¡Pobre Davis! ¡Qué caro va a costarle tu reconciliación! Porque si tú no mandas esas cartas, las acciones llegan hoy mismo a sesenta...

Julián bajó la cabeza, avergonzado, y sólo tuvo ánimo para pedir a Alvear, bajo, muy bajo:

—Se las mostrarás antes a Anita. ¿Me lo prometes...?

—Sí; y además te guardaré el secreto... Le diré que Davis fue realmente consultado... De otro modo aparecerás abusando de la confianza de tu socio, ¿no es verdad?

Pardo quiso explicar una vez más: «La especulación es mía. Yo no engaño a Davis», pero recordó las dos tarjetas: «Por orden de Davis...». «Por encargo de Davis...» y soportó la humillación. ¡Anita bien valía el sacrificio! Sólo ahora que había estado a punto de perderla, comprendía hasta qué punto esa mujer formaba parte de su vida.

Qué ajeno estaba Julián en ese instante a imaginarse lo que ella pensaría al ver sus cartas:

—¡Qué noble es Davis! Y esto lo ha hecho por mí... sólo por mí...

A Samuel le tiene mala voluntad... como que ha estado a punto de arruinarlo... y a Julián, ¡pobre! ¡Tan loco!, se me figura que no lo toma en cuenta para nada...

XXIII

Comprendió que no podía seguir un día más con Davis.

Para Julián no era un misterio que en la Bolsa se comentaba su actitud; en la casilla 2413 encontraba anónimos de «amigos del Señor Davis», de comerciantes que «en obsequio de su vieja amistad» se permitían advertirle que «el tal Pardo» o «su empleado Pardo» lo engañaba.

No les faltaba razón en cierto modo...

Más de una vez, al ver a don Cipriano poner los ojos en blanco para celebrar alguna genialidad del señor Davis —«¡qué hombre de tanto talento, don Julián!»— no había podido contenerse:

—No lo crea usted; Davis es una inteligencia muy mediocre.

—¡Cómo puede decir eso, don Julián! Mire que llamar a las especulaciones «apuestas para la mala» es de un ingenio y de una gracia...

Inútilmente Julián ponía en prensa su cerebro, tratando de exprimir algún dicho oportuno. Cuando por casualidad le resultaba algo ingenioso, el interlocutor le golpeaba amistosamente el hombro:

—¡Ese dicho debe ser del señor Davis...! ¡Qué notable!

Entonces, desesperado, ponía en boca de Davis las más insignes tonterías: «Según mi socio, el trabajo del especulador es muy seguro: se trata de comprar barato y vender caro».

—¿Eso ha dicho Davis? ¡Qué ironía más profunda!

Con la cesión de acciones a Goldenberg, que había abatido las expectativas de muchos «alcistas», los comentarios en cuanto se referían a Julián tomaban un carácter malévolo. El propio Gutiérrez, al recibir la orden de venta, se rascó la cabeza murmurando:

—¡Desdichado señor Davis! Si deja actuar el mercado libremente, las acciones habrían subido a ochenta... En esto ha metido mano don Julián...

¡Vaya alguien a convencer a un hombre de negocios, de que otro puede sacrificar un centavo de ganancia al afecto, a la amistad, a la compasión!

Pero aquella maldita tarde, gris, embozada y aburrida como un oficial de guardia, las cosas habían culminado.

Luis Alvear, con la más sana de las intenciones, lo había puesto frente a la realidad.

—¿Sabes lo que se dice de ti en la Bolsa? Como amigo, tengo que contártelo...

—¿Qué?

—Que tú se la juegas a Davis...

—¡Es una infamia!

—Sí; una infamia. Sin embargo... acabo de oír en un corrillo, que Davis mismo lo afirmaba...

—Pero, ¿quién decía eso?

—Willy López.

—¡Canalla! Ahora mismo voy a dejarlo como un sinvergüenza...

Acompáñame.

Efectivamente, en medio de un grupo de especuladores, López disertaba con audacia, desde el alto pedestal de sus pantalones Oxford, sobre la opinión de Clemenceau y Lloyd George, —«a quienes trató en París con verdadera intimidad»— acerca del problema industrial y minero de Bolivia.

Julián llegó como una tromba y le tomó por las solapas.

—¡Conque usted, so miserable, se ha permitido asegurar que Davis no tiene confianza en mí! ¿Quién se lo ha dicho? ¿Quién?

Ante lo sorprendente del ataque, Willy vaciló un momento; pero vio que todos los ojos estaban fijos en él y recobró en el acto su audacia:

—¡Calma, hombre! ¡Qué maneras!

—¿Quién se lo ha dicho? ¡Respóndame o no sé lo que hago...!

Y López, con el pecho echado atrás y afirmándose los anteojos de carey:

—¡Davis...! ¡El propio Davis me lo ha dicho!

—¡Es falso!

—No es usted sino su socio el llamado a desmentirme.

Julián quiso replicar, pero sus brazos cayeron como dos alas rotas...
¿Quién podía probarle a López que mentía?

Bajó la cabeza y se alejó del grupo.

Su resolución estaba ya tomada: no seguiría un día más con Davis.
¿Pero cómo hacerlo? ¿Revocar la escritura de poder? No era posible: la gente le conocía lo bastante para saber que él era socio de Davis y no Davis mismo. Aunque se pusiera gafas negras, ningún notario caería en el garlito... ¡Davis era demasiado conocido!

De repente su cerebro se iluminó como una ampolleta eléctrica.

Una polémica. Esa era la solución: una polémica.

Apresuró el paso.

¡Naturalmente Davis llevaría la peor parte...! para algo iba a ser su contrincante quien redactara los artículos... Primero, uno firmado por Julián, sereno, sobrio, diciendo que advertía al público que, desde esa fecha, renunciaba a continuar con la gestión de los negocios de míster Walter Davis, ya que éste no le había asegurado toda la participación a que creía tener derecho como autor exclusivo de las operaciones comerciales y bursátiles realizadas por cuenta del señor Davis desde dos años a la fecha...

Luego vendría la respuesta violenta, airada de Davis, pero sin dar una razón ni negar un solo hecho.

Julián replicaría «injurias no son razones» y todo el mundo quedaría convencido de que él, exclusivamente él, era el cerebro que había dirigido las gigantescas especulaciones, las atrevidas empresas financieras que habían maravillado a la Bolsa de Comercio...

Davis quedaría reducido a los límites de un vulgar capitalista.

¿Qué cara pondría Anita al darse cuenta de que el coloso de la Bolsa, el misterioso financista, el seductor de huríes orientales, había vivido a costa del talento de Julián durante meses y meses?

¿Cómo se desorbitarían de admiración los ojos de Goldenberg, de don Cipriano, de los directores del banco Anglo-Argentino, al ver «el genio bursátil» reducido a sus verdaderas proporciones?

Empujó con fuerza la mampara de la oficina y se sentó ante la máquina de escribir.

¡Con qué gusto sentía caer las letras como un tupido aguacero en el papel! Una lluvia interminable que iba formando la charca cenagosa en que Davis se ahogaba. ¡Ya no asomaba sino los brazos largos y amarillentos como raíces contorsionadas!

Y Julián seguía redactando la réplica de Davis. ¡Cómo se vengaba de la antigua arrogancia de su socio haciéndole escribir toda clase de sandeces!

Otra vez volvía a sentirse libre, independiente, con personalidad propia, el socio era un maniquí que se contorsionaba y se abatía a cada movimiento de sus dedos.

Y ahora Julián no era un cualquiera. En los días precedentes había retirado de la oficina de Gutiérrez más de un millón de pesos.

¿Qué iría a ser de su ex socio sin existencia natural y para colmo sin dinero?

De nuevo volvía a creer que dominaba a Davis.

XXIV

Entre los dedos de Julián, el habano —grueso lápiz de punta blanquecina— parecía ir escribiendo con letras de humo en el aire:

«Aquí va un hombre feliz».

El periódico asomaba medio cuerpo fuera del bolsillo, y repetía:

«¡Ya lo creo! Don Julián tiene motivos para estar contento. El señor Davis ha quedado como un perfecto imbécil».

Efectivamente, Davis publicaba esa mañana, a dos columnas, un breve remitido: «Mi última palabra». «Respuesta a don Julián Pardo».

Ni un solo argumento serio. Un desahogo innoble de pasiones en contra del ex socio que lo abandonaba... ¡Pobre inglés!

Julián entraba al club repartiendo saludos y sonrisas.

Todo, desde los hombres parlanchines y movibles que bullían en la cantina, hasta el zócalo de azulejos, abigarrado como un jardín andaluz, emanaba alegría.

Tras el mesón, los cantineros parecían aplaudir con entusiasmo en las brillantes cocteleras: ¡Bravo, don Julián! ¡Bravo!

Abriéndose paso a viva fuerza entre la compacta fila de socios que luchaban desafortunadamente por el aperitivo —¡se trabaja con igual energía para sentir hambre como para no sentirla!— Pardo llegó a poner un brazo en el mesón lleno de dados y de copas.

—¡Un gin-sower!

—¡Cuidado con mis tres ases!

Al volver los ojos se encontró con la mirada inquisidora y torva del coronel Carranza.

—¡Caramba, don Julián! Todavía por aquí... No lo esperaba...

—Realmente —tartamudeó don Juan Anguita, un viejo inofensivo, íntimo del coronel, asomando su cuello de jirafa por sobre el hombro de su amigo— ¡es admirable su serenidad!

—Pero... ¿por qué? ¿Ha sucedido algo?

La mano de Carranza cayó como un combo de hierro sobre el mesón.

—¡Canastos! ¿No ha leído entonces lo que le dice Davis en los diarios?

—¿Qué? —dijo Julián—. ¡Una simple tontería...! Reconoce que yo soy el verdadero iniciador de sus negocios...

—Pero lo injuria...

—¡Lo injuria! —repitió como un eco el señor Anguita.

—¡Tanto como eso...! Digan ustedes que me trata con violencia, con apasionamiento... quizás con grosería... ¡Davis no es un dechado de cultura! Pero en cambio...

—No, mi amigo, lo ofende seriamente, brutalmente. ¡Mire usted que decir que, al abandonarlo, ha procedido usted «en forma incorrecta, impropia de un caballero»! Es una injuria... ¡Una provocación que no puede tolerársela ningún hombre!

—Una provocación. Ciertamente una provocación —coreó don Juan Anguita.

Julián se puso pálido.

—Yo, en realidad, creo que ustedes le dan demasiado alcance a una palabra que...

—¡Demasiado alcance! ¡Demasiado alcance! —exclamó el coronel Carranza con la cara descompuesta, remedando el tono suave de Julián—. ¡En qué país estamos! ¡Canastos! Si usted no le da importancia a que le llamen sinvergüenza, nosotros sus amigos se la damos. ¡No faltaba más! De eso estábamos hablando hace un momento con don Juan. Por lo menos hay que pedirle explicaciones al inglés. ¡Y para eso estamos sus amigos! Con dos tiros la cuestión se soluciona. Ahora si él no se bate... ¡Bien! ¡Paciencia!

Pardo les miraba con los ojos turbios.

—Supongo que usted. ¡Canastos! no nos hará la ofensa de despreciarnos como amigos, porque entonces... ¡Mejor me callo! ¡Córcholis! Viejo estaré pero la mano no me falla...

—No, mi coronel... ¿cómo se le ocurre...? —tartamudeaba débilmente Pardo.

El recio artesonado parecía juntarse con el piso, oprimiendo como una prensa de vino a Julián, al coronel, a Anguita, a todo el club, con sus botellas, sus azulejos y sus socios.

En lo alto Davis, con cara de demonio, accionaba el torniquete...

Los azulejos, las botellas y los huesos rechinaban, la carne crujía sordamente, y la sangre corría como el mosto en el lagar...

Los padrinos quedaron de reunirse a las once de la noche con Julián — ¡cuánto le costó obtener este plazo de gracia!— para recibir las instrucciones de su representado...

—Hum... Hum... En fin... ¡cada cual sabe su negocio!... ¡Si usted se empeña, don Julián, daré las órdenes del caso!

—Se lo agradeceré... ¡Es un asunto tan desagradable!

En su desesperación, Julián había acudido a un comisario amigo, para pedirle que la policía impidiera el lance.

—¡Bien! ¡Qué diablos! ¡Cada uno es dueño...! Pero hay que tratar de que esto resulte lo mejor posible para usted. ¿Cómo lo hacemos? ¡Ya!... ¡Ya! Que el señor Davis llegue atrasado al campo de honor... ¡Fácil, muy fácil! Un incidente con el guardián que vigila el tránsito... ¿Quiere indicarme la dirección del señor Davis?

Julián se mordió los labios: el socio falso, la investigación, la escritura... ¿En qué madriguera se había metido? Permaneció un momento mudo, con la vista vaga y una expresión de idiota que le torcía la boca como una parálisis.

—¿Sabe? —logró decir por fin— ¿Sabe? Pensándolo mejor... No hagamos nada... Voy a batirme con ese canalla... No diga usted una palabra de lo sucedido... se lo suplico como amigo...

El comisario se levantó solemnemente y le estrechó la mano.

—¡Eso! ¡Eso! No esperaba menos de usted, don Julián.

En el fondo del cerebro, muy al fondo, con la impunidad del gusano que va abriendo galerías en un queso roquefort, el pensamiento seguía atormentándole: ¿Cómo evitar el duelo? ¿Cómo?

Negarse rotundamente... ¡A buen tiempo, cuando ya había elegido los padrinos!

Decir que Davis se encontraba ausente... era sólo retardar la tragedia.

Una carta de Davis dando explicaciones... Julián tendría que aceptarlas. Los padrinos exigirían la publicidad: «Fin de un incidente». «Cartas cambiadas entre los señores Walter Davis y Julián Pardo». ¡La polémica terminada en punta! Las cosas quedarían más o menos igual que antes. Davis no sería ya su socio, pero... sería su amigo... Si acertaba en un negocio, nadie le quitaría de la cabeza al público que Davis se lo había aconsejado... ¡Bah! ¡Para eso, mejor era haber seguido en igual situación que antes! Había que matar a Davis, concluir con él; en una palabra, había que batirse. Pero... ¡los padrinos! ¡Qué hacer con los padrinos!

En su casa, en presencia de Leonor y del chico subido a las rodillas —«papá, llévame al apa...; papá, hágame caballo»— la obsesión se hizo más punzante.

Eran las diez. A las once llegaría el coronel con el maldito viejo.

¡Era preciso decidirse!

Estaba entre la espada y la pared, entre Carranza y Davis. Si se negaba a batirse, quedaba ante sus padrinos como un perfecto sinvergüenza. Si iba al duelo... ¡pero aún!... como un embaucador, como un farsante...

Y esos dos hombres —Carranza vociferando, Anguita repitiendo sus ineptias— llegarían antes de una hora... seguramente, indefectiblemente...

Un terror pánico comenzó a apoderarse de Julián. Habría querido huir, esconderse, desaparecer.

Y el chico seguía insistiendo: «Papá, súbame al apa... Papá, pínteme un mono... un sapo... un gato».

—¡Al diablo todo! —gritó Julián de pronto, dejando al niño con violencia en un sillón.

—Pero, Julián, ¿qué tienes?

—Basta. Tú, Leonor, llévate al chiquillo. Necesito escribir... irme de aquí...

Ella le miró con espanto. Era la segunda vez que lo veía en un raptó de nervios semejante. Tomó en sus brazos al chiquillo que sollozaba y se dirigió a la puerta, acariciándolo.

—¡Oye! ¡Mira! A Pedro que aliste el auto. Tengo que salir fuera de Santiago.

—¡A estas horas...!

—Sí, sí, no me preguntes. A las once vendrá el coronel Carranza con un señor Anguita. Dale mis excusas y entrégale dos cartas. No; una sola. Te la dejaré aquí sobre la mesa... ¡Adiós!

Julián abría los ojos desmesuradamente.

En el cristal de la ventana que daba al jardín oscuro, veía a Davis con un jockey metido hasta los ojos, que lo llamaba con voz muy queda:

—Vamos, Míster Pardo. No diga nada a la señora. Nos batiremos en la Cordillera.

Con la mirada fija en la ventana, Julián estrechó a Leonor y al niño.

—¡Perdóneme! Tengo que irme. No te alarmes... Davis me necesita... Volveré en dos días más... La carta te la enviaré antes de las once... ¡Adiós!

Y salió de la pieza como un sonámbulo.

Leonor le vio perderse entre las sombras del follaje.

—¡Pedro! ¡Prepara el automóvil!

Su voz tenía una inflexión extraña. Ya no se le veía. Parecía que la noche se lo hubiera tragado.

Míster Pardo:

Si dos personas se dan cita con el fin exclusivo de matarse, no veo el objeto de traer otros caballeros que no han de ayudarles. El espectáculo no es bonito, y no me gustan los curiosos. Carezco de interés por conocer o matar a sus amigos. Nunca me ha gustado este género de caza; pero si los

trae, me veré en la obligación de ordenar a mis empleados que lo practiquen.

Yo me voy esta noche a Los Andes en automóvil y de allí seguiré al sitio en que estuvimos cazando hace tres meses con usted y Pawlosky. Es un lindo paisaje y hay pasto para los caballos. Nos pondremos de acuerdo en la hora que sea a usted más cómoda.

WALTER R. DAVIS

Al pie de la carta a máquina, y tocando casi en la rúbrica de Davis, Julián había escrito a lápiz:

Mis más estimados amigos:

Una indiscreción parece haber puesto a Davis al corriente de mi resolución de esta tarde, como ustedes pueden verlo por la carta que antecede. En vista de ella, no me queda sino agradecerles una vez más sus servicios que no puedo llevar hasta los límites de un sacrificio estéril. Les ruego tranquilizar a mi mujer.

Gracias mil veces.

JULIAN PARDO

Los padrinos leyeron en voz baja, uno tras otro, la carta, y se miraron.

—¡Es un estúpido! ¡Canastos!

—¡Peor que eso —corrigió el señor Anguita, arreglándose los lentes—, es un demente peligroso! ¡Mire usted que decir que va a asesinar previamente a los padrinos! Y su marido, ¿qué ha hecho, señora?

—¡No sé! Tomó el automóvil y salió —exclamó Leonor, pálida como una muerta, retorciéndose las manos.

—La felicito, señora; su marido es un valiente... y no lo parecía...

¡Zambomba! Pero con carta y todo, yo creo que hay que acompañarlo.

—¿Acompañarlo? ¡Sería una imprudencia! —observó don Juan Anguita.

—Pero, ¡por piedad! ¿Qué pasa? Hablen ustedes.

—Nada, señora. ¡No se alarme! —dijo Carranza, poniéndose muy rojo—. Cosas de hombre, que ¡como es muy natural! no se les pueden decir a las señoras... ¡Pero no se alarme! Vamos, don Juan.

Leonor se dejó caer en un sillón y se oprimió la cabeza con las manos.

—¡Dios mío! ¡Qué horror, Dios mío!

Los hombres salieron precipitadamente.

—¡Casi suelto la pepa, don Juan!

—¡Pobre señora!

—¡Bah! ¡Histerismos! ¡Cómo llegue a sospechar lo del duelo...!

Y subieron al automóvil que les aguardaba.

A esas mismas horas, Pardo, a cuarenta kilómetros de la ciudad, en una miserable piececita del Gran Hotel Continental —así se llamaba ahora la Posada del Crucero — aspiraba con la ventana abierta de par en par al campo, el aire de la libertad. Se consideraba en salvo.

Un ambiente de paz envolvía al poblado. Olor a heno, a establos, a tierra húmeda.

A lo lejos, el ladrido de los perros, cada vez más confuso y atenuado, iba señalando el paso del automóvil que regresaba a la ciudad.

De ese lado el horizonte se perdía en una sucesión de cerros bajos de perfiles ingenuos, como trazados por la mano de un niño.

Arriba, la luna blanca y sencillota —una gran galleta de agua con la muestra evidente de un mordisco— le evocaba el recuerdo del Nito...

Así se dormía siempre, con una galleta a medio comer entre las manos paliduchas.

Y por sobre el caserío y los viejos eucaliptus y los cerros, la noche, como una vieja previsora, abría su paraguas desteñido, lleno de una infinidad de pequeñas picaduras luminosas. Un en-tout-cas de familia, apolillado de estrellas y con un piquete enorme: la luna.

¡Qué indiferencia, qué desidia, y, sobre todo, qué pobreza delataba ese paraguas sin zurcir de la noche campestre! Y, sin embargo..., con qué derroche plateaba los viejos muros, los troncos de los eucaliptus y el patio de la Posada del Crucero... ¡perdón!... del Gran Hotel Continental.

¡Oh! Ciertamente le cuadraba mejor su antiguo nombre; pero ¿qué importancia tenía ello? para pasar dos días de incógnito...

Porque de eso se trataba. Ya volvería a la ciudad...

—¿Y Davis?

—Herido.

—¿De gravedad?

—No sé... ¡tal vez! Se lo llevaron sus amigos a Mendoza...

¡Qué abrazo tan efusivo le daría el coronel Carranza!

XXV

Al día siguiente el dueño del Gran Hotel Continental, un hombre gordo y bonachón, con zapatos crujidores y chaqueta abierta y blanca como su sonrisa, vino a turbar el sueño de Julián.

—Un telegrama para el caballero.

—¿Para mí? ¡Qué cosa más extraña!

Desde el fondo de su alma, Pardo maldijo al chauffeur:

—¡Claro, lo ha soltado todo! ¡Y tanto que le dije...!

Las letras azules se retorcían y alargaban como un lazo cimbrado por un vaquero experto:

Espéreme. Llevo orden carabineros para que nos escolten.

Haremos escarmiento. —Carranza.

En un segundo comprendió la situación. El coronel no era hombre de quedarse así. A la amenaza del inglés respondía él con la suya. ¿Davis le iba a atacar a él con sus empleados? Él se defendería con sus carabineros. ¡Una batalla campal en perspectiva! No había tiempo que perder.

Cuatro frases a Carranza explicándole que su concepto del honor le impedía detenerse; un caballo... arrendado, comprado ¡como fuera!; un guía que lo internara cerro adentro... ¡Nada más!

—Un caballo y un guía, don Pacomio. Pero rápido. ¡Ah! ¡Y un revólver!

En su precipitación, Julián se había olvidado de traer el suyo.

Media hora después, Pardo, en una nube de polvo, que en vano parecía sacudir la manta roja de su acompañante, se alejaba a todo galope por la carretera.

La enorme silla de pellones le abría las piernas hasta descoyuntárselas, y los gruesos estribos parecían colgar de sus riñones, estirándole las fibras

más recónditas y sacudiéndole las entrañas... A ratos sentía deseos de echar al diablo su amor propio, su dignidad, su honor; quedar como un embustero o un cobarde; alzar los brazos gritando kamerade y entregarse en manos de Carranza.

Sólo cuando empezó a oscurecer y los caballos tomaron ese paso cadencioso y largo que va sacudiendo el rendaje como un péndulo, al compás de las cabezas de las bestias, Pardo tuvo aliento para conversar.

—¿Cómo te llamas?

—Serafín.

—¿Eres de aquí?

—No, patrón, pero estoy desde guanita.

—¿Y ese vendaje en la cabeza?

—De salteo...

—¿Hace tiempo?

—Más de un mes. Me pegaron con una garabina...

—¿Cómo fue eso?

El hombre sacó una petaca y lio un cigarrillo.

—Así no más, pues, patrón: había vendido unos buyecitos... Parece que los niños lo supieron y se dejaron caer a eso de la oración. Aturdieron a la vieja, amarraron a las dos chiquillas... No se oían más que lamentaciones... A mí me sujetaron entre dos y me suspendieron a una viga.

—¿Onde está la plata?

—Y yo callao. Y estos brutos comenzaron a pegarme.

—¿Onde está la plata?

—Y yo como un cementerio.

—¡Taitita! ¡Dígales, por Dios!

—Y estos brutos, golpe y golpe. ¡Por ésta, patrón, que ya se las largaba! Y seguían ¡dar que es güeno! Ya no podía más... ya iba icirles, cuándo...

El rostro de Serafín se iluminó con una expresión beatífica.

—¡Quién le dirá, patrón! ¡La suerte del pobre! Cuando ya iba a confesarla llega uno por detrás y me ajusta un culatazo en la cabeza...

La cara cobró una expresión aún más dichosa.

—Me aturdió altiro, patrón. ¡Libré la plata!

Dio una chupada al cigarrillo, se alzó con una mano el sombrero de pita, y añadió:

—Fue aquí, cerca de la nuca. ¡Palabra que si supiera cómo se llama el hombre, le mandaba un cordero! Si no es por él... ¡La plata estaba perdida...! ¡Fue lo mismo que un milagro!

Y después de un silencio, agregó:

—Puée que no fuera milagro, pero yo de todos modos les dije a las chiquillas que le prendieran una vela a mi padre San Antonio, por si acaso... porque ha de saber su mercé, que yo soy nació y envacunao en la religión cristiana.

Se había hecho de noche y los caballos avanzaban cada vez más lentamente por entre los matorrales que cubrían la quebrada.

Julián pensó que a esas horas los carabineros al mando del coronel Carranza recorrerían el campo tratando de encontrar su rastro.

—¿Eres hombre de guardar un secreto, Serafín?

—¡Claro, patrón! cuando no largué lo de la plata...

—¡Bien! A mí me andan buscando los carabineros...

Serafín le miró con ojos recelosos.

—No es por nada malo. Es que quiero arreglar cuentas con un gringo y no es bueno que aparezcas mezclado en este asunto. Da un rodeo y no vuelvas a tu casa hasta mañana.

—¡No me pillan nunca!

Julián le extendió la mano; en ella iba un billete.

—Gracias, patrón. ¿Para qué fue a molestarse?

Se llevó la diestra al sombrero y dio media vuelta a su caballo.

Pardo le vio esfumarse como una mancha rojiza en la lejanía, e inclinándose sobre el arzón de su montura, se internó por el sendero cada vez más estrecho que bordeaba la quebrada negra y rumorosa.

Los cerros se perfilaban a lo lejos, oscuros y deformes, como animales en reposo. Un vaho espeso se levantaba de sus lomos y parecían rumiar plácidamente con el ruido monótono del arroyuelo que corría al fondo y de las hojas estremecidas por el viento. Era un rumor constante, impregnado de un vago misticismo, como el eco de un rosario rezado a media voz, en que se funden cien tonos diferentes. El viento, el agua y las hojas murmuraban

soñolientos su oración. Acaso en ese mismo instante, Leonor también rezaba...

Con el corazón oprimido de angustia, Julián creyó percibir esa plegaria: «Dios te salve, María, llena eres de gracia...»

Y luego una carcajada estridente como el canto de un grillo: Goldenberg que bromeaba con Anita:

—¡Tonto! ¡No me hagas cosquillas!

—¡Oh! Es usted muy quisquillosa. ¿No se dice quisquillosa?

¡Caramba!, pero esa voz no era de Goldenberg.

Julián conocía demasiado ese acento británico, esas sílabas trituradas por unos dientes largos y amarillos, para poder equivocarse... ¿Davis? ¿Entonces Davis...?

Sintió frío. Un frío extraño que no era de este mundo y parecía deslizarse como una mano de muerto por su espalda, subiendo poco a poco hasta frisarle el pelo de la nuca.

No se atrevía a volver la cabeza; sin embargo, todo estaba tranquilo a su alrededor.

Estrechado por los cerros, el cielo se abría arriba, circular y solitario como un corral abandonado.

Sin darse cuenta, Julián oprimió los ijares de su caballo, que partió al trote, abriéndose paso entre los arbustos. Las ramas le rasguñaban al pasar.

—¡No importa! Hay que salir pronto de aquí...

La mano helada seguía rozándole el cabello, los brazos y las piernas. Julián sentía que toda su piel se engranujaba. ¡Qué frío y qué soledad!

En apretado rebaño las nubes iban llenando el cielo. Entraban atropellándose, como si se acogieran al redil.

Apenas se divisaba el borde de la luna, plateado y amenazante como un corvo. Brilló un momento y se perdió.

Julián espoleó el caballo y comenzó a bajar la loma erizada aquí y allá de negros matorrales. La noche, como un murciélago inmenso, parecía golpearle el rostro con sus alas membranosas.

De repente, el caballo se detuvo. Bajó el cuello, echó adelante las orejas, olfateó ruidosamente el suelo. Julián le clavó con furia las espuelas.

El caballo dio una especie de bufido y retrocedió con violencia, como si alguien le tomara de las riendas.

Julián sintió también que a él lo sujetaban por el pecho...

—¡Vamos! ¡Adelante! ¡Vamos!

Y apretó las piernas; le pareció que el caballo daba un salto y que él mismo volaba por los aires... Luego, un ruido de ramas que se quiebran, un dolor insoportable en la cabeza... y un sonar de campanillas que parecían alejarse poco a poco...

—¡Vamos! ¡Vamos!

La voz sonaba ahora con un acento muy distinto. No veía nada... Todo estaba oscuro; no podía mover el brazo izquierdo, pero con la mano libre buscaba a tientas el revólver.

—¡Vamos!

—¡Canalla!

—¿No venía usted a matarme?

A pocos pasos de distancia, Davis, cruzado de brazos, le esperaba. En la densa oscuridad su cara se veía sólo por instantes, iluminada por la pipa que sostenía entre los dientes. Al aspirar el humo, la pipa se encendía y lanzaba un furtivo reflejo a los anteojos negros, a la nariz de ave de rapiña y al revólver, que también Davis tenía ya en la mano.

—¡Dispare, si se atreve, Míster Pardo!

—¡Canalla!

—Yo daré la voz de mando.

Julián, loco de ira, y arrastrándose como una fiera herida, pugnaba por arrancar su revólver del bolsillo. Ahora veía claro la cabeza del inglés, recortándose en la sombra como una máscara encendida.

—One... two... three...

Se oyó el eco simultáneo de los dos disparos, el revólver se escapó de la mano de Julián y la cachimba de Davis estalló como un fuego de artificio... ¡Qué diluvio fantástico de estrellas! pero... ¡Oh!

¡Cómo le dolía la cabeza! El corazón le palpitaba dentro de ella, golpeándole las sienas como un martillar de fragua... Era un tormento horrible, y sin embargo: «Yo estoy vivo; yo estoy vivo», repetía con un gruñido salvaje de entusiasmo.

Y de lo alto del cielo, las estrellas seguían cayendo lentamente como una lluvia que se extingue... Ya apenas unas pocas quedaban resplandeciendo como gotas prontas a deslizarse en la cúpula del firmamento.

Sumergido en una especie de sopor, Julián las miraba ahora con los ojos muy abiertos. Una brecha azul verdoso rasgaba las nubes negras, y a la indecisa claridad veía la gruesa rama caída sobre el pecho. Su cabeza reposaba en una raíz saliente y una de sus piernas se hundía en una charca.

Cerca, en un espacio libre de árboles, el caballo pastaba con las riendas en el suelo.

Pardo se incorporó con un supremo esfuerzo. Todo el cuerpo le dolía; el suelo parecía vacilar bajo sus pies. Torpemente fue acercándose al caballo y se abrazó a su cuello como implorando protección. Levantó las riendas, volvió al lomo la silla caída casi hasta el abdomen del animal, se palpó la cabeza tumefacta —¡qué golpe!— y puso el pie en el estribo.

Un resplandor rojizo se levantaba de los cerros. Comenzaba a aclarar. Espoleó el caballo y sobreponiéndose a la fatiga y al dolor que le agobiaban, comenzó a descender por el lomaje.

¡Estaba salvado! Entre esos negros matorrales, largo y amarillo como una rama tronchada, quedaba Davis en el campo... Los pájaros vendrían a posarse en sus brazos macilentos, en sus manos nudosas, en sus piernas contraídas, en su cara surcada de arrugas y, como a un viejo quillay, le irían arrancando la corteza... ¡Cómo picotearían los anteojos buscando las pupilas azulencas! Porque Davis estaba muerto definitivamente; el tiro...

Julián buscó en el bolsillo el arma para cerciorarse, ya sin sobresaltos, a la luz del día, de que la bala había sido disparada. Pero el revólver no estaba. Había saltado lejos al salir el tiro... Después voló la cachimba como un fuego de artificio... Lo recordaba exactamente. ¡Qué puntería la suya!, ¡y qué escapada! Porque la bala de Davis debió pasar rozándole la frente... Bueno; pero él no era el culpable: Davis le provocó: «¡Dispare usted, si se atreve, Míster Pardo!» ¡Tenía su merecido!

—¡Se acabó Davis! Nunca más volverá a entrometerse en mis negocios ni a hacerle la corte a Anita, ni a dirigirme palabras insolentes.

¡Qué alegría la de Leonor al verle a salvo! ¡Con qué orgullo referiría a Anita el lance!:

—En la noche, fíjate... solos... sin padrinos... y Julián que acababa de sufrir un golpe terrible. ¡Es muy valiente!

¡Qué abrazo le daría el coronel Carranza!

XXVI

Las caretas colgadas en largas sartas penden como guirnaldas de flores exóticas en la puerta de la juguetería. Hay caras plácidas y caras tristes, flacas y rollizas, torvas y grotescas.

El viento pasa y sacude las máscaras. Se agitan y parecen cuchichear. Algunas se tuercen hacia un lado como esquivando el saludo; otras siguen mirando distraídas desde el fondo de sus ojos vacíos. No piensan, ¡qué van a pensar! Sin duda no tienen intención de hacer un desaire ¡claro está! Mantiene cada cual su gesto, su mismo gesto de siempre, pero ¡cómo se asemejan esas máscaras, que evitan el saludo o se sonríen con muecas burlonas, a las caras que ha visto esa mañana en la calle, en el club, en la Bolsa!

No hay para Julián en toda la ciudad más que unos ojos puros y un rostro ingenuo y franco; los del Nito. Y el chico también quiere una máscara. Tomado de la mano de su padre, insiste por décima vez en su petición:

—Papá, yo quiero una cabeza de payaso.

—Bueno: ¡qué se le va a hacer!

Compra la careta y regresa lentamente a la casa con el niño.

Julián no tiene valor para luchar con ese ambiente impalpable de antipatía o reproche que siente a su alrededor.

Ni un solo amigo se ha acercado a saludarlo. Y no es que ignoren la noticia: nada de eso. El día antes, los diarios de la tarde se encargaron de publicar a todo el ancho de sus páginas, «el grave incidente personal entre el conocido hombre de negocios Mr. Walter Davis y el señor Julián Pardo». Así: todos los calificativos eran para Davis. Él era un cualquiera.

Uno de los diarios llevaba el desparpajo hasta el extremo de publicar un retrato de Davis. Por lo visto el cronista no se quedaba corto... ¿No había encontrado una fotografía auténtica? Pues bien; venga la de cualquier señor de aspecto inglés... El que mejor cuadre con el personaje, el más buenmozo. ¡Y no tenía mal gusto el muy bandido! El retrato publicado hacía realmente honor a la raza británica. Un hombre bastante joven, de facciones bien delineadas, frente amplia, nariz recta y labios de una finura casi femenina... ¡No se parecía en nada a Davis! Pero lo cierto es que al lado de él, el retrato de Julián aparecía desmedrado y ridículo. ¡Lo mismo que en la información!

—¡Oh! ¡Los diarios se inclinan siempre al poderoso! —pensó Julián con amargura.

Y ese diario era precisamente el que había visto Anita la tarde anterior, al volver del biógrafo. El periódico estaba sobre la mesa de la sala, y se detuvo a hojearlo distraídamente. En la tercera de sus páginas sus ojos tropezaron con el funesto párrafo.

—¿Cómo? ¿Julián con Davis? ¡Qué horror! Pero... ¿Por qué?

Por un momento creyó ser ella la protagonista y una oleada de sangre le subió a la cara.

—¡Celos... seguramente celos...!

Le costó seguir las letras, que parecían huir ante sus ojos. Afortunadamente la información no decía una palabra sobre la causa del duelo. Frases imprecisas... Desacuerdos por motivo de carácter comercial.

Sin fuerzas para leer se dejó caer en un sofá. Allí, Julián, la había besado por primera vez: le parecía algo muy vago y muy lejano... ¡Una locura! Ahora ese recuerdo casi la molestaba. Tenía el presentimiento de que Davis había muerto... Nunca había logrado conocerlo —Julián con sus estúpidos celos se negó siempre a presentárselo—; cuando la salvó de la quiebra ni siquiera pudo darle sus agradecimientos... y ahora le veía por primera vez... ¡Qué buenmozo era! ¡Tal como ella se lo había imaginado! ¡Razón tenía Julián en ocultárselo! Sentía que una angustia, amarga y honda como un mar, iba subiendo poco a poco hasta ahogarla. Sí, esa debía ser la sensación de los oscuros farellones cuando empieza a cubrirlos la marea... Frío, oscuridad, silencio... Los ojos anublados de lágrimas, un sabor

salobre en los labios, una asfixia, una inquietud..., y el pensamiento como un pájaro volando entre la niebla...

Recordaba cuando Graciela le habló por primera vez de Davis:

—Mejor que no lo conozcas. Si lo vez, te vas a volver loca por él...

Dicen que no hay un hombre más simpático...

Y en el fondo del corazón, guardaba ahora bajo siete llaves, la profecía de Madame Bachet:

—Usted se enamorará de un hombre que no existe... Un príncipe, un rajah..., un multimillonario... No lo veo bien..., pero es un extranjero..., un poderoso, capaz de hacer y deshacer fortunas...

—¡Pero, ¿no me dice usted que ese héroe no existe? ¡Qué conquista más graciosa! —había exclamado entonces ella, riendo a carcajadas.

Y ahora Davis no existía..., y ella que nunca lo vio en vida, oprimía con desesperación el retrato y lloraba... ¡La predicción de la adivina! ¿Por qué no tuvo antes valor para afrontar los celos de Julián y decirle: «Créeme loca, piensa de mí lo que mejor te plazca, pero preséntame a tu socio, te lo exijo?» Mas, ¿cómo iba a imaginarse?

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Hundió la cabeza en el sofá y permaneció allí largo rato sollozando, con los labios pegados al retrato, que parecía preguntar, con sus pupilas atónitas: "¿Qué pasa?

¿Esta mujer se ha vuelto loca? ¡Cómo me ha puesto con el rouge de sus labios!".

Realmente la figura de Davis, llena de manchas bermejas, parecía la de un asesinado. El periódico había sido más parco al advertir que no existían aún noticias fidedignas del resultado del lance, pero que los rumores circulantes permitían colegir que el señor Davis había quedado gravemente herido.

No se necesitaban más detalles para formar ese ambiente de reticencia y mala voluntad en que Julián debatía.

—¡El tal Pardo es un canalla! ¡No había motivo alguno para el duelo..., y hay que ver que le debía al otro su fortuna!

No era raro que así opinara el público. ¡El dinero inspira tantas consideraciones, y cuántos se habían enriquecido en esos días especulando a la sombra de Davis!

Julián no tenía derecho a extrañarse.

La misma Leonor, con todo su cariño, le había recibido con la voz temblorosa de emoción:

—Pero..., no lo has muerto, ¿verdad? ¡Dime, por Dios, que no lo has muerto!

Cualquiera hubiera creído que la vida de Davis le interesaba a ella, tanto como la de su marido.

—¡Habla, Julián...! Dime, ¿qué ha sido de Davis?

—¡Qué te importa! —gruñó Julián, blanco de ira.

Creía oír la carcajada homérica de Davis.

—Ya ve usted, Mr. Pardo...

Hasta en su casa hay personas que se interesan por mi suerte.

Y Julián pensó que no había muerto; más aún, que no podía ni siquiera decir que lo había muerto.

Leonor permanecía frente a él con los ojos llorosos. ¡Nunca la había tratado Julián de esa forma!

—Perdóname —dijo él con lentitud—. ¡Estoy tan nervioso! ¿Querías saber de Davis? Bueno... Bueno... Una herida en el brazo únicamente.

XXVII

Ahora Davis, zunco y todo, se vengaba.

La pobreza —la Pobreza con mayúscula— había bajado lentamente como una neblina. La vida se ensombrecía; las cosas más risueñas, arrebuadas en la bruma, tomaban aires de fantasmas y el horizonte se estrechaba más y más... Julián se veía apenas sus manos, agitadas por un temblor extraño. No tenía ya a quien tenderlas.

Fue asunto de pocos meses. Al principio, la Pobreza se contentó con perseguirlo desde lejos; llegaba al Banco y le substruía algunos bonos, iba a la Bolsa y sugería al corredor la idea de exigirle mayores garantías; con timideces de vieja pordiosera se acercaba a sus amigos del comercio y les susurraba al oído mil mentiras.

«Don Julián no tiene ahora la fortuna que antes. Hay que andarse con cuidado».

Naturalmente, la pobreza no procedía por impulso propio. Era una simple mandataria. Davis, oculto en la neblina, dirigía la maniobra.

Un día, la Pobreza llegó hasta la propia casa. Fue preciso hipotecar la propiedad.

En medio de esa atmósfera de liquidación, Leonor recibió el anillo de esmeraldas... El anillo de Davis...

Ni se atrevió a usarlo.

Julián oía a todas horas la carcajada sarcástica de Davis: «¡Pobre míster Pardo..., le va a ir mal!»

La gente también decía lo mismo; en un corrillo, en la Bolsa, Julián lo había oído:

—¡Psh! ¡Verás cómo ahora, sin Davis, no es capaz de nada!

Se referían a Julián.

Y para demostrar lo contrario, había especulado... Una gran especulación con éxito funesto..., luego otras más pequeñas..., otras...y otras...

No era tan fácil conseguir crédito. En todas partes tropezaba con respuestas parecidas:

—Con Davis, este préstamo habría sido fácil concederlo; pero, ahora, disuelta la sociedad... En fin, puede que el Consejo...

Las especulaciones de Julián se iban haciendo cada vez más chicas. Por fin, desesperado, intentó un golpe decisivo. La suerte le perseguía.

Se corrió la voz de que Davis especulaba en contra suya. Perdió. Pardo quedó materialmente en la calle.

La Pobreza había entrado ya a su casa. Se divertía a costa de su víctima: a veces cortaba el gas; otras, envalentonaba a un cobrador para que lo injuriara... Un día interrumpió la luz eléctrica y lo dejó a oscuras.

La carcajada de Davis fue horrorosa y Julián la escuchó toda la noche, insomne, revolviéndose en la cama con un solo pensamiento grabado en la cabeza:

—El lunes vence una letra por treinta mil pesos... y no tengo ni siquiera con qué pagar la luz.

Fue preciso rematar la casa. Hasta el caballo obsequiado a Davis por Bastías cayó en la liquidación.

El propio ex socio pareció espantado:

—¡Venderme mi caballo! ¡Oh, es un colmo! ¡Míster Pardo, usted se extralimita en los negocios! ¡No es correcto, Míster Pardo!

Julián no trabajaba. Con las manos en los bolsillos se paseaba todo el día de un lado a otro, oyendo la risa de Davis. Era una risa metálica, como si a través de un caño de hoja de lata se deslizara un torrente de libras esterlinas.

Ya todo le parecía indiferente; las ilusiones habían terminado.

Trataba de consolarse pensando que su opulencia había sido un sueño y que ahora no estaba peor que antes... Aquellos tristes días en que descontaba letras con la cooperación de Luis Alvear... ¡Oh!

¡Pero aquellos no podían compararse! Entonces había ensueños, esperanzas... ¡Anita...! Ahora había terminado todo...

Como una pesadilla recordaba la última vez que habló con ella.

Acababa de batirse con Davis y, como Anita no diera señales de vida, la abordó en la calle. Iba arrogante al lado de Graciela; ni siquiera se volvió para mirarle:

—¡No acostumbro conversar con asesinos! ¿Oye usted?

Sintió la misma presión de un salivazo en pleno rostro. Aun ahora la sentía...

Todo había concluido para él. ¿Todo? ¡No! Pensó en Leonor, el niño en el hogar... Eran su último refugio. Allí estaba la verdadera vida. ¿Por qué había renunciado a su felicidad? Leonor no le rechazaría...

¡Llegar a ella, abandonarse en sus brazos como un niño, soñar, dormirse a la sombra de sus grandes ojos negros, desentenderse un momento, siquiera un momento, de esa carcajada absurda que le taladraba los oídos!... Y luego oírla hablar, dulcemente, tiernamente, como antes.

Pero todo había cambiado. La casita de arriendo, enfurruñada en una plaza de arrabal, no abría como la otra sus ventanas azules, con ingenuo asombro entre los árboles frondosos. Esta miraba torvamente. Sus ojillos de bizca se volvían hacia adentro. Parecía tramar algo... ¿qué más? Ni siquiera se respiraba allí ambiente de hogar. Los muebles eran viejos, ciertamente, pero comprados al lance aquí y allá, su historia era desconocida. Otras cabezas habían desgastado el tapiz de los respaldos y otros niños habían hundido los resortes del sofá...

¡Pobres muebles! Llegaron a la casa con esa expresión cansada de los viejos emigrantes que ignoran el idioma y se mantienen a distancia, temerosos y hostiles. Daban la impresión de estar en movimiento.

Todo estaba revuelto, y Leonor, sin nadie que la ayudara, corría de un lado a otro, tratando de poner un poco de orden en la casa desmantelada y triste.

No era buen momento para hablarle de cosas sentimentales.

Su voz tenía un dejo de amargura al contestarle:

—¡Bah, Julián, no te lamentes! Tú mismo lo has querido... Cierto es que Davis era un poco raro y te obligaba a trasnochar algunas veces..., pero, así y todo, era bueno... Podías haber tenido más paciencia...

Julián enmudeció. Su mujer, su propia mujer justificaba a Davis.

¡Con qué aire lánguido decía de él: «era bueno», como si se tratara de un amigo!

Bajó la cabeza y permaneció largo rato con las manos entrelazadas, en un gesto de impotencia. No pensaba en nada, miraba sólo el extremo de sus mangas en que sobresalían pequeñas hilachas negras.

La pobreza había tomado tal confianza que se divertía en deshilar las mangas y sacar reflejos del cuello y de los codos.

XXVIII

El niño estaba muy grave. En la desmantelada piececita se oía un estertor constante.

La pequeña cabeza con sus rizos negros, húmedos por la transpiración, se agitaba entre las almohadas con un movimiento monótono; las manecitas parecían arañar suavemente las sábanas.

Julián, sentado en una silla de Viena, con las espaldas inclinadas y la frente apoyada en una mano, trataba de rehuir la terrible pesadilla y, para no mirar la tragedia que se desarrollaba junto a él, fijaba los ojos turbios de llanto en otro extremo de la habitación...

En el muro, el papel celeste había sido desgarrado, y se veía una silueta oscura. El elefante. Así lo llamaba el Nito. Al principio era sólo una insignificante rotura: era «el pollito». Después el chico le sacó otro poco y se convirtió en «el gato...» Hacía apenas seis días, con un nuevo desgarrón, había pasado a ser «el elefante».

Tal vez era un recuerdo tributado a aquel famoso elefante que le regalara Mister Davis... Todo..., hasta los juguetes habían caído en el remate... Davis —el gringo malo, como lo llamaba el Nito— había hecho perder plata al papá y se había llevado los juguetes... No le quedaba más que un mono de trapo que dormía a su lado.

Al fondo del corredor se oía el paso rápido de Leonor preparando algún remedio. Julián al pensar en ella sentía que un sollozo le oprimía. ¡Qué buena era, qué dulce, qué abnegada! ¡Qué distinta de Anita! ¡Cómo había podido él...!

Y clavaba los ojos en la vela cuya luz rojiza parecía agrandarse con un nimbo movible a través de las lágrimas. Al centro de esa aureola, la llama azuleja se alargaba como un gusano, un gusano que iba devorando poco a

poco la vela. Roía con chisporroteo imperceptible... Un estertor débil que coreaba como un eco el otro..., el que repercutía sordamente en el cerebro de Julián...

El niño se agitó de repente. Con los ojos muy abiertos y las manecitas temblorosas, trató de erguirse en las almohadas. Dio un grito ahogado:

—¡Mamá! ¡El gringo...!

Julián se levantó de un salto y se inclinó para tocarlo.

—¡El gringo...! ¡Ahí!

Mostraba la pared. Julián miró. Una sombra negra se inclinaba, alargando los brazos como si quisiera estrangular al enfermito.

En ese mismo instante el chico se llevó las manos al cuello.

—¡Ay! ¡Ay!

Al grito de Julián llegó Leonor, sobresaltada.

—¡Dios mío...! ¿Qué hay?

Julián había caído sin fuerza a los pies de la cama... La sombra cayó con él. Ahora la vela iluminaba el papel desteñido del muro...

El chico seguía agitándose...

—¡Fue Davis...! ¡Fue Davis...! —repetía Julián, sordamente, apretándose los ojos con las manos.

—¡Hay que ir a buscar médico! ¡Pronto! ¡Ya! ¡Inmediatamente!

Julián se levantó y corrió a la calle. La sombra se descolgó de la pared y corrió tras él. Sentía sus pasos precipitados y angustiosos que le seguían por la acera, remedando el sonar de sus tacones.

En la calle desierta no había ni un automóvil, ni un coche...

Julián corría. Al torcer una callejuela, la sombra pareció adelantarse, y un individuo largo con un paletó verdoso lo detuvo.

—¡Alto! ¿Hay un incendio?

Tenía un marcado acento inglés.

—¿Incendio? ¿Incendio? ¡Estúpido!

—¿Cómo?

—¡Infame! ¿Por qué te burlas? ¿Hasta cuándo...?

Lo tomó de las solapas y trató de estrellarlo contra el muro. El individuo lo asió también.

—¡Al asesino! ¡Me quiere matar a mi hijo...!

—¡Al loco! ¡Al loco!

Julián logró arrojarlo al suelo... Rodaron por la cuneta llena de lodo, azotándose en la solera de piedra..., pero Pardo quedó encima... Ahora sentía que sus dedos se hundían en la garganta del inglés y que un estertor acompasado y ronco —el mismo del niño enfermo— le taladraba los oídos...

—¡Toma! ¡Toma!

Sintió que unos brazos fuertes le sujetaban por la espalda.

—¡A la comisaría!

Era un guardián. Dos o tres noctámbulos, con las caras demacradas y los ojos saltones, les rodeaban haciendo comentarios.

—¡Es un loco! Ha querido asesinarme...

—¡Es Davis, guardián! ¡Es Davis! —gritaba Julián, ronco de ira.

—¡A la comisaría!

—¡Mi niño se me muere!

—¡Andando! ¡Rápido!

No hubo remedio.

Cuando al amanecer Julián logró salir —un oficial le conocía y obtuvo que le dejaran libre con su fianza— ya era demasiado tarde...

Embarrado, sucio, lleno de sangre, tropezó con Leonor en la escalera. Estaba lívida. En sus ojos vio pasar como un relámpago la terrible situación: «El niño ha muerto, ¡tú eres el culpable!»

Fue sólo un segundo. Se abrazó a él y prorrumpió en un llanto histérico.

XXIX

Aquel abrazo fue como una despedida. Leonor casi no hablaba, apenas levantaba la cabeza para contestar; parecía que temiera que sus ojos fueran a traicionarla. Y sus ojos no sabían decir palabras duras.

Cuando Julián quiso explicarle que Davis era el único culpable de todas sus desdichas, ella hizo un gesto negativo:

—No hables así de Davis —dijo.

Pardo quiso replicar, pero no pudo. Su voz no se habría oído.

Davis le aturdió con sus carcajadas:

—¡Es inútil, Míster Pardo! ¡Su señora me defiende! ¡Oh, todas las señoras me defienden...! No es precisamente muy correcto, pero así son las cosas de este mundo... También usted firmó por mí una vez cierta escritura. Dio razones; yo, a mi vez podría darlas. Usted decía: no tengo la culpa. Tampoco tengo yo la culpa de esta predilección de las señoras...

Se esmeraba en torturarlo: le hablaba de la mañana hasta la noche con un rumor constante, metálico y casi imperceptible, como la marcha de un reloj. De pronto estallaba en una carcajada. Julián quería gritar, pero él lo detenía:

—Es mejor que se calle Míster Pardo: podrían creerlo loco..., ¿me comprende? Usted no puede decirle a la señora que yo fui quien mató al niño. No se lo creería; además, ella es muy virtuosa... Seguramente es más que Anita...

De nuevo un golpe de risa parecía ahogarlo, pero continuaba:

—No me mire de ese modo, Míster Pardo. Sin duda los maridos son un poco ciegos. ¿Recuerda usted el caso de su amigo Goldenberg? Le hallaba usted ridículo, ¿no es verdad? Sin embargo, las compañías de seguro no toman sobre sí esta clase de accidentes.

Prefieren riesgos menos ciertos: la muerte, verbigracia. ¿Ha tomado usted una póliza sobre la fidelidad de su señora? Debía hacerlo: es muy simpática...

¡Uf! Aquel monólogo era intolerable, y en pequeña casa, cada palabra, cada ruido parecía prolongarse en un eco melancólico: desde que los pasitos del pequeño, alegres como un repiqueteo, dejaron de sentirse para siempre, los entablados, las paredes, el techo, tenían sonoridades de tumba.

Pardo tomó el sombrero y se lanzó a la calle. Quería aire, luz, espacio.

Marchaba ligero, con la frente baja, mirando a hurtadillas en todas direcciones. No fuera a encontrarse con algún acreedor. Detrás de cada árbol, de cada esquina, creía ver surgir a alguno que se le aproximaba con gesto melifluo:

—Señor Pardo, ¿me podría cancelar la cuentecita?

Comenzaba a atardecer cuando, rendido por la larga caminata, llegó a la Quinta Normal y se dejó caer en uno de los bancos.

Desde el escaño inmediato oyó una voz conocida que le llamaba:

—¡Don Julián! Este asiento está mejor. ¿No quiere hacerme compañía?
¡Maldita suerte! Era don Fortunato Bastías.

Arrellanado como de costumbre, con las piernas muy abiertas, y la cabeza sumergida entre los hombros, retiraba el diario y el sombrero que tenía sobre el banco para dejarle espacio.

Pardo no tuvo más remedio que aceptar.

¡Qué pesadez! La eterna cháchara quejándose de Goldenberg y del engaño de la Sociedad Aurífera. Menos mal que él había logrado escapar «con algunos cobrecitos».

Y de pronto la pregunta clásica, la pregunta que Pardo veía venir a cada instante:

—¿Y Míster Davis, Don Julián? No tiene ya nada que ver con usted, ¿verdad?

Pardo hizo un gesto de fastidio. ¿A qué entrar en confidencias sobre tal sujeto? ¡Lo que faltaba era que Bastías fuera a hacerle un panegírico de Davis!

—No sé de él... ni me interesa —masculló

—¡Era mal hombre el gringo!

Julián, lleno de sorpresa, clavó los ojos en don Fortunato.

—¡Mal hombre, sí, señor! Tal como suena. Yo lo creía al principio un caballero y me ayudó, no tengo por qué negarlo, pero después... ¡Qué desengaños se lleva uno en la vida, don Julián! ¿Recuerda usted el caballo que le mandé al señor Davis, en septiembre? ¡Era una hermosura! Delgadito de nudos, bien formado de pecho y con unas ancas..., ¡no me diga nada! ¡Como que era el de mi silla! ¿Y sabe usted lo que hizo el gringo? ¡Lo vendió! Yo mismo, con estos ojos, lo he visto en una carretela. ¡Sinvergüenza! ¡Un hombre que no es capaz de agradecer ni los regalos que se le hacen! Y pase que lo hubiera vendido por necesidad, pero él es millonario... ¡No tiene corazón! Ya ve lo que hizo con el señor Goldenberg...

—¿Qué?

—¿No lo sabe? —Don Fortunato se llevó ambas manos a uno y otro lado de la frente, y apuntó con los índices al cielo en la actitud de un miura que se yergue al sentir las banderillas—. Se lo he oído al propio don Willy López. Se veían en casa de una modista francesa... Por eso el gringo le prestó acciones al señor Goldenberg, para que no quebrara. Fue el modo de pagarle a la señora...

Julián miraba a Bastías con los ojos turbios y labios entreabiertos. ¿De manera que también Davis se veía con Anita en la casa de la calle del Rosal? ¿Y Madame Duprés no era la amiga sino la intermediaria que facilitaba los encuentros? ¿Y sus acciones, sus propias acciones de la Compañía Aurífera eran...? ¡Oh, cómo se escribe la historia!

Pero don Fortunato, sin reparar en el asombro de su interlocutor, continuaba sus insidiosos comentarios.

—¡Ah, yo me alegré mucho, don Julián, cuando supe que había cortado con ese hombre! A un individuo así no se le puede recibir en ningún hogar respetable, porque, por muy buena que sea una mujer, ¡siempre está expuesta a la maledicencia! Y la gente habla...

¡Quién puede impedirselo! Luego, tratándose de un hombre raro que no sale sino de noche como las lechuzas... Yo, créamelo usted, cada vez que oía en el círculo que el señor Davis iba tanto a verle, sufría...

Pálido de ira, Julián le interrumpió:

—Davis no fue nunca a mi casa.

Bastías abrió tamaños ojos. Sus labios se agitaron como si fuera a hablar, pero luego se contuvo. Muy azorado, se pasó la mano por la frente. Después comenzó a dar vueltas y vueltas a la cadena del reloj y preguntó a Julián si había ido a las carreras... Según él, el caballo que tenía más expectativas era Tutti Fruttii.

—¿No le gustan las carreras, don Julián?

Pardo hizo un signo negativo. Entonces don Fortunato sacó el reloj y pretextando que en su casa se comía muy temprano, «a la antigua», se despidió.

Julián se levantó igualmente, y sin saber a punto fijo a dónde caminaba, con el sombrero en la mano, sin preocuparse de senderos ni jardines, atravesó los prados y se halló fuera del paseo.

La cabeza le bullía. ¡Ah! Conque también se hablaba de él, de su hogar, de su mujer. Ahora que estaba en la miseria, el Círculo de don Fortunato no encontraba mejor cosa que hacer que ensañarse en las tristezas de su casa. Davis le visitaba. ¡Qué gracioso!

Davis iba noche a noche a conversar con él... y con Leonor..., naturalmente. ¡Oh, así se comentaba a lo menos entre los íntimos de don Fortunato! ¿Y cómo dar con el autor de la calumnia? ¿Cómo?

Ninguno se atrevía a contestarle categóricamente: «Yo lo he oído: Fulano lo ha dicho». Todas serían frases vagas: «Me han interpretado mal. ¿Cómo ha podido pensar eso? ¿Quién va a dudar de la señora?» «Se dice», «se comenta», «se rumorea».

Nadie le contestaría la verdad. ¡Así son las cosas! ¿Y cómo va a ser de otra manera? ¿O quería que un audaz le respondiera como Willy López: «Sí, señor; yo he visto entrar a Davis a su casa a altas horas de la noche?» ¿Qué podría contestarle?

El chico le vio una vez deslizándose como un fantasma negro al lado de la camita donde agonizaba. También él lo vio esa noche. Y no solamente esa, muchas, muchas... Junto a la ventana, espiando tras la puerta... y en la calle, ¡ah, cuando se lo quitó la policía!

Davis iba a su casa, entraba en ella como en su propio domicilio. Había que sorprenderlo... ¡Nada más!

Recordó con pavor que meses antes en el chalet de la avenida Manuel Montt, al recogerse cerca de la madrugada, halló abierta la entrada del jardín... ¿Y aquellas huellas que nadie supo explicar? Y ahora en la nueva casa, ¿por qué se abría a veces «con el viento» la ventana que daba al escritorio?

¡Con el viento! ¡Oh, Davis era un hábil cerrajero! Pero ya no le valdrían sus argucias.

Anduvo hasta dar con una Oficina de Mensajeros. Desde allí escribió algunas líneas a Leonor.

Al salir, su cara tenía una expresión diabólica:

—¡Bah! Si hay algo entre los dos, ya encontrarán el medio de comunicarse.

Cuando vio que el mensajero partía con la carta, sintió un descanso inefable.

Estaba sobre la pista. ¡Esta vez Davis no se le escaparía!

Siguió andando al azar «para hacer hora». Al cabo de mucho rato, al pasar frente a una iglesia de arrabal, escuchó dar las ocho.

¡Con qué desesperante lentitud transcurrían los minutos! Le parecía verlos arrastrarse como hormigas en torno de la esfera. Una legión de hormigas negras que iban repartiéndose por el mundo y desgastando con sus mandíbulas minúsculas la vida, los ideales, las resoluciones. Todo cede..., todo se desmorona...

Huyó de allí para substraerse a esa carcoma que parecía ir arrastrando molécula a molécula sus energías. Sin saber cómo se encontró en su barrio.

Ante su pobre casa, las fuerzas le abandonaron por completo.

La luna al caer sobre el alero proyectaba en la fachada la sombra de las tejas como un manto raído, y bajo el negro pañolón la casita asomaba su semblante de vieja enfurruñada.

En acecho desde la esquina próxima, Pardo no se atrevía a mirarla,

¡Qué vergonzosa, qué ridícula encontraba su actitud!

¿Tenía acaso algún motivo para dudar de su mujer? Y si ella no era culpable, ¿cómo esperaba sorprender a Davis?

¡Oh, y qué maravillosa trama había urdido para sorprenderlos in fraganti! ¡Una carta diciéndole a Leonor que se ausentaba, por el día, de Santiago!

Hace miles y miles de años que los hombres no han descubierto otro ardid para cerciorarse de la fidelidad de sus mujeres que decirles: «Estoy de viaje: no volveré esta noche a casa». A los ratones se les caza con trampas, a las mujeres, con una maleta. El marido es un ser que no evoluciona. Para burlar la astucia de los animales, se ha inventado un arsenal de aparatos ingeniosos, redes, lazos, cepos de resorte. Para burlar la decantada astucia femenina, no se ha inventado nada. ¡El pretexto del viaje únicamente! ¡Qué trampa más gastada!

—¡Y sin embargo caen...! ¡Y sin embargo caen, Mr. Pardo!

Julián volvió la cabeza, azorado. La voz de Davis había sonado clara y nítida en sus oídos; no obstante, en la calle no había nadie.

«¡Y sin embargo caen!» La banal observación pareció clavarle en tierra como un martillazo, y, con el cuerpo disimulado tras de la esquina, los nervios en tensión, el cuello hacia adelante y los ojos con un movimiento monótono de faro que busca en la oscuridad, Julián permaneció ahí toda la noche.

Al paso de cada transeúnte, su corazón se recogía como un gato que va a saltar, su vista se clavaba como una espada en las tinieblas.

—¡Es Davis...! ¡Es él...! ¡Infame...! —Pero el transeúnte pasaba de largo—... ¡No es él!

Columpiado por esa horrible incertidumbre, Julián vio llegar el alba.

Pasaron muchos, muchos..., pero Davis no pasó.

XXX

El tiempo siguió arrastrándose lentamente como un arado en tierra dura.

Leonor, sin decir palabra, tejía largas horas junto a la ventana.

Julián, también en silencio, la miraba.

¿Presentía ella, acaso, que una vez frente a esa misma ventana su marido la celó una noche entera como si fuera una mujer culpable?

No, no podía sospecharlo; pero ¿por qué los ojos de Leonor no le miraban ya como antes?

Se diría que ahora huían de él; si alguna vez se fijaban en los suyos, era con una expresión casi de lástima; inmediatamente los bajaba como temerosa de que fuera a sorprenderle su secreto..., ¿qué secreto?

Julián no se atrevía ni siquiera a pensarlo. Esos ojos se abrían ante él, negros e insondables como una noche tempestuosa.

El último rayo de luz había muerto en ellos con el Nito.

Fuera de la casa el sol resplandecía, descascarando las paredes de los viejos edificios y manchando la plazuela de sombras violáceas. Al borde de la pila jugaban algunos chicos harapientos. Uno de ellos tenía el pelo ensortijado como el niño...

Julián salía a la calle con el pretexto de buscar empleo —un empleo que estaba seguro de no encontrar nunca—. En realidad, lo hacía para alejarse de la casa. Leonor también salía. Según ella, iba a la iglesia. Quizás trataba de huir de sus recuerdos.

Julián lo comprendía; pero temblaba ante la idea de que Davis le hablara de ese asunto: era un hombre tan malévolo... ¿Qué no le diría?

Andaba ligero y sin mirar a nadie, ¿para qué? Una tarde se encontró con Goldenberg y éste no lo saludó. El coronel Carranza le dirigía unas miradas furiosas —por culpa del maldito desafío Anita no le invitaba ya a su casa—

y hasta Gutiérrez le esquivaba el bulto como si fuera a encomendarle una «orden» para la Bolsa.

Sólo Luis Alvear le había detenido con el mismo afecto y buen humor de siempre:

—¿No sabes la gran noticia?

—¿Cuál?

—Graciela acaba de tener una niña.

—¿Sí?

—¡Una niña! ¡Date cuenta! ¡Estoy salvado! Era la única manera de salir en forma digna de este lío... Don Ramiro está feliz y ha declarado formalmente que no desea tener más familia.

Julián quiso despedirse; pero Alvear se empeñó en que debía acompañarlo a celebrar la «milagrosa escapada».

—¡Mira que si en vez de mujer resulta niño...!

Naturalmente la celebración se realizó en una cantina y duró hasta las diez de la noche.

Cuando volvió, Leonor aún no había comido.

—Supongo que esta vez no le echarás la culpa a Davis —dijo.

—¡Davis! ¡Siempre tú hablando de Davis!

—Y si no fuera por él...

—¿Qué dices?

Por toda respuesta Leonor abrió un pequeño mueble y puso ante los ojos de Julián un fajo de billetes y algunos papeles.

—Llevé las alhajas a La Equitativa...

Julián sintió una impresión de pena y de vergüenza.

—¿Y también las perlas de mi madre?

—No; sólo las otras joyas..., las tuyas..., las de Davis...

Y al ver el rostro descompuesto de Julián, agregó:

—¡Bah! No te aflijas: Isabel la Católica también empeñó las suyas. Cierto es que Colón no llegaba a la casa en ese estado...

Julián no hablaba; con los dientes apretados miraba las papeletas esparcidas sobre la pequeña mesa. Tenía la expresión de estar ausente, de oír a alguien que le hablaba.

De pronto extendió la mano temblorosa y tomó una de las papeletas.

—¿Y ésta? —dijo—. ¿Qué significa este anillo de esmeraldas? Yo no te lo he dado.

—Me lo dio Davis... —murmuró Leonor con voz algo insegura.

—¿Qué dices? ¿Davis?

—Sí; Davis... Davis..., el día de mi santo...

Julián sintió la impresión de que la casa entera se desmoronaba sobre su cabeza. No podía hablar, la barba le temblaba.

—¡Basta! —logró decir por fin—. ¡Todo ha concluido!

XXXI

Fue como una pesadilla que sigue y se prolonga y se va haciendo por momentos más horrible.

Julián quería moverse y sus pies no le obedecían; quería apartar las manos de la mesa y sus manos seguían arañando la tabla con un movimiento vago e inconsciente.

¡Ah, si a lo menos hubiera podido separar los ojos de ese pedazo de papel! Pero el papel estaba allí sobre la mesa, arrugado y amarillo como la propia cara de Davis, gritando con toda la fuerza de sus letras negras: «Un anillo de esmeraldas... \$2.000».

Leonor iba bajando la escalera. Bajaba muy lentamente. Los peldaños crujían uno tras otro: cric... crac... croc... Cada paso parecía arrancarles un gemido distinto.

Bastaba gritar: «Leonor. ¡Perdóname: yo no creo que me engañes!», y los pasos se detendrían; dejarían de caer como un martillo en el cerebro y ella volvería. ¡Qué abrazo! ¡Qué locura! Apretaba a su cuello, llorando, tal vez ella le dijera como un momento antes:

«¡Julián, sé que estás loco, por eso te perdono!».

¡Qué importaba si volvía! Pero Julián no podía gritar. Mudo, con los ojos fijos, continuaba leyendo y releendo, el pedazo de papel:

«Un anillo de diamantes... \$2.000».

Ya los pasos se escuchaban como un débil lamento, Leonor debía ir llegando a la mampara. Escuchó el ruido de la cerradura; luego un sollozo largo —la puerta que se abría—, después un golpe seco.

Leonor no estaba ya en la casa. Suavemente se iban perdiendo sus pasitos en la calle desierta.

Entonces, sólo entonces, le pareció volver en sí y sus ojos dominaron en un instante la tragedia. Leonor no volvería: él mismo la había echado de la casa.

Allí, sobre un velador, estaba aún su libro de oraciones. En una silla, el pequeño maletín... Pensó que debajo de las almohadas, la camisa de noche esperaría en vano su vuelta.

Julián quería llorar, pero sus ojos permanecían secos y atónitos.

—¡Leonor! ¡Vuelve! ¡Perdóname! —gritó de pronto con una voz estrangulada que él mismo no se conocía y corrió hacia la ventana.

La calle estaba sola. Llovía. El viento erizaba los árboles de la plazuela.

Frente a la puerta había un bulto negro.

Pardo bajó precipitadamente la escalera. Al pasar frente a la pieza del Nito, creyó verla iluminada con un vago resplandor. No era una luz precisamente; era una atmósfera opalina, como si el último estertor de los cirios hubiera quedado flotando en un hálito de flores marchitas.

Sintió frío y, aferrándose al pasamanos, salvó los últimos tramos y penetró a tientas en el escritorio. Los libros amontonados en el suelo parecían sujetarle de las piernas.

Le costó dar con la luz —una ampolleta miserable que apenas iluminaba la pieza— y atisbó por una rendija del postigo.

No era una alucinación: el bulto negro continuaba allí frente a la ventana.

Julián se llevó las manos a los ojos con un gesto de desesperación y de impotencia.

Fue sólo un instante; después se irguió con energía, afianzó la cerradura del postigo y abrió uno de los cajones de la mesa.

Los viejos muebles lo miraban con aire grave y hostil de inquisidores. Sus recias espaldas y sus brazos rígidos parecían crecer en la penumbra. En uno de los rincones, algunos libros en desorden se oprimían unos contra otros como huyendo de la sombra que les alcanzaba.

Julián pasó la vista por la sala: sombras, nada más que sombras..., ¡lo mismo que su vida!

Cerró los ojos para no mirar y dos puntos luminosos, fríos, verdes como dos ojos de serpiente, se clavaron en sus pupilas. El anillo de esmeraldas, el

anillo de Davis... ¡El engaño!

Sintió que un odio ciego le invadía; después una sensación de laxitud, casi de alivio... ¿Qué importaba?

Sacó el revólver y lo colocó sobre la mesa.

Lo acarició suavemente con los dedos. Sentía una extraña voluptuosidad. Al centro, la nuez brillante y estriada reproducía, grotescamente larga, su cara flaca y amarilla, una cara de difunto, de fantasma con los ojos muy abiertos. Así estaría en un momento más; Sus ojos seguirían abiertos., ¿qué mano amiga iba a cerrárselos?

De pronto escuchó un golpe en la ventana.

Julián permaneció inmóvil en su silla.

Los golpes se repitieron en la puerta.

Entonces se levantó muy lentamente y abrió.

Era Davis.

Venía arrebuñado en una larga capa de agua.

—Buenas noches, Míster Pardo.

Julián no le contestó; mas él pareció no advertirlo.

Con absoluta indiferencia sacó un pañuelo a cuadros y comenzó a sacudir uno de los viejos sillones. En seguida se sentó. Parecía haber elegido de propósito el rincón más oscuro de la sala. Desde allí paseaba sus anteojos negros como dos cuencas vacías, de un extremo a otro de la estancia.

Julián seguía con la mirada esas órbitas de muerto que semejaban detenerse con delectación en las paredes mal empapeladas, el piso sin alfombra, el rintero de libros en desorden...

—Llueve bastante —dijo— y espero que usted no tendrá la idea de salir a la calle como su señora... ¿Quiere usted que conversemos?

—Sí —exclamó Julián con voz ronca—. ¡Hablemos...! Es necesario que hablemos... ¿Qué pretende? ¿Por qué viene a mi casa? ¿Con qué derecho se mezcla en mis asuntos?

—¡Oh! ¡Usted está un poco nervioso, Míster Pardo!

—¿Nervioso? No. ¡Nada me importa! Estoy dispuesto a todo... ¡Usted se ha portado como un miserable!

Con una calma irritante, Davis se sacó las gafas y comenzó a limpiarlas meticulosamente con el extremo del pañuelo.

—¿Conoce usted estos anteojos, Míster Pardo? Son los mismos que me quebró en Valparaíso, cuando usted tomó mi nombre para... hacer esa escritura.

—¡Basta! —gritó Julián fuera de sí—. ¡Tomar su nombre! ¡Infame!

¿Cuándo has tenido tú algún nombre?

—No me trate usted de tú.

—¿También exiges cortesías? Has muerto a mi hijo, me has quitado a mi mujer, me has engañado, y ¿quién eres? Un engendro de mi imaginación, ¡una mentira! Tú no existías antes..., yo te he creado... Te inventé un nombre, te presté mi herencia, te hice ganar dinero a manos llenas... Tú pretendiste arrebatármelo. Me defendí...

Para librarme de tus robos tuve que hacer una escritura falsa. ¡No lo niego! Y tú seguías persiguiéndome, atribuyéndote la gloria de todos mis esfuerzos, postergándome, haciéndome pasar por tu subordinado... Hasta tus vicios te los he costado. ¿Recuerdas a Madame Duprés? Un día vino a decirme que la habías dejado con un hijo... Yo pagué por ti. Entonces sedujiste a Anita..., y luego a mi mujer..., y me arruinaste..., y una noche como ésta, subiste como un ladrón hasta la pieza en que dormía el niño y...

—¡Oh! Y usted quiso matarme a mí también..., ¿recuerda el duelo?

—Sí; quise matarte y lo deseo todavía.

Julián había tomado el revólver, y de pie junto a la mesa, lo miraba trémulo de ira.

Davis se sonrió.

—Es inútil que dispare, Míster Pardo... Usted mismo acaba de decir que me ha inventado, que soy un producto de su imaginación, «una creación del arte», si no encuentra un poco petulante el nombre. Y las creaciones del arte no mueren, Míster Pardo. ¡Son los autores los que mueren! Consulte su biblioteca. No es muy abundante, pero le queda aún algunos libros clásicos, los clásicos no se venden. Edipo, Hamlet, Don Quijote..., seres inventados, seres que están libres del asesinato... Usted puede cometer otros delitos, puede quedarse con lo ajeno, puede falsificar una escritura...

Julián no pudo dominarse y disparó. Apuntó al pecho de Davis y la bala debió atravesarlo; pero él continuó impertérrito su frase.

—Puede falsificar una escritura, puede calumniar, puede agredir..., y no obstante, jamás podrá matar a un personaje creado por su mente... ¡Somos inmortales! Consulte su biblioteca.

Julián permaneció un momento inerte, atónito, con la mano crispada en la empuñadura del revólver. Por su cerebro desfilaban en loca confusión Edipo, Aquiles, Dido, Hamlet, Don Quijote..., seres fantásticos, irreales y que, no obstante, se agitan, hablan, peroran, suben al tablado y conmueven con sus acentos a los vivos... Y ¿qué fue de sus autores? Cervantes es un puñado de cenizas, Sófocles menos que una sombra... Shakespeare... ¿no se pone en duda, ya, hasta que Shakespeare escribiera? Y Homero... ¿quién se atreve a asegurar que el viejo Homero haya existido?

Davis, con un gesto de profunda indiferencia, continuaba limpiando las gafas.

—Viviré más que usted, seguramente...

Julián creía ver los libros agitarse en un rincón, y entreabrir sus páginas como una delgada boca, para decirse unos a otros: el señor Davis dice la verdad: las creaciones de la imaginación viven más que los hombres.

—Sin duda —se decía Pardo— los dioses mitológicos, los héroes, los protagonistas, gozan de fueros especiales. Pero Davis no es eso, ciertamente. Es un ser miserable, ridículo, grotesco: una mentira...

—Sí, Míster Pardo, soy una mentira..., una mentira que ha crecido y tomado cuerpo y se ha vuelto en contra suya, como todas las mentiras; pero existo... ¡Oh! ¡No hay nada más difícil que matar una mentira!

Y del cúmulo de libros, un pequeño volumen de Oscar Wilde corroboró con una voz atiplada: «Los únicos personajes reales son los que nunca han existido...»

¿Cómo matarlo? ¿Cómo?

Julián se oprimió la cabeza con ambas manos y, encarándose con Davis, exclamó:

—¡Me vengaré! ¡Quedarás ente todos como un asesino!

—¡Oh! Puede usted hacer lo que quiera, Míster Pardo. Estoy libre de esas miserias terrenales...

Julián no respondió. Tomó la pluma entre los dedos temblorosos, y con una letra extraña, la misma echada atrás con que firmaba Walter Davis, escribió:

Señor Pardo:

Usted me ha herido; pero yo sabré buscar la ocasión oportuna..., y estoy seguro de que le pesará... Yo no perdono.

Fechó la carta el 25 de marzo —cuatro días después del desafío—, guardó el papel en un cajón y miró por última vez a Davis.

Seguía arrellanado en el sillón y cargaba su pipa...

Entonces Julián tomó el revólver y lo apoyó sobre su sien derecha...

.....

El examen médico legal puso de manifiesto que, tomando en cuenta la forma y dirección de la herida, era menos probable que se tratara de un suicidio que de un asesinato. El hallazgo de otra bala en la pared vino a confirmar la hipótesis. El descubrimiento de un anónimo amenazador la hizo indiscutible. Los peritos grafólogos declararon que la letra de ese anónimo correspondía exactamente a la de Davis. Se sabía, pues, el nombre del culpable; faltaba sólo dar con él.

Desde entonces la policía busca a Davis...



JENARO PRIETO LETELIER (Santiago, 5 de agosto de 1889 – Santo Domingo, 5 de marzo de 1946). Abogado, periodista y escritor chileno. Pese a no haber sido un escritor de obra extensa, Jenaro Prieto continúa vigente en la memoria literaria, principalmente gracias a *El socio*, su novela más famosa. *El socio* cuenta con seis adaptaciones cinematográficas internacionales y sigue siendo parte de los planes de lectura obligatoria de la enseñanza secundaria chilena.